

BENEDICTO XVI

JOSEPH RATZINGER

EL AMOR SE APRENDE

Las etapas de la familia



LIBRERIA
EDITRICE
VAICANA



ROMANA

JOSEPH RATZINGER nace en 1927, en una localidad de la Alemania meridional. Recibe la ordenación sacerdotal en 1951 y en los años sucesivos se dedica a la docencia en la más prestigiosas universidades alemanas, participando como experto en el Vaticano II y escribiendo reconocidas obras de teología. En 1981, siendo Obispo de Baviera, Juan Pablo II le designa Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, convirtiéndose en uno de los principales colaboradores del Papa.

El 19 de abril de 2005, Joseph Ratzinger, tras un breve conclave, es elegido Papa y adopta el nombre de Benedicto XVI.

EL AMOR SE APRENDE

Las etapas de la familia

BENEDICTO XVI

Joseph Ratzinger

EL AMOR SE APRENDE

Las etapas de la familia

PRESENTACIÓN DE S.E.R.

CARDENAL TARCISIO BERTONE

SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI



LIBRERIA
EDITRICE
VATICANA



ROMANA

Título original: "L'AMORE SI APPRENDE. LE STAGIONI DELLA FAMIGLIA",
BENEDETTO XVI-JOSEPH RATZINGER
LIBRERIA EDITRICE VATICANA, 2012
SAN PAOLO S.R.L. 2012 - Cinisello Balsano (MI), 2012

© LIBRERIA EDITRICE VATICANA, Città del Vaticano © SAN PAOLO, S.R.L. 2012 - Cinisello Balsano (MI)

© ROMANA EDITORIAL, S.L. 2012
Villanueva, 20 28001 Madrid (España)
Tf.34.91.5357533

info@romana-editorial.com

www.romana-editorial.com

Traducción del italiano: Mons. Pedro Antonio Moreno García

Ilustración de la cubierta: Servicio fotográfico de L'Osservatore Romano

Reservados todos los derechos. Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo y escrito del editor.

Primera edición: mayo de 2012

Segunda edición: septiembre de 2012

ISBN: 978-84-939330-4-3

Depósito legal: M-17639-2012

Impreso en España - Printed in Spain

*Familia, trabajo y día de fiesta
son dones y bendiciones de Dios
para ayudamos a vivir una existencia
plenamente humana.*

BENEDICTO XVI

PRESENTACIÓN

S.E.R. CARDENAL TARCISIO BERTONE

SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

La familia y el matrimonio desempeñan un papel fundamental tanto en la vida de las personas como en la marcha de la sociedad en su conjunto. Pero, en la presente situación, estas instituciones se enfrentan al mayor acoso cultural, social y legislativo de su historia: un proyecto ideológico poderoso que busca cambiar y desfigurar su esencia más íntima, hasta el punto de querer convertirlas en un envoltorio vacío, en una triste caricatura de algo que, por el contrario, pertenece al núcleo del ser humano como tal, y que tiene una configuración esencial concreta y determinada. El individualismo exasperado, alimentado además por una cultura relativista y hedonista, que exalta el disfrute del momento fugaz, sin pasado ni futuro, que proclama la ausencia de todo vínculo personal como el gran acto de libertad suprema, está suscitando una atmósfera de egoísmo y soledad, en la que el hombre no respira ya el aire puro de una vida auténticamente humana, vivida en la comunión con otros, y que como en la historia de Cronos amenaza con devorar a sus propios hijos¹.

En cambio, la familia propicia ese ambiente humano de seguridad y apoyo que sólo ella es capaz de construir, porque está hecho con el tejido fuerte y duradero, creado por los lazos del amor y la responsabilidad, del afecto y el compromiso, y

¹ *Ponencia en el Congreso Teológico-Pastoral, VI Encuentro Mundial de las Familias, Ciudad de México, 16 enero 2009, n. 1.*

que tiene su origen en la alianza de vida y amor que es el matrimonio entre un hombre y una mujer.

Además, la familia es algo más que una simple unidad jurídica o económica, válida para un tiempo y lugar limitados. Antes bien, «es una sabia institución del Creador donde se actualiza la vocación originaria de la persona a la comunión interpersonal, mediante la entrega sincera de sí mismo»². Por lo tanto, no se trata de una estructura externa y accesorio, sino que está enraizada en el núcleo íntimo de la verdad sobre el hombre y su destino³. La imagen de Dios que el Creador ha querido imprimir en el ser humano se manifiesta en esa vocación al amor, en la que, gracias a la diferenciación sexual, hombre y mujer se convierten en una “sola carne” y realizan una auténtica comunión de personas, dispuesta a cooperar con Dios en la generación de nuevos seres humanos. La vocación al amor es una llamada a una plenitud de vida en la comunión, a la que se llega con el don sincero de sí mismo. El amor lleva consigo una promesa de plenitud que se alcanza en la comunión interpersonal, imagen de la comunión de la vida trinitaria. Por eso, se convierte en una luz que guía toda la vida y que genera por eso mismo un espacio verdaderamente habitable para el hombre. Un espacio, un hogar, construido por los lazos fuertes del amor. Así, la comunión de vida y amor que es el matrimonio se configura como un auténtico bien para la sociedad. Sólo sobre la roca del amor total e irrevocable entre un hombre y una mujer se puede fundar la edificación de una sociedad que sea cada vez más casa para todos los hombres⁴.

² *Ibid.*, 2.

³ Cf. Benedicto XVI, *Discurso al Pontificio Instituto Juan Pablo II*, 11 mayo 2006.

⁴ Cf. *Ibid.*

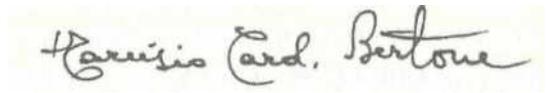
«El amor se aprende». Éste es el título de esta colección de textos del Papa Benedicto XVI sobre el matrimonio y la familia. El amor se aprende porque tiene una verdad propia, una lógica, una medida. Dios es esa medida: «El modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano»⁵. Y ese amor se nos ha revelado en Jesucristo: «Nadie llene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn* 15, 13). Ésa es la escuela donde se aprende a amar, porque en ella está el manantial del que brota el amor verdadero: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados [...]. Él nos amó primero» (*1Jn* 4, 10.19b).

La antología de textos que aquí se presenta es una muestra evidente de la preocupación e interés del magisterio del Papa Benedicto XVI, así como de sus predecesores en la Cátedra de san Pedro, por destacar la importancia del papel sustancial del matrimonio y la familia, no sólo para la vida del individuo y de la sociedad, sino también para la Iglesia. Se trata de un esfuerzo que tiene como fuente última la misión de la Iglesia de llevar al mundo la luz del Evangelio, la claridad del amor de Dios, que alumbró la vida de los hombres. En el fondo de estas páginas late la pasión por la verdad que ha caracterizado y caracteriza el magisterio intelectual y ahora pontificio de Su Santidad Benedicto XVI. Pero de una verdad abierta al esplendor de la Verdad, y un amor fortalecido por la fuerza del Amor.

Que esta publicación pueda llevar ese fulgor y ese vigor a muchos hogares de lengua española, y que éstos encuentren en el pensamiento del Sumo Pontífice una brújula segura para

⁵ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 11.

seguir afrontando en unidad y concordia la apasionante aventura de vivir de la Verdad y para el Amor. Así se pondrán los cimientos de familias con vocación de futuro, más dignas del hombre y que reflejen cada vez más la bondad y la belleza de Dios.

A handwritten signature in black ink on a light yellow background. The signature reads "Tarcisio Card. Bertone" in a cursive script.

Cardenal Tarcisio Bertone, sdb
Secretario de Estado de Su Santidad

INTRODUCCIÓN

LA FAMILIA Y LAS ETAPAS DE LA VIDA

Pensador de estirpe agustiniana, Benedicto XVI tiene una visión de la familia que no parte de consideraciones abstractas, sino que está sólidamente anclada a las etapas de la vida, sin ser prisionera de la historia individual o colectiva de la humanidad, sino liberándose hacia el horizonte de la eternidad. Una visión que proviene del diseño de amor eterno de Dios y toma forma de un viaje que se inserta en la historia de la salvación, escrita por Dios con letras de sangre para el hombre y con el hombre. Adán y su descendencia, cuando se hallan en el mundo, no tienen ante sí una tierra inerte e inhóspita, sino un camino despejado por un sí de amor pronunciado desde la eternidad por el Padre y el Hijo en el Espíritu. El sí del amor de Dios se completa con la exclamación del amor de Adán: «Esta vez sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos» (Gén 2,23). En este grito de júbilo, el Papa Benedicto ve una referencia al mito relatado por el filósofo Platón. En su origen, el hombre era esférico. Después, sin embargo, fue dividido, y desde entonces está siempre a la búsqueda de su otra mitad. Así lo confirma la Biblia: «Por eso, el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer» (Gén 2,24). En ese camino de búsqueda se puso también el joven Jacob que, desde el confín meridional de

Palestina, se dirigió hacia Mesopotamia para casarse con una mujer de aquellas tierras. Apenas iniciado el viaje, hizo etapa en Betel para pasar la noche. Durante el sueño tuvo una visión que dio un nuevo sentido a su vida y a su descendencia: el pueblo de Israel. Vio una escalera que se elevaba desde la tierra hacia el cielo. Sobre ella subían y bajaban los ángeles. En este descendimiento y subida hacia Dios, el Papa Benedicto ve cómo el amor humano es reconocido y también purificado. El eros (deseo que quiere poseer, apoderarse, subir) es invitado a convertirse en ágape (capacidad de donarse, de comprender al otro, de descender hacia él). No obstante, la escalera de Jacob es sólo una anticipación de un descendimiento de amor mucho más dramático, que involucra al mismo Dios y que estaba planificado desde toda la eternidad. Según una imagen del Maestro Eckhart, la creación es como un don frágil y bellissimo, como la rosa que un amante ofrece a su amada en señal de amor perenne. La rosa, sin embargo, se marchita en el plazo de un día y el Hijo, en gratitud hacia el Padre, para librar a la criatura de su caducidad, decide venir al mundo. Por eso, la historia de la alianza se convierte en un drama cuando la criatura, abusando de su libertad, no reconoce al Hijo; es más, después de haber perseguido y asesinado a los profetas, empuja a la muerte al mismísimo Hijo de Dios. Ahora sería lógico esperar el castigo de la criatura rebelde; pero es al contrario, la muerte de cruz marca el cumplimiento pleno de la alianza entre Dios y el hombre. Se verifica de este modo la promesa de una nueva creación, de la nueva y definitiva llamada de los hijos de Dios en la Iglesia, la esposa de Cristo, esperanza de salvación para todos los pueblos y para todos los hombres. El pacto de amor de Dios con el hombre, ratificado en la sangre de Cristo, es elevado a sacramento y reimpresso en la estructura misma del hombre, en ese pacto de amor entre el hombre y la mujer, exaltado con ímpetu de pasión por el

Cantar de los Cantares. Para los cristianos, la familia es Iglesia doméstica⁶. «Aquí es donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia (...). Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso»⁷. En una palabra, la familia es la tienda en la cual discurren las etapas de la vida envueltas por el amor de Dios que encuentra respuesta en el amor de sus miembros; un amor llamado a crecer ya sea dentro del núcleo familia o hacia el exterior, hacia la formación de nuevas familias y de nuevas sociedades.

Volviendo a la imagen del viaje de amor, ahora el hombre sabe que el eros -amor de atracciones un inicio importante al que debe seguir un recorrido mucho más largo de purificación y crecimiento. «El amor nunca se da por “concluido” y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo»⁸. Pero el amor, ¿no es sentimiento, no es pasión a la que abandonarse sin oponer inútiles obstáculos? Responde el Papa: «El sentimiento puede ser una maravillosa chispa inicial, pero no es la totalidad del amor»⁹. Ésta se alcanza con la maduración y el crecimiento, con la voluntad y el intelecto.

Por tanto, el desafío que viene relanzado por la presente obra, es que el amor se puede aprender; que, a imitación de Jacob, se puede cumplir un viaje para alcanzar el amor y para después vivir y crecer en él, para dilatar los confines de la pasión y acoger los hijos, para amar al prójimo y permanecer fieles, como testimonio de la fidelidad de Dios, que se ha empeñado en amar al hombre pecador, para volver la mirada

⁶ Lumen gentium, n° 11.

⁷ Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1657.

⁸ *Deus caritas est*, n° 17.

⁹ *Ibid.*

hacia la eternidad, que es una dimensión que corresponde a la medida infinita del amor.

En el origen de la vida existe un sí pronunciado en el amor. «Esto sí es un acto creador, una “nueva creación”. El nacimiento biológico no basta. El hombre puede acoger su “yo” solo en virtud de la aceptación de su ser, que viene de otro, de un “tú”»¹⁰. El sí a la vida viene conjuntamente de los padres y de Dios. Antecede el sí de Dios, que proviene de la eternidad; ese sí toma forma y se concreta cada vez que lo acogen los padres. Ellos son hombre y mujer, unidos en el ser y en la dignidad, pero diferentes en la función. La mujer, en concreto, se distingue «porque tiene la capacidad de llevar dentro de sí otro ser humano, dándole su propia carne y su propia sangre; todo eso confiere a la mujer una distinción particular y una grandeza propia». Pero, ¿qué es el sentimiento de amor y en qué relación está el amor natural con el sobrenatural? Para el Santo Padre, el sentimiento de amor -a imitación del sí pronunciado por Dios frente a su criatura- es sobre todo un acto de general aprobación: sí, es bueno que tú existas. «Antes de cualquier consideración sobre sí mismos, antes de cualquier deseo, está sencillamente el ser felices por la existencia del amado... Tan solo en un segundo momento, el amante descubre que también su propia existencia se ha hecho más hermosa, máspreciada, más feliz». Llegados a este punto, se abre el camino para el aprendizaje del amor que concierne a cada hombre, soltero o casado. El aprendizaje pasa después por el camino del don, no tanto por lo que se refiere a realidades materiales cuanto más bien al propio tiempo, a la propia vida, a uno mismo. Entonces, con el tiempo, el amor busca el bien del amado, se orienta hacia lo definitivo, hacia la fidelidad incluso a costa del sacrificio. De

¹⁰ J. Ratzinger, *Guardare Cristo*, p. 72.

este modo, el encuentro entre hombre y mujer se abre al matrimonio: al sacramento que refleja la alianza entre Dios y el hombre, que ha recibido su más fuerte ratificación con la venida de Jesús, con su muerte y resurrección. El monte de la alianza es como la fuente de la que nace un río de agua viva de donación y de gozo, de fecundidad y de vida nueva. A los padres les corresponde acoger y proteger la nueva vida, a la Iglesia y a la sociedad les corresponde sostener la familia, de modo que los niños puedan crecer con serenidad. En relación con ello, a Benedicto XVI le encanta citar el Salmo 131:

*Yo me quedo tranquilo y sereno
como un niño destetado
en brazos de su madre.*

El niño al que se refiere el Salmista ya está destetado y, por tanto, en vías de crecimiento. Está unido a su madre mediante una relación consciente -aunque también de forma natural y espontánea-, que es la condición para un crecimiento sereno y responsable. Al respecto, siguiendo la inspiración de San Francisco que dio origen a los belenes, es imposible no tratar de recrear las condiciones de vida que giraron en torno a la familia de Nazaret, en la que Jesús «crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52). De hecho, el crecimiento humano debe ir acompañado por el crecimiento espiritual, marcado por las etapas de la iniciación cristiana.

El Bautismo de los niños: la vida misma nos viene dada sin que la pidamos, así también la inmersión en el agua de la gracia que Jesús nos da, es el inicio de un recorrido que el tiempo y el crecimiento harán que sea algo cada vez más consciente. La Confirmación, el sacramento caracterizado por la imposición de las manos, es un signo de pertenencia a Dios, pero también de afecto y protección: «El Señor se muestra a mi

favor. Él no me libra del viento y la tempestad, pero me protege del verdadero mal»¹¹. Finalmente la Primera Comunión, que es el inicio de un camino con Jesús, un viaje que transforma la vida en algo bueno y apasionante.

Más tarde, la vida del creyente adquiere plenitud de gozo y significado en las celebraciones de las fiestas cristianas: la Navidad, la Pascua, el Corpus Christi, el domingo. Son fiestas que tanto en el pasado como en el presente marcan las etapas de la vida. En Navidad Dios viene sin armas a ofrecernos su amor; en Pascua se entrega a la muerte por nosotros; en el Corpus Christi y en todos los domingos, este misterio de amor se transforma en presencia viva por nosotros. Podemos revivirlo y participar de él, hacer nuestro el amor infinito de Dios. Una palabra más respecto al Corpus Christi: actualmente en nuestra sociedad prevalece la tendencia a considerar la fe como algo personal; la interioridad es el espacio privilegiado de la fe que, sin embargo, tiene también una dimensión pública. Con la Eucaristía el cielo viene a la tierra, invitando a la conversión y a dejar espacio al reino de Dios, a ese reino en el que venga garantizado el pan a los pobres, donde haya espacio para la justicia y la paz. Como ya ocurría con el sábado, según la Biblia, también el domingo y las otras fiestas cristianas incluyen esa dimensión existencial. Por tanto, hay lugar para las vacaciones y el tiempo libre, para el turismo y el respeto del ambiente. Sin olvidar el encuentro con los amigos, la lectura y la escucha de la música. En este alternarse la vida de piedad con el tiempo libre encuentra también su sitio la peregrinación, que es uno de los gestos más antiguos del género humano: «No es un puro y simple viajar,

¹¹ J. Ratzinger, *La vita di Dio per gli uomini*, p. 71.

cuanto más bien un entrar en la historia que Dios ha trazado con el hombre»¹².

Y así llegamos a encontrarnos con la madurez de la familia cristiana, que da testimonio con las obras de caridad y la solicitud por los enfermos. Por supuesto, la experiencia de la enfermedad tiene que ver con cada ser humano; es como una ventana que deja entrever un horizonte más amplio, un sendero que lleva hacia el encuentro cara a cara con Jesús, con el Padre y el amor del Espíritu en comunión con la Virgen y con todos los santos.

La vida de la familia no se agota dentro del núcleo familiar sino que tiene una necesaria apertura hacia lo social, hacia el lugar de pertenencia y, más allá de eso, hacia la comunidad humana en cuanto tal. En cuanto fundamento de la sociedad, ciertamente la familia tiene obligaciones que el Estado debe regular con sus leyes, pero antes que nada tiene necesidad de reconocimiento y de apoyo. Escribe el Papa: «La comunidad humana no puede prescindir del servicio que la familia desempeña»¹³. La familia es indispensable para el mantenimiento de la paz social, hasta el punto de que quien combate contra la familia pone en serio peligro la armonía social y la armonía entre las naciones. Al mismo tiempo, «la familia tiene necesidad de una casa, de un ambiente a su medida en el que entretejer sus propias relaciones»¹⁴. De ahí también la importancia de cuidar del medio ambiente, que ha sido encomendado al hombre para que lo cultive con libertad responsable. La reflexión del Papa reclama un cambio radical en las políticas sociales y ambientales. No es la familia la que debe buscarse un espacio vital a través de un sendero siempre

¹² *J. Ratzinger, Il pellegrinaggio, Omelie romane, 24 mayo 1983.*

¹³ Mensaje para la celebración de la XLI Jornada mundial de la paz, 8 diciembre 2007.

¹⁴ *Ibid.*

más empujado y estrecho, sino que son las políticas territoriales las que deben estructurarse en torno al espacio donde poder habitar. El Pontífice emplea un discurso similar a propósito de las leyes de la economía y de la solidaridad entre las generaciones. Cada familia necesita una sabia gestión de los bienes materiales, así como la entera familia humana necesita de una economía que responda verdaderamente a las exigencias de un bien común a nivel mundial. En esta sabiduría, al mismo tiempo económica y moral, encuentra también su espacio un pacto entre las generaciones. Los jóvenes tienen necesidad de la sabiduría y generosidad de los ancianos, así como los de edad avanzada necesitan esa compañía solidaria que sirva de remedio a su soledad y de ayuda en su viaje hacia la eternidad. Este año se celebrará en Milán el VII encuentro mundial de la familia con el tema "La familia: el trabajo y la fiesta". La antología de textos que aquí se presenta no se dirige hacia argumentos específicos sobre los que desarrollar una reflexión, sino que es una guía apasionada para orientar el debate y llamar la atención nuevamente sobre la centralidad de la familia en la experiencia de cada hombre y de cada comunidad humana.

Elio Guerriero

LLAMADOS AL AMOR

1. Hemos creído en el amor¹⁵

«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4,16). Estas palabras de la Primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: «Tanto amó Dios al mundo, que

¹⁵ Las fuentes de donde proceden los distintos textos de esta recopilación están indicadas en un índice específico al final del volumen.

entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna» (cf. 3,16).

La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del Libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (6,4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (19,18; cf. Mc 12,29-31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí. La primera tendrá un carácter más especulativo, puesto que en ella quisiera precisar -al comienzo de mi pontificado- algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano. La segunda parte tendrá una índole más concreta, pues tratará de cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo. El argumento es

sumamente amplio; sin embargo, el propósito de la Encíclica no es ofrecer un tratado exhaustivo. Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino.

2. La nueva creación

Para poder vivir, el hombre necesita un “sí” dirigido a su “yo” por parte de otro, necesita la afirmación de su “existir aquí y ahora” como un “tú” que es reconocido en su valor esencial.

Este “sí” es un acto creador, una “nueva creación”. El nacimiento biológico no basta. El hombre puede acoger su “yo” sólo en virtud de la aceptación de su ser, que viene de otro, de un “tú”. Este “sí” de aquél que le ama lo hace existir de un modo nuevo y definitivo. Así él experimenta una especie de vuelta a nacer, sin la cual su nacimiento biológico quedaría incompleto y lo dejaría en contradicción consigo mismo.

Para reforzar la validez de esta afirmación, basta pensar en la historia de personas que, en los primeros meses de su vida, han sido abandonados por sus padres y no han sido acogidos por un amor que reafirmara y comprendiera su vida. Sólo ese renacimiento, que se produce al ser amados, completa el nacimiento biológico y abre al hombre el espacio de una existencia en la que ha sido inscrita una razón de ser.

Esta intuición nos puede ayudar a comprender algo del misterio de la creación, así como del misterio de la redención.

Así se entiende que el amor es creador y que el amor de Dios ha sido la potencia que ha creado el ser de la nada, el verdadero “terreno” sobre el que se apoya cada realidad. De ahí podemos también comprender mejor que el segundo “sí” de

Dios, pronunciado con enorme fuerza sobre la cruz, es nuestra vuelta a nacer y que sólo ese renacimiento hace de nosotros verdaderos "vivos".

Por último, puede surgir además el presentimiento de que nosotros, como personas que Dios ha puesto en existencia con capacidad de aserir, estemos llamados a ser partícipes de su "sí". Se nos encomienda el encargo de continuar la creación, de ser con-creadores dando al otro el ser, en el sí del amor, de un modo nuevo: la tarea de hacer que el don del ser sea verdaderamente un don.

3. Espíritu y materia se compenetran

En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de eros en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni "envenenarlo", sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza.

Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto

considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: «¡Oh Alma!». Y Desearles replicó: «¡Oh Carne!»¹⁶. Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor -el eros- puede madurar hasta su verdadera grandeza.

Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El eros, degradado a puro "sexo", se convierte en mercancía, en simple "objeto" que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es propiamente el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inocuo a la vez.

En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad. La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran

¹⁶ Cf. R. Descartes, *AEuvres*, editado por V. Cousin, vol. 2, París 1824, pp. 95ss.

recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere remontarnos “en éxtasis” hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación.

4. El cuerpo es el lugar donde el espíritu puede habitar

Conjugar la teología del cuerpo con la del amor para encontrar la unidad del camino del hombre: este es el tema que quiero indicaros como horizonte para vuestro trabajo.

Poco después de la muerte de Miguel Ángel, Paolo Veronese fue llamado a la Inquisición, con la acusación de haber pintado figuras inapropiadas alrededor de la Última Cena. El pintor respondió que también en la Capilla Sixtina los cuerpos estaban representados desnudos, con poca reverencia, fue el propio inquisidor el que defendió a Miguel Ángel con una respuesta que se ha hecho famosa: «¿No sabes que en estas figuras no hay nada que no sea espíritu?». En la actualidad nos cuesta entender estas palabras, porque el cuerpo aparece como materia inerte, pesada, opuesta al conocimiento y a la libertad propias del espíritu. Pero los cuerpos pintados por Miguel Ángel están llenos de luz, de vida, de esplendor. De esta manera quería mostrar que nuestros cuerpos entrañan un misterio. En ellos el espíritu se manifiesta y actúa. Están llamados a ser cuerpos espirituales, como dice san Pablo (cf. 1Co 15,44). Podemos ahora preguntarnos: este destino del cuerpo, ¿puede iluminar las etapas de su camino? Si nuestro cuerpo está llamado a ser espiritual, ¿no deberá ser su historia la de la alianza entre cuerpo y espíritu? De hecho, lejos de oponerse al espíritu, el cuerpo es el lugar donde el espíritu puede habitar. A la luz de

esto se puede entender que nuestros cuerpos no son materia inerte, pesada, sino que hablan, si sabemos escuchar, con el lenguaje del amor verdadero.

La primera palabra de este lenguaje se encuentra en la creación del hombre. El cuerpo nos habla de un origen que nosotros no nos hemos conferido a nosotros mismos. «Me has tejido en el seno materno», dice el salmista al Señor (Sal 139,13). Podemos afirmar que el cuerpo, al revelarnos el origen, lleva consigo un significado filial, porque nos recuerda nuestra generación, que, a través de nuestros padres que nos han dado la vida, nos hace remontarnos a Dios Creador. El hombre sólo puede aceptarse a sí mismo, sólo puede reconciliarse con la naturaleza y con el mundo, cuando reconoce el amor originario que le ha dado la vida. A la creación de Adán le sigue la de Eva. La carne, recibida de Dios, está llamada a hacer posible la unión de amor entre el hombre y la mujer, y transmitir la vida. Los cuerpos de Adán y Eva antes de la caída aparecen en perfecta armonía. Hay en ellos un lenguaje que no han creado, un eros arraigado en su naturaleza, que los invita a recibirse mutuamente del Creador, para poder así darse. Comprendemos entonces que el hombre, en el amor, es “creado nuevamente”. *Incipit vita nova*, decía Dante¹⁷, la vida de la nueva unidad, de los dos en una carne. La verdadera fascinación de la sexualidad nace de la grandeza de la apertura de este horizonte: la belleza integral, el universo de la otra persona y del “nosotros” que nace de la unión, la promesa de comunión que allí se esconde, la fecundidad nueva, el camino que el amor abre hacia Dios, fuente del amor. La unión en una sola carne se hace entonces unión de toda la vida, hasta que el hombre y la mujer se convierten también en un solo espíritu. Se abre así un camino en el que el cuerpo nos

¹⁷ *Vita Nuova I, 1.*

enseña el valor del tiempo, de la lenta maduración en el amor. Desde esta perspectiva, la virtud de la castidad recibe nuevo sentido. No es un “no” a los placeres y a la alegría de la vida, sino el gran “sí” al amor como comunicación profunda entre las personas, que requiere tiempo y respeto, como camino hacia la plenitud y como amor que se hace capaz de generar la vida y de acoger generosamente la vida nueva que nace.

Es cierto que el cuerpo contiene también un lenguaje negativo: nos habla de la opresión del otro, del deseo de poseer y explotar. Sin embargo, sabemos que este lenguaje no pertenece al designio original de Dios, sino que es fruto del pecado. Cuando se lo separa de su sentido filial, de su conexión con el Creador, el cuerpo se rebela contra el hombre, pierde su capacidad de reflejar la comunión y se convierte en terreno de apropiación del otro. ¿No es, acaso, este el drama de la sexualidad, que hoy permanece encerrada en el círculo estrecho del propio cuerpo y en la emotividad, pero que en realidad sólo puede realizarse en la llamada a algo más grande? A este respecto, Juan Pablo II hablaba de la humildad del cuerpo. Un personaje de Claudel dice a su amado: «Yo soy incapaz de cumplir la promesa que mi cuerpo te hizo»; y sigue la respuesta: «El cuerpo se rompe, pero no la promesa...»¹⁸. La fuerza de esta promesa explica como la caída no fue la última palabra sobre el cuerpo en la historia de la salvación. Dios ofrece al hombre también un camino de redención del cuerpo, cuyo lenguaje se preserva en la familia. El hecho de que después de la caída Eva reciba el nombre de madre de los vivientes testimonia que la fuerza del pecado no consigue cancelar el lenguaje originario del cuerpo, la bendición de vida que Dios sigue ofreciendo cuando el hombre y la mujer se unen en una sola carne. La familia es el lugar donde se unen la

¹⁸ *Le soulier de satin*, día III, escena XIII.

teología del cuerpo y la teología del amor. Aquí se aprende la bondad del cuerpo, su testimonio de un origen bueno, en la experiencia del amor que recibimos de nuestros padres.

Aquí se vive el don de sí en una sola carne, en la caridad conyugal que une a los esposos. Aquí se experimenta la fecundidad del amor, y la vida se entrelaza a la de las otras generaciones. Y es en la familia donde el hombre descubre su carácter relacional, no como individuo autónomo que se autorrealiza, sino como hijo, esposo, padre, cuya identidad se funda en la llamada al amor, a recibirse de otros y a darse a los demás. Este camino de la creación encuentra su plenitud con la Encarnación, con la venida de Cristo. Dios asumió el cuerpo, se reveló en él. El movimiento del cuerpo hacia lo alto se integra aquí en otro movimiento más originario, el movimiento humilde de Dios que se abaja hacia el cuerpo, para después elevarlo hacia sí. Como Hijo, recibió el cuerpo filial en la gratitud y en la escucha del Padre y entregó este cuerpo por nosotros, para engendrar así el cuerpo nuevo de la Iglesia.

La liturgia de la Ascensión canta esta historia de la carne, pecadora en Adán, asumida y redimida por Cristo. Es una carne cada vez más llena de luz y de Espíritu, cada vez más llena de Dios. Aparece así la profundidad de la teología del cuerpo. Esta, cuando se lee en el conjunto de la tradición, evita el riesgo de la superficialidad y permite captar la grandeza de la vocación al amor, que es una llamada a la comunión de las personas en la doble forma de vida de la virginidad y el matrimonio.

Queridos amigos, vuestro Instituto está bajo la protección de la Virgen María. De María dijo Dante palabras iluminadoras

para una teología del cuerpo: «En tu vientre se reencendió el amor»¹⁹. En su cuerpo de mujer tomó cuerpo aquel Amor que engendra a la Iglesia. Que la Madre del Señor siga protegiéndoos en vuestro camino y haga fecundos vuestro estudio y vuestra enseñanza, al servicio de la misión de la Iglesia para la familia y la sociedad. Que os acompañe la bendición apostólica, que os imparto a todos de todo corazón. Gracias.

¹⁹ *Paraiso*, XXXIII, 7.

II

APRENDER EL AMOR

1. Un acto de general aceptación hacia el otro

¿Qué es, por tanto, el amor? ¿Y en qué relación están el amor natural y el sobrenatural? En primer lugar, es importante oponerse a aquella tendencia que quiere separar el eros y el amor religioso como si se tratara de dos realidades completamente distintas. Con ese enfoque, ambas realidades vendrían deformadas. En efecto, un amor que quisiera ser solo sobrenatural, perdería su fuerza. Por otra parte, encerrar el amor en lo finito, profanarlo y separarlo del dinamismo que tiende hacia lo eterno, falsificaría también el amor terreno, pues su esencia consiste en la sed de infinita plenitud [...].

En alemán, la palabra *Liebe* (amor) está hoy expuesta a una degradación y a una banalización que parece ir lentamente haciendo imposible su uso. Sin embargo, nosotros no podemos renunciar a las palabras fundamentales (Dios, amor, vida, verdad y otras de este estilo) ni debemos dejar que nos las arrebaten sin más.

Pero si consideramos la palabra en la grandeza de su significado original, resulta casi imposible decir en qué consiste exactamente este término. Así de rico y de complejo es el fenómeno que contemplamos.

A pesar de sus múltiples aspectos y planos, podemos decir al menos que el amor conlleva un acto de general aprobación hacia otro, un sí hacia a aquél a quien se dirige el amor. «Es bueno que tú existas», así ha definido Josef Pieper la esencia del amor, reflejándolo en una frase.

El amante descubre la bondad del ser en la persona amada, es feliz por su existencia, dice “sí” a esa existencia y la reafirma.

Antes de cualquier consideración sobre sí mismos, antes de cualquier deseo, está sencillamente el ser feliz por la existencia del amado, el “sí” a este “tú”.

Tan solo en un segundo momento (no en sentido temporal sino sustancial) el amante descubre también así (puesto que la existencia del “tú” es algo bueno) que también su propia existencia se ha hecho más hermosa, máspreciada, más feliz. Gracias al “sí” dirigido a otra persona -al “tú”- yo me percibo de un modo nuevo y puedo ahora decir que “sí” con nuevas luces a mi “yo”, como si dijéramos “a partir del tú”.

2. El arte del amor

¿No es extraño que a pesar del anhelo de amar, profundamente arraigado en el espíritu humano, sean otras las cosas que se prefieran: éxito, sexo, prestigio, dinero, poder? Empleamos casi todas nuestras energías en aprender a conseguir estos objetivos. Y apenas nos dedicamos a aprender el arte de amar.

Muchas de las cosas que Ud. ha mencionado son atajos y sucedáneos. Por un lado, con ello se pretende evitar la desventura de perderse a uno mismo y de alcanzar más deprisa la meta deseada. Por otro lado, pertenece a la vocación

del hombre desplegar sus potencialidades y cumplir su misión a partir de aquel rasgo esencial del propio ser que es el amor.

La persona debe poner en marcha las cualidades depositadas en él y aprender a realizar algo positivo en el mundo. Desde este punto de vista, aprender un trabajo y comprometerse con él no contradice el cometido fundamental del amor, sino que es su concreción. Yo no cumplo plenamente mi misión como amante hasta que no me convierto del todo en el que puedo ser. Dando todo lo que puedo dar. Descubriendo en la creación y en el tejido de las relaciones humanas posibilidades que nos ayudan a afrontar juntos el futuro, poniendo de manifiesto la fecundidad del mundo y de la vida hasta configurar un jardín donde gozaremos, al mismo tiempo, de libertad y seguridad.

Esta misión fundamental se desdibuja cuando nuestra formación profesional se dirige únicamente a la adquisición de aptitudes; cuando el dominio del mundo, la capacidad de acumular riquezas y de ejercitar el poder se desligan de la misión interna del amor y de la existencia de cada uno al servicio de todos. Cuando el poder adquiere la supremacía sobre el don. Cuando, de ese modo, el autoafirmarse, el cerrarse en sí mismo, el acumular cosas materiales se convierte en el objetivo primordial y la capacidad humana de amar viene asfixiada. La persona se ve dominada entonces por las cosas y ya no sabe valorarlas correctamente.

Es importante que no infravaloremos nuestras capacidades y la formación profesional como algo secundario. Todas nuestras capacidades y aptitudes técnicas deben conservar su lugar interno sin independizarse. Cuando el poder se independiza y es buscado como la máxima categoría humana, entonces se convierte en esclavitud y se transforma en el polo opuesto al amor.

Una pregunta concreta: ¿cómo viene afrontada esta cuestión por un Cardenal? ¿Ud. ha conseguido aprender el arte de amar?

No se aprende a amar como se aprende, por ejemplo, a tocar el piano o a usar el ordenador. Por así decirlo, hay que co-aprenderlo en el meollo de las distintas actividades cotidianas. Y, naturalmente, se aprende también de personas ejemplares. En primer lugar, de los padres, que son un ejemplo y una guía donde se ve correctamente realizada la esencia del ser humano.

Más tarde, se aprende en los encuentros que la vida le ofrece a uno. Se aprende de los amigos, de la realización de tareas que se comparten con otros. Se aprende cada vez que se deja al margen la consecución prioritaria del propio interés para saborear un recorrido en el que se aprende a dar y a recibir.

En fin, no deseo hacer valoraciones sobre mí mismo pero, en cualquier caso, he intentado aprender el amor y -digámoslo más humildemente- la bondad del ejemplo de Cristo y de los santos. Por consiguiente, he procurado tener eso en cuenta para orientar mis pasos y mis acciones. Dios y los hombres juzgarán hasta qué punto lo he aprendido de veras.

A veces uno también puede resultar desconocido. No se me va de la cabeza cuánto escribí sobre Ud. en una obra anterior. En aquella ocasión cité al escritor Stefan Andrés. Este autor, que se hizo retratar por el famoso pintor El Greco, esbozó con estas palabras al gran inquisidor español en una de sus novelas: «No tiene parte en el amor».

Sí, un cargo institucional puede dar esa impresión desde fuera. En cualquier caso, cuando liemos de tratar críticamente a alguien, intentamos hacerlo en virtud de un amor que huye

de los halagos superficiales para establecer los límites necesarios, con el fin de evitar un daño o una violación de las leyes internas del amor. Mis colaboradores y yo nos esforzamos por no perder de vista la dignidad de cada persona que amonestamos, de modo que ella misma pueda reconocer lo que nos urge a actuar. No queremos imponerle fríamente una excomunión, sino ponernos al servicio de la comunidad en su conjunto y, por tanto, también a su servicio. Por encima de todo, nos sentimos obligados a defender la fe de la gente sencilla.

Hace poco, un Obispo importante me contó que vio en un país asiático cómo uno de los famosos adversarios de la Congregación de la Fe pisoteó con increíble arrogancia la fe de la gente humilde. Sólo entonces, me dijo el Obispo, cayó en la cuenta de la importancia de nuestra misión: proteger a las personas sencillas de esa arrogancia.

Naturalmente la cita que he mencionado no se refería sólo al cargo institucional sino también a la persona del que, desempeñando aquel oficio, corre el riesgo de verse negativamente condicionado.

Sí, ciertamente ese peligro existe. Sólo cabe tratar de enmendarse continuamente de modo que pueda evitarse al máximo ese peligro.

La mayoría de la gente identifica el problema del amor con el temor de no ser amado, en lugar de fijarse en ello como estímulo para amar en cada ocasión.

Esta actitud corrompe la esencia del amor. Cuando sólo se quiere tener amor, es justo entonces cuando uno se vuelve incapaz de recibirlo, se convierte en un egoísta, un corrupto, y naturalmente también los otros se dan cuenta de ello.

Aprender a mirar más allá de uno mismo y a entregarse, aprender a hacer el don de sí a los demás, sobre todo allí donde no se recibe nada a cambio, forma parte del camino del aprendizaje del amor. Darse especialmente al que no nos cae bien y a aquél que simplemente nos necesita, a aquél que sufre. Pensemos en el buen samaritano. La renuncia al propio interés es la prueba de estar construyendo la propia vida sobre el amor, hablando de enfocar la propia existencia desde el don gratuito de sí mismo, especialmente hacia aquellos a los que nadie se digna dirigir una palabra amable y por muy antipáticos que le resulten.

Erich Fromm sostiene que la faceta más importante del dar no se refiere a cosas materiales. Una persona da el máximo a otra cuando se da a sí mismo, es decir, cuando ofrece lo más valioso que posee, su vida. Cuando le da su alegría, su interés, su comprensión, su saber y, naturalmente, también su humor y su tristeza: en suma, todo lo vivo que hay en ella.

Dar no puede referirse básicamente al dinero, esto es una verdad de Perogrullo. Como es natural, el dinero puede ser muy necesario. Pero, en la mayoría de los casos, limitarse al dinero puede ser incluso ofensivo. Lo he comprobado una y otra vez en el llamado Tercer Mundo. Si nos mandáis sólo dinero, te dicen las gentes de allí, más que ayudarnos nos perjudicáis. El dinero puede ser fácilmente mal empleado, haciendo que la situación se vuelva todavía más crítica.

Debéis algo más que dinero. Tenéis que venir en persona, daros a vosotros mismos y después ayudarnos a utilizar correctamente los dones materiales que nos traéis, dejándoos interpelar y renunciando a ignorar las cuestiones que os planteamos mediante un poco de limosna.

Mientras nos limitemos a proporcionar dinero y conocimientos únicamente técnicos, seguiremos dando demasiado poco. Desde esta óptica, los misioneros nos ofrecen un ejemplo significativo, llevando los hombres a Dios, haciendo creíble su amor, dando un nuevo sentido a sus vidas, compartiendo con los demás toda su existencia, no limitando su compromiso a dos o tres años de interesante aventura sino consagrándose para siempre a las personas que habitan aquellas tierras lejanas. Si no cultivamos de nuevo esa capacidad de darnos a nosotros mismos, todos los demás dones resultarán insuficientes.

Eso que estamos diciendo a escala mundial, obviamente vale también para cada individuo. A tal propósito, existe una interesante anécdota de Rilke. El poeta cuenta que en París se encontraba a menudo con una mujer a la que los viandantes echaban una limosna en el sombrero. La mendiga permanecía totalmente impasible, como si no tuviese alma. Un buen día, Rilke le dio tan una rosa. En aquel instante su rostro floreció. Por primera vez, Rilke se dio cuenta que también esta mujer tenía sentimientos. Ella sonrió, después desapareció y durante ocho días dejó de mendigar, porque había recibido algo mucho más valioso que el dinero.

Creo que esta pequeña y hermosa experiencia nos demuestra que, a veces, una rosa, un gesto de atención, de afecto, de aceptación del otro, valga más que el dinero u otros dones materiales.

La Nueva Ley, prometida con el Mesías, era un Evangelio de amor. ¿Puede decirse que la Antigua Alianza había quedado desgastada desde dentro, llegando a su fin en el servicio divino, en el sacrificio y también en la comprensión de la vida comunitaria? Ya que, evidentemente, había llegado el tiempo de dar inicio a algo nuevo. Malaquías, el último profeta del Antiguo

Testamento, lo había anunciado: «No me complazco con vosotros», dice el Señor de los ejércitos, «no acepto la ofrenda de vuestras manos».

Yo no diría que la Antigua Alianza estuviese desgastada. Los hebreos continúan configurando su vida con ella y trayendo del Antiguo Testamento una gran riqueza espiritual. Como cristianos, diríamos que representaba una etapa de un camino dirigido a una meta, y que solo ella podía conferir pleno sentido a ese camino. Desde este punto de vista, las fases precedentes de aquel recorrido no pueden ser sencillamente truncadas o marginadas porque sean antiguas; es un recorrido que nos lleva hacia una meta y que continúa, por así decirlo, viviendo en aquella meta. Sin aquel camino, la meta no sería ni siquiera alcanzable.

La crítica a la práctica del sacrificio es algo que recorre todo el Antiguo Testamento desde su inicio. En los Salmos Dios dice al hombre: «Si agradeciera tus libaciones, no te diría que no quiero tus toros y tus sacrificios; no es eso lo que necesito, es tu corazón lo que anhelo».

En las ofrendas de sacrificios ha estado siempre implícito el esfuerzo de reconocer a Dios como Señor y de darle, al menos simbólicamente, algo propio. Al mismo tiempo, los hombres eran conscientes de la relativa inutilidad de toros y terneros sacrificados. En este sentido, las prácticas de culto veterotestamentarias ponen de manifiesto las condiciones para su superación y se proyectan desde dentro hacia el que ahora es la verdadera víctima sacrificial, el Hijo, que se nos da a sí mismo y nos conduce hacia el Padre, comenzando -por decirlo de algún modo- a convertir el mundo en amor. El amor es el contenido del verdadero sacrificio. Esto choca con la acción desesperada que implicaba el sacrificio animal y hace que ya no tenga sentido.

Desde este punto de vista, no es casualidad que cuarenta años después de la crucifixión de Cristo, el templo desaparezca para siempre de la historia, porque lo que eso simbolizaba ahora se ha hecho realmente presente.

¿Envió Dios a su Hijo por amor a los hombres o quizá tan solo por compasión?

Yo no opondría la compasión al amor. La verdadera compasión trasciende el mero sentimentalismo. Es una especie de identificación con el dolor ajeno y, por tanto, es fundamentalmente un acto de amor.

La antigua Grecia había comprobado la inmutabilidad de Dios, representándolo como un espíritu puro, incapaz de sentir y aún menos de sufrir. Esto indujo a los cristianos a preguntarse sobre la naturaleza de Dios. Debemos a Orígenes esta bella expresión: «Ciertamente Dios no puede padecer, pero puede compadecer». Es decir, puede identificarse con nosotros, los sufrientes. Es un gran acto de amor identificarse con nosotros en Cristo, incluso en el plano de la corporeidad, y de este modo nos permite identificarnos con Él y ser acogidos en su amor.

Por consiguiente, diría que el cristianismo, contraponiendo la fuerza de la compasión a la ética estoica de la absoluta exclusión del sufrimiento, proclama también así el amor. La compasión, en el sentido más pleno del término, es un acto de amor.

3. El camino hacia el amor

¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una

primera indicación importante podemos encontrarla en uno de los libros del Antiguo Testamento bien conocido por los místicos, el *Cantar de los Cantares*. Según la interpretación hoy predominante, las poesías contenidas en este libro son originariamente cantos de amor, escritos quizás para una fiesta nupcial israelita, en la que se debía exaltar el amor conyugal.

En este contexto, es muy instructivo que a lo largo del libro se encuentren dos términos diferentes para indicar el "amor". Primero, la palabra "*dodim*", un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada.

Esta palabra es reemplazada después por el término "*ahabá*", que la traducción griega del Antiguo Testamento denomina, con un vocablo de fonética similar, "*agapé*", el cual, como hemos visto, se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor.

En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca.

El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad -sólo esta persona-, y en el sentido del "para siempre". El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido

también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad.

Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17,33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10,39; 16,25; Mc 8,35; Lc 9,24; Jn 12,25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general.

4. La misión de la familia cristiana

Para poder comprender la misión de la familia en la comunidad cristiana y sus tareas de formación de la persona y transmisión de la fe, hemos de partir siempre del significado que el matrimonio y la familia tienen en el plan de Dios, creador y salvador. Así pues, este será el núcleo de mi reflexión de esta tarde, refiriéndome a la doctrina de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*²⁰.

²⁰ II, nn. 12-16

a. El fundamento antropológico de la familia

El matrimonio y la familia no son, en realidad, una construcción sociológica casual, fruto de situaciones históricas y económicas particulares. Al contrario, la cuestión de la correcta relación entre el hombre y la mujer hunde sus raíces en la esencia más profunda del ser humano y sólo a partir de ella puede encontrar su respuesta. Es decir, no se puede separar de la pregunta antigua y siempre nueva del hombre sobre sí mismo: ¿quién soy? ¿qué es el hombre? Y esta pregunta, a su vez, no se puede separar del interrogante sobre Dios: ¿existe Dios? y ¿quién es Dios?, ¿cuál es verdaderamente su rostro?

La respuesta de la Biblia a estas dos cuestiones es unitaria y consecuente: el hombre es creado a imagen de Dios, y Dios mismo es amor. Por eso, la vocación al amor es lo que hace que el hombre sea la auténtica imagen de Dios: es semejante a Dios en la medida en que ama. De esta conexión fundamental entre Dios y el hombre deriva la conexión indisoluble entre espíritu y cuerpo; en efecto, el hombre es alma que se expresa en el cuerpo y cuerpo vivificado por un espíritu inmortal.

Así pues, también el cuerpo del hombre y de la mujer tiene, por decirlo así, un carácter teológico; no es simplemente cuerpo, y lo que es biológico en el hombre no es solamente biológico, sino también expresión y realización de nuestra humanidad.

Del mismo modo, la sexualidad humana no es algo añadido a nuestro ser persona, sino que pertenece a él. Sólo cuando la sexualidad se ha integrado en la persona, logra dar un sentido a sí misma. Así, de esas dos conexiones -del hombre con Dios y, en el hombre, del cuerpo con el espíritu-

brotan una tercera: la conexión entre persona e institución. En efecto, la totalidad del hombre incluye la dimensión del tiempo, y el “sí” del hombre implica trascender el momento presente: en su totalidad, el “sí” significa “siempre”, constituye el espacio de la fidelidad. Sólo dentro de él puede crecer la fe que da un futuro y permite que los hijos, fruto del amor, crean en el hombre y en su futuro en tiempos difíciles.

Por consiguiente, la libertad del “sí” es libertad capaz de asumir algo definitivo. Así, la mayor expresión de la libertad no es la búsqueda del placer, sin llegar nunca a una verdadera decisión. Aparentemente esta apertura permanente parece ser la realización de la libertad, pero no es verdad: la auténtica expresión de la libertad es la capacidad de optar por un don definitivo, en el que la libertad, dándose, se vuelve a encontrar plenamente a sí misma.

En concreto, el “sí” personal y recíproco del hombre y de la mujer abre el espacio para el futuro, para la auténtica humanidad de cada uno y, al mismo tiempo, está destinado al don de una nueva vida. Por eso, este “sí” personal no puede por menos de ser un “sí” también públicamente responsable, con el que los esposos asumen la responsabilidad pública de la fidelidad, que garantiza asimismo el futuro de la comunidad.

En efecto, ninguno de nosotros se pertenece exclusivamente a sí mismo. Por eso, cada uno está llamado a asumir en lo más íntimo de su ser su responsabilidad pública. Así pues, el matrimonio como institución no es una injerencia indebida de la sociedad o de la autoridad, una forma impuesta desde fuera en la realidad más privada de la vida, sino una exigencia intrínseca del pacto del amor conyugal y de la profundidad de la persona humana.

En cambio, las diversas formas actuales de disolución del matrimonio, como las uniones libres y el “matrimonio a prueba”, hasta el pseudo-matrimonio entre personas del mismo sexo, son expresiones de una libertad anárquica, que se quiere presentar erróneamente como verdadera liberación del hombre. Esa pseudo-libertad se funda en una trivialización del cuerpo, que inevitablemente incluye la trivialización del hombre. Se basa en el supuesto de que el hombre puede hacer de sí mismo lo que quiera: así su cuerpo se convierte en algo secundario, algo que se puede manipular desde el punto de vista humano, algo que se puede utilizar como se quiera. El libertarismo, que se quiere hacer pasar como descubrimiento del cuerpo y de su valor, es en realidad un dualismo que hace despreciable el cuerpo, situándolo -por decirlo así- fuera del auténtico ser y de la auténtica dignidad de la persona.

b. Matrimonio y familia en la historia de la salvación

La verdad del matrimonio y de la familia, que hunde sus raíces en la verdad del hombre, se ha hecho realidad en la historia de la salvación, en cuyo centro están las palabras: «Dios ama a su pueblo». En efecto, la revelación bíblica es, ante todo, expresión de una historia de amor, la historia de la alianza de Dios con los hombres; por eso, la historia del amor y de la unión de un hombre y una mujer en la alianza del matrimonio pudo ser asumida por Dios como símbolo de la historia de la salvación.

El hecho inefable, el misterio del amor de Dios a los hombres, recibe su forma lingüística del vocabulario del matrimonio y de la familia, en positivo y en negativo: en efecto, el acercamiento de Dios a su pueblo se presenta con el lenguaje del amor esponsal, mientras que la infidelidad de Israel, su idolatría, se designa como adulterio y prostitución.

En el Nuevo Testamento Dios radicaliza su amor hasta hacerse él mismo, en su Hijo, carne de nuestra carne, hombre verdadero. De este modo, la unión de Dios con el hombre asumió su forma suprema, irreversible y definitiva. Y así se traza también para el amor humano su forma definitiva, el "sí" recíproco, que no puede revocarse: no aliena al hombre, sino que lo libera de las alienaciones de la historia, para llevarlo de nuevo a la verdad de la creación.

El valor de sacramento que el matrimonio asume en Cristo significa, por tanto, que el don de la creación fue elevado a gracia de redención. La gracia de Cristo no se añade desde fuera a la naturaleza del hombre, no le hace violencia, sino que la libera y la restaura, precisamente al elevarla más allá de sus propios límites. Y del mismo modo que la encarnación del Hijo de Dios revela su verdadero significado en la cruz, así el amor humano auténtico es donación de sí y no puede existir si quiere liberarse de la cruz.

Queridos hermanos y hermanas, este vínculo profundo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios y el amor humano, encuentra confirmación también en algunas tendencias y desarrollos negativos, cuyo peso sentimos todos. En efecto, el envilecimiento del amor humano, la supresión de la auténtica capacidad de amar se revela, en nuestro tiempo, como el arma más adecuada y eficaz para separar a Dios del hombre, para alejar a Dios de la mirada y del corazón del hombre.

De forma análoga, la voluntad de "liberar" de Dios a la naturaleza lleva a perder de vista la realidad misma de la naturaleza, incluida la naturaleza del hombre, reduciéndola a un conjunto de funciones, de las que se puede disponer a capricho para construir un presunto mundo mejor y una presunta humanidad más feliz; en cambio, se destruye el plan

del Creador y, en consecuencia, la verdad de nuestra naturaleza.

c. Los hijos

También en la generación de los hijos el matrimonio refleja su modelo divino, el amor de Dios al hombre. En el hombre y en la mujer, la paternidad y la maternidad, como el cuerpo y como el amor, no se pueden reducir a lo biológico: la vida sólo se da enteramente cuando juntamente con el nacimiento se dan también el amor y el sentido que permiten decir sí a esta vida. Precisamente esto muestra claramente cuán contrario al amor humano, a la vocación profunda del hombre y de la mujer, es cerrar sistemáticamente la propia unión al don de la vida y, aún más, suprimir o manipular la vida que nace.

Sin embargo, ningún hombre y ninguna mujer, por sí solos y únicamente con sus fuerzas, pueden dar a sus hijos de manera adecuada el amor y el sentido de la vida. En efecto, para poder decir a alguien: “Tu vida es buena, aunque yo no conozca tu futuro”, hacen falta una autoridad y una credibilidad superiores a lo que el individuo puede darse por sí solo. El cristiano sabe que esta autoridad es conferida a la familia más amplia, que Dios, a través de su Hijo Jesucristo y del don del Espíritu Santo, ha creado en la historia de los hombres, es decir, a la Iglesia. Reconoce que en ella actúa aquel amor eterno e indestructible que asegura a la vida de cada uno de nosotros un sentido permanente, aunque no conozcamos el futuro.

Por este motivo, la edificación de cada familia cristiana se sitúa en el contexto de la familia más amplia, que es la Iglesia, la cual la sostiene y la lleva consigo, y garantiza que existe el sentido y que también en el futuro estará en ella el “sí” del

Creador. Y, de forma recíproca, la Iglesia es edificada por las familias, “pequeñas Iglesias domésticas”, como las llamó el concilio Vaticano II²¹, utilizando una antigua expresión patristica²².

En el mismo sentido, la *Familiaris consortio* afirma que «el matrimonio cristiano (...) constituye el lugar natural dentro del cual se lleva a cabo la inserción de la persona humana en la gran familia de la Iglesia»²³.

d. La familia y la Iglesia

De todo ello deriva una consecuencia evidente: la familia y la Iglesia, en concreto las parroquias y las demás formas de comunidad eclesial, están llamadas a una estrecha colaboración para cumplir la tarea fundamental, que consiste inseparablemente en la formación de la persona y la transmisión de la fe. Sabemos bien que para una auténtica obra educativa no basta una buena teoría o una doctrina que comunicar. Hace falta algo mucho más grande y humano: la cercanía, vivida diariamente, que es propia del amor y que tiene su espacio más propicio ante todo en la comunidad familiar, pero asimismo en una parroquia o movimiento o asociación eclesial, en donde se encuentren personas que cuiden de los hermanos, en particular de los niños y de los jóvenes, y también de los adultos, de los ancianos, de los enfermos, de las familias mismas, porque los aman en Cristo. El gran patrono de los educadores, san Juan Bosco, recordaba a sus hijos espirituales que “la educación es cosa del corazón y sólo Dios es su dueño”²⁴.

²¹ Cf. *Lumen gentium*, 11; *Apostolicam actuositatem*, 11.

²² Cf. San Juan Crisóstomo, *In Genesis sermo* VI,2; VII, 1.

²³ N° 15.

²⁴ *Epistolario*, IV,209.

En la obra educativa, y especialmente en la educación en la fe, que es la cumbre de la formación de la persona y su horizonte más adecuado, es central en concreto la figura del testigo: se transforma en punto de referencia precisamente porque sabe dar razón de la esperanza que sostiene su vida (cf. 1Pe 3,15), está personalmente comprometido con la verdad que propone. El testigo, por otra parte, no remite nunca a sí mismo, sino a algo, o mejor, a Alguien más grande que él, a quien ha encontrado y cuya bondad, digna de confianza, ha experimentado. Así, para todo educador y testigo, el modelo insuperable es Jesucristo, el gran testigo del Padre, que no decía nada por sí mismo, sino que hablaba como el Padre le había enseñado (cf. Jn 8,28).

Por este motivo, en la base de la formación de la persona cristiana y de la transmisión de la fe está necesariamente la oración, la amistad personal con Cristo y la contemplación en él del rostro del Padre. Y lo mismo vale, evidentemente, para todo nuestro compromiso misionero, en particular para la pastoral familiar. Así pues, la Familia de Nazaret ha de ser para nuestras familias y para nuestras comunidades objeto de oración constante y confiada, además de modelo de vida.

Queridos hermanos y hermanas, y especialmente vosotros, queridos sacerdotes, conozco la generosidad y la entrega con que servís al Señor y a la Iglesia. Vuestro trabajo diario para formar a las nuevas generaciones en la fe, en estrecha conexión con los sacramentos de la iniciación cristiana, así como para preparar al matrimonio y para acompañar a las familias en su camino, a menudo arduo, en particular en la gran tarea de la educación de los hijos, es la senda fundamental para regenerar siempre de nuevo a la Iglesia y también para vivificar el tejido social de nuestra amada ciudad de Roma.

e. La amenaza del relativismo

Así pues, proseguid, sin desalentaros ante las dificultades que encontráis. La relación educativa es, por su naturaleza, delicada, pues implica la libertad del otro, al que siempre se impulsa, aunque sea dulcemente, a tomar decisiones. Ni los padres, ni los sacerdotes o los catequistas, ni los demás educadores pueden sustituir la libertad del niño, del muchacho o del joven al que se dirigen. De modo especial, la propuesta cristiana interpela a fondo la libertad, llamándola a la fe y a la conversión.

En la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio "yo". Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común.

Así pues, es evidente que no sólo debemos tratar de superar el relativismo en nuestro trabajo de formación de las personas; también estamos llamados a contrarrestar su predominio destructor en la sociedad y en la cultura. Por eso, además de la palabra de la Iglesia, es muy importante el testimonio y el compromiso público de las familias cristianas, especialmente para reafirmar la intangibilidad de la vida humana desde la concepción hasta su término natural, el

valor único e insustituible de la familia fundada en el matrimonio, y la necesidad de medidas legislativas y administrativas que sostengan a las familias en la tarea de engendrar y educar a los hijos, tarea esencial para nuestro futuro común. También por este compromiso os doy gracias cordialmente.

f. Sacerdocio y vida consagrada

Un último mensaje que quisiera dejaros atañe al cuidado de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada: todos sabemos cuánta necesidad tiene la Iglesia de estas vocaciones. Para que nazcan o lleguen a madurar, para que las personas llamadas se mantengan siempre dignas de su vocación, es decisiva ante todo la oración, que nunca debe faltar en cada familia y comunidad cristiana. Pero también es fundamental el testimonio de vida de los sacerdotes, de los religiosos y las religiosas, la alegría que manifiestan por haber sido llamados por el Señor. Asimismo, es esencial el ejemplo que los hijos reciben dentro de su familia, y la convicción de las familias mismas de que, también para ellas, la vocación de sus hijos es un gran don del Señor.

La elección de la virginidad por amor a Dios y a los hermanos, que se requiere para el sacerdocio y la vida consagrada, ha de ir unida a la valoración del matrimonio cristiano: uno y otra, de maneras diferentes y complementarias, de algún modo hacen visible el misterio de la alianza entre Dios y su pueblo.

Queridos hermanos y hermanas, os dejo estas reflexiones como contribución a vuestro trabajo en las tardes de la asamblea y luego durante el próximo año pastoral. Pido al Señor que os dé valentía y entusiasmo, para que nuestra Iglesia de Roma, cada parroquia, comunidad religiosa,

asociación o movimiento, participe más intensamente en la alegría y en los esfuerzos de la misión, y así cada familia y toda la comunidad cristiana vuelva a encontrar en el amor del Señor la llave que abre la puerta de los corazones y que hace posible una verdadera educación en la fe y la formación de las personas. Mi afecto y mi bendición os acompañan hoy y en el futuro.

III

MATRIMONIO Y FAMILIA

1. El matrimonio

La mayoría de los jóvenes dudan hoy día entre contraer matrimonio o convivir al margen de rígidos vínculos jurídicos. A nivel estatal, se advierten tendencias a equiparar las uniones de hecho y las relaciones de pareja homosexuales al matrimonio. Es necesario, por tanto, preguntarse: ¿por qué tiene que ser el matrimonio la única forma aceptable de unión entre dos personas?

Por un lado, sólo un ámbito de fidelidad realmente sólida es conforme a la dignidad de la convivencia humana. Y no solo por lo que respecta a la responsabilidad frente al otro, sino también frente a los hijos que podrán nacer de esa relación. Desde este punto de vista, el matrimonio nunca es un asunto meramente privado, sino que tiene un carácter público, social. De ello depende la configuración fundamental que estructura a la sociedad.

Se percibe también del hecho que, últimamente, también las llamadas uniones de hecho han comenzado a reclamar algún tipo de reconocimiento jurídico. Es cierto que deben configurarse como modelos menores de vinculación jurídica, pero incluso estos modelos no pueden llegar a buen puerto sin

una pública asunción de responsabilidad, sin incluirse en el tejido social colectivo. De ahí se deduce que es inevitable una forma públicamente reglamentada desde el punto de vista jurídico y social, aun cuando se trate de establecer un estatuto jurídico de menor importancia.

Existe un segundo aspecto a considerar: cuando dos personas se entregan mutuamente y, juntas, dan vida a los hijos, también ahí se implica lo sagrado, el misterio del ser humano, que va mucho más allá del derecho a disponer de uno mismo. En cada ser humano está presente el misterio divino. Por eso la unión entre el hombre y la mujer desemboca de forma natural en lo religioso, en lo sagrado, en la responsabilidad asumida ante Dios. Esa asunción de responsabilidad es necesaria y hunde sus raíces y su motivación precisamente en el sacramento.

Por eso, cualquier otra forma de unión es una vía de escape con la que esquivar la propia responsabilidad frente al otro y frente al misterio del ser persona, introduciendo una labilidad que acarreará sus propias consecuencias.

Muy diversa es la cuestión de las relaciones por parte de parejas homosexuales. Pienso que cuando en un matrimonio, en una familia, ya no cuenta que el fundamento sea un hombre y una mujer, sino que se equipara la homosexualidad a esa relación, se está hiriendo gravemente la tipología básica que configura la estructura de la naturaleza humana. Por esta vía, cualquier sociedad está llamada a encontrarse frente a graves problemas. Si escuchamos la palabra de Dios, debemos invocar ante todo el don de esa luz que nos permita comprender la sacralidad intrínseca a esa relación que se establece entre el hombre, la mujer y los hijos. Y una forma adecuada de sociedad se consigue tan solo a condición de que la familia y, por tanto, también la forma de unión bendecida

por Dios, venga reconocida como el modelo adecuado de una sexualidad ordenada.

La fórmula con la que la celebración del matrimonio alcanza su culmen dice así: «Te acepto (como legítima esposa / como legítimo esposo) y te prometo fidelidad en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad. Prometo amarte, respetarte y honrarte durante todos los días de mi vida». Esto es muy hermoso, pero ¿por qué tiene un matrimonio que esforzarse por durar toda la vida «hasta que la muerte os separe»?

Porque el amor humano y la responsabilidad que se asume con aquellas palabras tienen un carácter definitivo. No deberíamos obstinarnos en querer encontrar una explicación racional para cada pequeño detalle. Aquí viene en nuestra ayuda la sabiduría de la tradición que, en definitiva, coincide con la palabra de Dios. La dignidad del ser humano tan solo viene plenamente respetada a condición de hacer de sí mismo un don total, sin reservarse el derecho a poner en discusión ese don ni a revocarlo. No es un contrato temporal sino un ceder incondicionalmente el propio “yo” a un “tú”. La entrega a otra persona sólo puede ser acorde a la naturaleza humana si el amor es total y sin reservas.

Hemos hablado ya muchas veces de sexualidad; evidentemente la Iglesia considera que ahí se encierra un gran misterio. De otro modo sería incomprensible el rigor que mantiene en este ámbito. ¿Es una particular comprensión de la vida y de las personas lo que lleva a la Iglesia a prohibir la contracepción?

En efecto, la Iglesia considera la sexualidad como una realidad central de la creación. La sexualidad empuja al hombre hacia la máxima cercanía con el Creador, lo induce a

asumir la responsabilidad más elevada, convirtiéndose en copartícipe del origen de la vida. Cada individuo es una criatura de Dios y, al mismo tiempo, un hijo de sus padres. Por esta razón, existe una interrelación entre el acto creador de Dios y la fertilidad humana. La sexualidad es algo poderoso, se pone de manifiesto en que conlleva la responsabilidad de una nueva vida, que pertenece a nuestro género humano y, sin embargo, no es nuestra; que proviene de nosotros y, al mismo tiempo, no es originada por nosotros. Desde esta perspectiva creo que resulta comprensible la sacralidad intrínseca al acto de dar la vida, asumiendo una responsabilidad que va más allá del mero dato biológico.

Por todos estos múltiples motivos la Iglesia estaba obligada a desarrollar las indicaciones sustancialmente contenidas en la naturaleza humana y ya expresadas en los diez mandamientos. La Iglesia tiene el deber de guiar a los hombres en la asunción de sus responsabilidades.

¿Se puede ser un buen cristiano aun violando las prescripciones de la Iglesia en materia de moral sexual?

La otra cara de la moneda refleja la poca preparación humana respecto a cuanto la Iglesia pretende del hombre, a la luz de su interpretación de la palabra de Dios. Si en cualquier caso se ha atravesado de la tensión a la permanencia en el buen camino, si se comparte un reconocimiento de fondo sobre la sacralidad de la coparticipación humana con Cristo en el proceso de la creación, entonces la imperfección humana no afecta al propio ser católico. Mientras se permanece comprometido en un camino de búsqueda, se sigue siendo un “buen católico”.

Los Obispos italianos han solicitado más valor a la hora de procrear. Porque una sociedad que tiene miedo de tener hijos se hace «menos humana», se dice en uno de sus llamamientos.

Allí donde se apaga el amor por los hijos, se verifica un empobrecimiento social de conjunto. Antes los italianos eran famosos por su amor a la familia y a los hijos. Hoy día algunas regiones italianas presentan el índice de crecimiento demográfico más bajo del mundo. Algo nuevo y significativo ha intervenido tras el proceso de enriquecimiento vivido por la sociedad italiana. En efecto, una gran tentación de las sociedades occidentales consiste en el ver a los hijos como competidores que quieren arrebatarnos una parte de nuestro espacio vital, de nuestro futuro. De forma análoga, se conciben hijos como un objeto de propiedad y como representación de uno mismo. En última instancia, no se está dispuesto a tomar en serio sus exigencias, con todo lo que habría que sacrificar por ellos en términos de tiempo y de totalidad de la propia vida.

Un Obispo italiano me dijo una vez que los pobres invierten en vida, en los hijos ven su futuro; los ricos invierten en objetos materiales. No quiero exagerar el sentido de estas palabras, pero es evidente que esa tendencia a invertir en objetos materiales, a autoasegurarse el futuro a través de cosas materiales, que son la multiplicación del propio yo, es más fuerte que la disponibilidad para ponerse al servicio de la vida de otros. Aun teniendo presente la problemática del incremento demográfico, no debemos ignorar los problemas que deberá afrontar una sociedad envejecida, poniendo así en peligro su propio futuro.

Volvamos sobre la cuestión del incremento demográfico: a la Iglesia se le acusa de las graves dificultades e incluso de la miseria originada en amplias zonas del Tercer Mundo por su rigurosa prohibición de recurrir al uso de anticonceptivos.

Esto sí es un verdadero disparate. La miseria viene producida por el colapso moral, un fenómeno desconocido en las sociedades tribales y en las comunidades cristianas, cuya vida estaba fuertemente impregnada de una moral que cerraba el camino a la miseria que hoy experimentamos. Reducir la voz de la Iglesia a la prohibición de medios anticonceptivos es verdaderamente una tremenda estupidez, que se apoya sobre una visión del mundo completamente distorsionada, como en seguida mostraré.

La Iglesia predica ante todo la santidad y la fidelidad del matrimonio como virtudes que deben vivirse en esa unión conyugal. Ésta es su verdadera voz. Y cuando se presta atención a esta voz, los hilos disponen de un espacio vital donde aprender el amor y el espíritu de renuncia, la disciplina como recurso que permite vivir rectamente incluso en la miseria. Cuando la familia funciona como ámbito de fidelidad, también existen la paciencia y el respeto mutuos que constituyen el requisito previo para el uso eficaz de la planificación familiar natural. La miseria no es consecuencia de las familias numerosas, sino de la procreación irresponsable y desordenada de hijos que no conocen al padre y, a veces, tampoco a la madre y que, por su condición de niños de la calle, experimentan la verdadera miseria de un mundo psíquica y moralmente destruido. Por lo demás, todos sabemos que la rápida propagación del sida en África está provocando desde hace tiempo el problema contrario: ya no es la explosión demográfica el principal problema sino la desaparición de poblaciones enteras y el vacío demográfico que se está creando en algunas regiones.

Por otra parte, cuando pienso en las subvenciones que se pagan en Europa a los agricultores por matar a sus animales, por destruir cereales, frutas, etc., porque se ven incapaces de

gestionar el excedente agrícola, se me ocurre pensar que esos sabios ejecutivos, en lugar de aniquilar los dones de la creación, harían mejor en reflexionar cómo conseguir distribuirlos para que lleguen a todos.

La miseria no es culpa de aquéllos que educan a las personas para la fidelidad y el amor, para el respeto a la vida y la renuncia, sino de los que desprecian el valor de los principios éticos fundamentales y tienen una concepción mecanicista del ser humano. El preservativo parece más eficaz que los principios morales, pero creer posible sustituir la dignidad moral de la persona por preservativos para dejar intacta su libertad, supone envilecer de raíz a los seres humanos, provocando justo lo que se pretende impedir: una sociedad egoísta en la que todo el mundo se siente con derecho a disfrutar sin asumir responsabilidad alguna. La miseria no procede de la moralización de la sociedad sino de su degradación moral, de la propaganda a favor del uso y difusión del preservativo como parte esencial de este proceso de descomposición moral, expresión de una orientación que encierra un profundo desprecio hacia el ser humano y una desconfianza de fondo hacia su grandeza moral.

2. Experiencia del amor y tensión hacia Dios

Queridos jóvenes, ¡no tengáis miedo de afrontar estos desafíos! No perdáis nunca la esperanza.

Tened valor, también en las dificultades, permaneciendo firmes en la fe. Estad seguros de que, en toda circunstancia, sois amados y estáis custodiados por el amor de Dios, que es nuestra fuerza. Dios es bueno. Por esto es importante que el encuentro con Dios, sobre todo en la oración personal y comunitaria, sea constante, fiel, precisamente como es el

camino de vuestro amor: amar a Dios y sentir que él me ama. ¡Nada nos puede separar del amor de Dios! Estad seguros, además, de que también la Iglesia está cerca de vosotros, os sostiene, no cesa de miraros con gran confianza. Ella sabe que tenéis sed de valores, los valores verdaderos, sobre lo que vale la pena construir vuestra casa. El valor de la fe, de la persona, de la familia, de las relaciones humanas, de la justicia. No os desaniméis ante las carencias que parecen apagar la alegría en la mesa de la vida. En las bodas de Caná, cuando falta el vino, María invitó a los sirvientes a dirigirse a Jesús y les dio una indicación precisa: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). Atesorad estas palabras, las últimas de María citadas en los Evangelios, casi su testamento espiritual, y tendréis siempre la alegría de la fiesta: ¡Jesús es el vino de la fiesta!

Como novios estáis viviendo una época única que abre a la maravilla del encuentro y permite descubrir la belleza de existir y de ser valiosos para alguien, de poderos decir recíprocamente: tú eres importante para mí. Vivid con intensidad, gradualidad y verdad este camino. No renunciéis a perseguir un ideal alto de amor, reflejo y testimonio del amor de Dios. ¿Pero cómo vivir esta etapa de vuestra vida, testimoniar el amor en la comunidad?

Deseo deciros ante todo que evitéis cerraros en relaciones intimistas, falsamente tranquilizadoras; haced más bien que vuestra relación se convierta en levadura de una presencia activa y responsable en la comunidad. No olvidéis, además, que, para ser auténtico, también el amor requiere un camino de maduración: a partir de la atracción inicial y de “sentirse bien” con el otro, educaos a “querer bien” al otro, a “querer el bien” del otro. El amor vive de gratuidad, de sacrificio de uno mismo, de perdón y de respeto del otro.

Queridos amigos, todo amor humano es signo del Amor eterno que nos ha creado y cuya gracia santifica la elección de un hombre y de una mujer de entregarse recíprocamente la vida en el matrimonio. Vivid este tiempo del noviazgo en la espera confiada de tal don, que hay que acoger recorriendo un camino de conocimiento, de respeto, de atenciones que jamás debéis perder: sólo con esta condición el lenguaje del amor seguirá siendo significativo también con el paso de los años. Educaos, también, desde ahora en la libertad de la fidelidad, que lleva a custodiarse recíprocamente, hasta vivir el uno para el otro. Preparaos a elegir con convicción el “para siempre” que connota el amor: la indisolubilidad, antes que una condición, es un don que hay que desear, pedir y vivir, más allá de cualquier situación humana mutable. Y no penséis, según una mentalidad extendida, que la convivencia sea garantía para el futuro. Quemar etapas acaba por “quemar” el amor, que en cambio necesita respetar los tiempos y la gradualidad en las expresiones; necesita dar espacio a Cristo, que es capaz de hacer un amor humano fiel, feliz e indisoluble. La fidelidad y la continuidad de que os queráis bien os harán capaces también de estar abiertos a la vida, de ser padres: la estabilidad de vuestra unión en el sacramento del matrimonio permitirá a los hijos que Dios quiera daros crecer con confianza en la bondad de la vida. Fidelidad, indisolubilidad y transmisión de la vida son los pilares de toda familia, verdadero bien común, valioso patrimonio para toda la sociedad. Desde ahora, fundad en ellos vuestro camino hacia el matrimonio y testimoniadlo también a vuestros coetáneos: ¡es un valioso servicio! Sed agradecidos con cuantos, con empeño, competencia y disponibilidad os acompañan en la formación: son signo de la atención y de la solicitud que la comunidad cristiana os reserva. No estáis solos: sed los primeros en buscar y acoger la compañía de la Iglesia.

Deseo volver de nuevo sobre un punto esencial: la experiencia del amor tiene en su interior la tensión hacia Dios. El verdadero amor promete el infinito. Haced, por lo tanto, de este tiempo vuestro de preparación al matrimonio un itinerario de fe: redescubrid para vuestra vida de pareja la centralidad de Jesucristo y de caminar en la Iglesia. María nos enseña que el bien de cada uno depende de la escucha dócil de la palabra del Hijo. En quien se fía de él, el agua de la vida cotidiana se transforma en el vino de un amor que hace buena, bella y fecunda la vida. Caná, de hecho, es anuncio y anticipación del don del vino nuevo de la Eucaristía, sacrificio y banquete en el cual el Señor nos alcanza, nos renueva y transforma. Y no perdáis la importancia vital de este encuentro: que la asamblea litúrgica dominical os encuentre plenamente partícipes: de la Eucaristía brota el sentido cristiano de la existencia y un nuevo modo de vivir²⁵.

No tendréis, entonces, miedo al asumir la esforzada responsabilidad de la opción conyugal; no temeréis entrar en este “gran misterio” en el que dos personas llegan a ser una sola carne (cf. Ef 5,31-32).

Queridísimos jóvenes, os encomiendo a la protección de san José y de María santísima; siguiendo la invitación de la Virgen Madre -«haced lo que él os diga»- no os faltará el sabor de la verdadera fiesta y sabréis llevar el “vino” mejor, el que Cristo dona para la Iglesia y para el mundo. Deseo deciros que también yo estoy cerca de vosotros y de cuantos, como vosotros, viven este maravilloso camino de amor. ¡Os bendigo con todo el corazón!

²⁵ Cf. *Sacramentum caritatis*, nn. 72-73.

3. La fidelidad

Nuestro mundo presenta la constante disponibilidad del eros como si fuera una virtud. En cualquier caso, no hay que ser un maniaco sexual para preguntarse si la impureza (lujuria) sea verdaderamente un pecado.

La versión original de este mandamiento en el Antiguo Testamento dice así: «No cometerás adulterio» (Éx 20,14; Dt 5,18). Así pues, este mandamiento ha tenido desde el principio un significado muy específico. Se refería a la inviolabilidad de la relación de fidelidad entre el marido y la mujer, que no sólo vela por el futuro del ser humano sino que también integra la sexualidad en la totalidad de la persona, confiriéndole así su dignidad y grandeza.

Ahí está el núcleo de este mandamiento. No hay que ceñirlo a una situación ocasional, sino ubicarlo en el contexto de un sí recíproco proveniente de dos personas que, implícitamente, pronuncian también su sí hacia los hijos. Por eso, la sexualidad humana puede alcanzar su verdadera dignidad y grandeza en el matrimonio. Sólo en él el espíritu se convierte en sensualidad y los sentidos en espiritualidad. En el matrimonio se realiza lo que hemos definido como la esencia de la persona, ejerciendo su función de puente al unir los dos extremos de la creación (materia y espíritu) como lugar donde se confieren mutuamente una mayor grandeza y dignidad.

Cuando decimos que el lugar propio de la sexualidad es el matrimonio, eso implica un vínculo fundado sobre un amor fiel que conlleva la ayuda mutua y su disponibilidad de cara al futuro, insertándose así en un objetivo global del género humano. Por consiguiente, se aprecia de forma natural que

sólo así la sexualidad se humaniza y adquiere su específica dignidad.

Indudablemente el poder del instinto es tan fuerte, sobre todo en un mundo caracterizado por el erotismo, que el vínculo con ese ámbito primordial de fidelidad y amor se hace casi incomprensible. La sexualidad se ha convertido desde hace tiempo en mercancía de comercio. Pero es evidente que, de este modo, se ha deshumanizado la sexualidad, utilizándola como simple objeto de disfrute, sin respetar la dignidad de la otra persona y -en ese sentido- abusando de ella. Las personas que se convierten a sí mismas en mercancía o son obligadas a ponerse en venta, quedan destrozadas. Con el paso del tiempo, el mercado del sexo ha desarrollado un nuevo mercado de esclavos. Por tanto, desde el momento en que la sexualidad no hunde sus raíces en una libertad que se compromete a una responsabilidad recíproca, desde el momento en que no reconoce su propio fundamento en la totalidad de la persona humana, surge necesariamente un enfoque mercantilista.

Volvamos un momento al núcleo del mandamiento.

Este mandamiento recoge el siguiente mensaje de la creación: hombre y mujer han sido creados el uno para el otro. Dejarán padre y madre y serán una sola carne, dice el Génesis. Podremos decir también, desde la óptica meramente biológica, que la naturaleza ha hecho surgir la sexualidad con el fin de conservar la especie. Pero esto que consideramos en principio como un elemento puramente natural, como realidad simplemente biológica, adquiere forma humana en la comunión del hombre y la mujer.

Constituye, por parte del ser humano, un modo de abrirse hacia sus semejantes. Una apertura que no solo permite el desarrollo de vínculos de unión y fidelidad, sino que crea también el espacio en el que el hombre puede crecer

desde la concepción hasta la plenitud de la vida. En este espacio se encuentra el inicio de una adecuada convivencia humana.

Lo que responde en primer lugar a una ley biológica, a un truco de la naturaleza -si se puede decir así-, adquiere una forma humana que propicia el nacimiento de un vínculo de amor y fidelidad entre el hombre y la mujer, que a su vez permite la formación de la familia. He aquí el corazón de este mandamiento que nos interpela desde el horizonte de la creación, donde hunde sus raíces. Cuanto más profundamente se vive y se piensa en ello, más claro se ve que otras formas de sexualidad no alcanzan la grandeza de la vocación humana, no responden a eso que quiere y debe ser la sexualidad humanizada.

En un capítulo posterior hablaremos más de sexo. Con los diez mandamientos se tiene también la sospecha de construir una ley contraria a las leyes de la naturaleza. Por eso nos cuesta tanto cumplirlos, porque a menudo se oponen a los instintos humanos, a nuestras inclinaciones.

Si duda. Ciertamente el sexto mandamiento conlleva el mensaje de la naturaleza misma. La naturaleza regula la existencia de dos sexos para que se garantice la conservación de la especie, y esto es especialmente aplicable a seres vivientes que cuando salen del seno materno no son en absoluto autosuficientes y precisan prolongados cuidados.

El hombre no es un ser que huye del nido, sino más bien permanece en él. Desde una perspectiva puramente biológica, la raza humana está hecha de modo que esa imagen del abultado seno materno -que conlleva el amor del padre y de la madre- se hace necesaria a lo largo del tiempo para permitir el ulterior desarrollo humano, más allá de su primer estadio

biológico. El seno materno de la familia es como un requisito para poder existir.

Desde este enfoque, el rostro primigenio del hombre que aquí se contempla tiene un fundamento propio en las leyes de la naturaleza. Necesita de un ligamen recíproco permanente. En el contexto de ese vínculo, hombre y mujer se entregan primero a sí mismos y luego a los hijos, para que también ellos se vean integrados en esa ley del amor, del darse y del negarse a uno mismo. Los seres que están siempre metidos en el nido necesitan la fidelidad también en el periodo posterior al parto.

Así visto, el mensaje del matrimonio y de la familia es plenamente una ley intrínseca a la creación y no entra en conflicto con la naturaleza del ser humano.

Sin embargo, nos resulta muy difícil observarla.

Es cierto que aquí -como en todos los demás ámbitos de los que hemos hablado- se aprecia una tendencia contrapuesta. Existe un exceso de poder biológico. Se puede advertir en las sociedades modernas, así como en las sociedades tardías de épocas más antiguas -como, por ejemplo, la Roma imperial-, una flagrante erotización que fomenta aún más los excesos del instinto y hace más difícil el compromiso del matrimonio.

Volvamos a lo que hemos dicho sobre las cuatro leyes. Existen dos mensajes diferentes en el orden natural. Un mensaje de la naturaleza nos remite a esa tensión que empuja hacia la unión de los dos sexos como dinamismo radicado profundamente en la naturaleza y puede ser humanizado creando un espacio donde la persona pueda crecer y desplegar totalmente su propia esencia. El otro mensaje es la tendencia relativa hacia la promiscuidad o, al menos, a disponer

arbitrariamente de la sexualidad sin integrarla en el contexto de la familia.

Con una visión desde la fe podemos reconocer fácilmente la diferencia entre estos dos planos en los que se manifiesta la relación entre sexualidad y naturaleza. El primero constituye realmente el mensaje de la creación. El otro expresa la aspiración del ser humano a disponer de sí mismo. Por este motivo, su compromiso en el matrimonio implicará una lucha continua. Aunque también apreciamos que allí donde se consigue dominar el instinto, madura lo humano y los hijos no tienen miedo al futuro. En una sociedad donde las separaciones se han convertido en lo normal, los hijos son los más perjudicados. Ellos son la demostración de que la convivencia fiel y el apoyo mutuo no solo es algo correcto, sino que además supone una clara respuesta a las exigencias del ser humano.

4. La familia: fundamento y alma de la sociedad

El Concilio Vaticano II ha hablado de la familia en términos de “Iglesia doméstica”, de “santuario intocable” donde la persona madura en los afectos, en la solidaridad, en la espiritualidad. También la economía con sus leyes debe considerar siempre el interés y la salvaguarda de tal célula primaria de la sociedad; la misma palabra “economía” en su origen etimológico contiene un reclamo a la importancia de la familia: *oikia* y *nomos*, la ley de la casa.

En la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, el Beato Juan Pablo II indicó para la institución familiar cuatro deberes que quisiera recordar brevemente: la formación de una comunidad de personas; el servicio a la vida; la participación social y la participación eclesial. Todas ellas son funciones en

cuya base está el amor, y es a esto a lo que educa y para lo que se forma una familia. «El amor -afirma el venerado Pontífice- entre el hombre y la mujer en el matrimonio, y de forma derivada y ampliada, el amor entre los miembros de una misma familia -entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre parientes y familiares- está animado y sostenido por un dinamismo interior e incesante, que conduce a la familia a una comunión cada vez más profunda e intensa, fundamento y alma de la comunidad conyugal y familiar»²⁶. Del mismo modo, el amor está en la base del servicio a la vida, fundado en la cooperación que la familia da a la continuidad de la creación, a la procreación del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios.

Y es, en primer lugar, en la familia donde se aprende el comportamiento justo para vivir en el ámbito de la sociedad, también en el mundo del trabajo, de la economía, de la empresa, debe ser guiado por la “*caritas*”, en la lógica de la gratuidad, de la solidaridad y de la responsabilidad de los unos por los otros. «Las relaciones entre los miembros de la comunidad familiar -escribe el Beato Juan Pablo II se inspiran y se guían por la ley de la gratuidad que, respetando y favoreciendo en todos y en cada uno la dignidad personal como único título (le valor, se convierte en acogida cordial, encuentro y diálogo, disponibilidad desinteresada, servicio generoso, solidaridad profunda»²⁷. Desde esta perspectiva, la familia, de mero objeto, pasa a ser sujeto activo y capaz de recordar el “rostro humano” que debe tener el mundo de la economía. Si esto vale para la sociedad en general, asume todavía más importancia en la comunidad eclesial. También en la evangelización, de hecho, la familia tiene un lugar

²⁶ N° 18.

²⁷ N° 43.

importante, como recordaba recientemente en Ancona: esta no es, sencillamente, la destinataria de la acción pastoral, sino que es protagonista de ella, llamada a tomar parte en la evangelización de un modo propio y original, poniendo al servicio de la misma Iglesia y de la sociedad el propio ser y la propia actuación, como íntima comunidad de vida y de amor²⁸. La familia y el trabajo son lugares privilegiados para la realización de la vocación del hombre, que colabora en la obra creadora de Dios en el hoy.

Como habéis puesto de manifiesto en vuestras exposiciones, en la difícil situación que estamos viviendo, asistimos, desgraciadamente, a una crisis en el trabajo y en la economía que se acompaña de una crisis en la familia: los conflictos de pareja, los generacionales, los ocasionados entre los tiempos de la familia, y por el trabajo, la crisis ocupacional, crean una compleja situación de malestar que influye en la misma vivencia social.

Es necesaria, por tanto, una nueva síntesis armónica entre la familia y el trabajo, donde la doctrina social de la Iglesia puede ofrecer una preciosa contribución. En la Encíclica *Caritas in veritate* he querido destacar que el modelo familiar de la lógica del amor, de la gratuidad y del don va junto a una dimensión universal. La justicia conmutativa -“dar para tener”- y la distributiva -“dar para deber”- no son suficientes en la vivencia social. Para que haya verdadera justicia es necesario llegar a la gratuidad y a la solidaridad. «La solidaridad es, en primer lugar, que todos se sientan responsables de todos; por tanto, no se la puede dejar solamente en manos del Estado. Mientras antes se podía pensar que lo primero era alcanzar la justicia y que la

²⁸ Cf. *Familiaris consortio*, n° 50.

gratuidad venía después como un complemento, hoy es necesario decir que sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia... Caridad en la verdad significa, en este caso, la necesidad de dar forma y organización a las iniciativas económicas que, sin renunciar al beneficio, quieren ir más allá de la lógica del intercambio de cosas equivalentes y del lucro como fin en sí mismo»²⁹⁵.

«El mercado de la gratuidad no existe y las actitudes gratuitas no se pueden prescribir por ley. Sin embargo, tanto el mercado como la política tienen necesidad de personas abiertas al don recíproco»³⁰. No es deber de la Iglesia definir las vías para afrontar la crisis actual. Sin embargo, los cristianos tienen el deber de denunciar los males, de testificar y tener vivos los valores en los que se fundamenta la dignidad de la persona, y de promover aquellas formas de solidaridad que favorecen el bien común, para que la humanidad se convierta en la familia de Dios.

Queridos amigos, espero que las reflexiones que han surgido en vuestro Congreso os ayuden a asumir, cada vez más activamente, vuestro papel en la difusión y en la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia, sin olvidar que «el desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, *caritas in veritate*, del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don»³¹. Con esta esperanza, mientras os confío a la intercesión de la Virgen María, os imparto de todo corazón a vosotros y a vuestros seres queridos una especial Bendición Apostólica.

²⁹ N° 38.

³⁰ N° 39.

³¹ N° 79.

5. La familia: patrimonio de la humanidad

La familia, fundada en el matrimonio, constituye un “patrimonio de la humanidad”, una institución social fundamental; es la célula vital y el pilar de la sociedad y esto afecta tanto a creyentes como a no creyentes.

Es una realidad por la que todos los Estados deben tener la máxima consideración, pues, como solía repetir Juan Pablo II, «el futuro de la humanidad se fragua en la familia»³². Además, según la visión cristiana, el matrimonio, elevado por Cristo a la altísima dignidad de sacramento, confiere mayor esplendor y profundidad al vínculo conyugal, y compromete con mayor fuerza a los esposos que, bendecidos por el Señor de la alianza, se prometen fidelidad hasta la muerte en el amor abierto a la vida.

Para ellos, el centro y el corazón de la familia es el Señor, que los acompaña en su unión y los sostiene en la misión de educar a sus hijos hacia la edad madura. De este modo, la familia cristiana coopera con Dios no sólo engendrando para la vida natural, sino también cultivando las semillas de la vida divina donada en el bautismo. Estos son los principios, ya conocidos, de la visión cristiana del matrimonio y de la familia. Los recordé una vez más el jueves pasado en mi discurso a los miembros del Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia.

En el mundo actual, en el que se están difundiendo algunas concepciones equívocas sobre el hombre, sobre la libertad y sobre el amor humano, no debemos cansarnos nunca de volver a presentar la verdad sobre la familia, tal

³² *Familiaris consortio*, n° 86.

como ha sido querida por Dios desde la creación. Por desgracia, está aumentando el número de separaciones y divorcios, que rompen la unidad familiar y crean muchos problemas a los hijos, víctimas inocentes de estas situaciones. En especial la estabilidad de la familia está hoy en peligro. Para salvaguardarla con frecuencia es necesario ir contracorriente con respecto a la cultura dominante, y esto exige paciencia, esfuerzo, sacrificio y búsqueda incesante de comprensión mutua. Pero también hoy los cónyuges pueden superar las dificultades y mantenerse fieles a su vocación, recurriendo a la ayuda de Dios con la oración y participando asiduamente en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía. La unidad y la firmeza de las familias ayudan a la sociedad a respirar los auténticos valores humanos y a abrirse al Evangelio. A esto contribuye el apostolado de muchos Movimientos, llamados a actuar en este campo en armonía con las diócesis y las parroquias.

Asimismo, hoy un tema muy delicado es el respeto debido al embrión humano, que debería nacer siempre de un acto de amor y ser tratado ya como persona³³. Los progresos de la ciencia y de la técnica en el ámbito de la bioética se transforman en amenazas cuando el hombre pierde el sentido de sus límites y, en la práctica, pretende sustituir a Dios Creador. La Encíclica *Humanae vitae* reafirma con claridad que la procreación humana debe ser siempre fruto del acto conyugal, con su doble significado de unión y de procreación³⁴.

Lo exige la grandeza del amor conyugal según el proyecto divino, como recordé en la Encíclica *Deus caritas est*: «El “eros”, degradado a puro “sexo”, se convierte en mercancía, en

³³ Cf. *Evangelium vitae*, n° 60.

³⁴ Cf. n° 12.

simple “objeto” que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía (...). En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano»³⁵.

Gracias a Dios, especialmente entre los jóvenes, muchos están redescubriendo el valor de la castidad, que se presenta cada vez más como una garantía segura del amor auténtico. El momento histórico que estamos viviendo exige que las familias cristianas testimonien con valiente coherencia que la procreación es fruto del amor. Ese testimonio estimulará a los políticos y legisladores a salvaguardar los derechos de la familia. Como es sabido, se están acreditando soluciones jurídicas para las así llamadas “uniones de hecho” que, a pesar de rechazar las obligaciones del matrimonio, pretenden gozar de derechos equivalentes. Además, a veces se quiere llegar incluso a una nueva definición del matrimonio para legalizar las uniones homosexuales, atribuyéndoles también el derecho a la adopción de hijos. Amplias áreas del mundo están sufriendo el así llamado “invierno demográfico”, con el consiguiente envejecimiento progresivo de la población.

En ocasiones, las familias se ven amenazadas por el miedo ante la vida, la paternidad y la maternidad. Es necesario volverles a dar confianza para que puedan seguir cumpliendo su noble misión de procrear en el amor. Doy las gracias a vuestro Consejo pontificio pues, a través de encuentros continentales y nacionales, trata de dialogar con quienes tienen responsabilidades políticas y legislativas en este sentido, y se esfuerza por tejer una amplia red de coloquios con los Obispos, ofreciendo a las Iglesias locales cursos abiertos a los responsables de la pastoral.

³⁵ N° 5.

Aprovecho, además, la ocasión para reiterar la invitación a todas las comunidades diocesanas a participar con sus delegaciones en el V Encuentro mundial de las familias, que se celebrará el próximo mes de julio en Valencia, España, en el que, si Dios quiere, tendré la alegría de participar personalmente.

Gracias, una vez más, por el trabajo que realizáis. Que el Señor siga haciéndolo fecundo. Por esto os aseguro mi recuerdo en la oración. Invocando la maternal protección de María, os imparto a todos mi bendición, que extiendo a las familias, para que sigan construyendo su hogar a ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret.

IV

LOS HIJOS

1. Los hijos son una bendición de Dios

El Salmo 127 que ha sido proclamado presenta ante nuestros ojos un espectáculo en movimiento: una casa en construcción, la ciudad con sus guardias, la vida de las familias, las vigiliias nocturnas, el trabajo cotidiano, los pequeños y grandes secretos de la existencia. Pero sobre todo ello se eleva una presencia decisiva, aquella del Señor que alienta las obras del hombre, como sugiere el comienzo incisivo del Salmo: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (Sal 127,1).

Una sociedad sólida nace ciertamente del esfuerzo de todos sus miembros, pero necesita de la bendición y del apoyo de Dios que, por desgracia, a menudo viene excluido o ignorado. El libro de los Proverbios subraya el primado de la acción divina para el bienestar de una comunidad y lo hace de modo radical afirmando que «la bendición del Señor enriquece, el cansancio nada le añade» (Pro 10,22).

Este Salmo sapiencial, fruto de la meditación sobre la realidad de la vida de cada día, está esencialmente elaborado sobre la base de un contraste: sin el Señor, en vano se intenta

erigir una casa estable, de edificar una ciudad segura, de hacer fructificar el propio cansancio (Sal 127,1-2). Con el Señor, sin embargo, se tiene prosperidad y fecundidad, una familia rica de hijos y serenidad, una ciudad bien provisionada y defendida, libre de pesadillas e inseguridades (Sal 127,3-5). El texto se abre con la alusión al Señor representado como constructor de la casa y centinela que vela sobre la ciudad (cf. Sal 121,1-8). El hombre sale por la mañana para esforzarse en el trabajo que sirve para el sostenimiento de la familia y el desarrollo de la sociedad. Es un trabajo que ocupa sus energías provocando el sudor de su frente (cf. Gén 3,19) durante todo el arco de la jornada (cf. Sal 127,2).

A pesar de ello, el Salmista, aun reconociendo la importancia del trabajo, no duda en asegurar que todo ese trabajo es inútil si Dios no está junto al que se esfuerza. Y afirma que Dios premia incluso el sueño de sus amigos. El Salmista quiere así exaltar el primado de la gracia divina, que imprime consistencia y valor al obrar humano, aun estando marcado por la limitación y la caducidad. En el abandono sereno y fiel de nuestra libertad al Señor, también nuestras obras se hacen sólidas, capaces de un fruto permanente. Nuestro "sueño" se convierte así en un reposo bendecido por Dios, destinado a reafirmar una actividad que tiene sentido y consistencia.

Llegados a este punto, se pasa a otra escena esbozada por nuestro Salmo. El Señor ofrece el don de los hijos, vistos como una bendición y una gracia, signo de la vida que continúa y de la historia de la salvación que se orienta hacia nuevas etapas (cf. Sal 127,3). El Salmista exalta en particular «los hijos de la juventud»: el padre que ha tenido hijos en su juventud no solo los verá en todo su vigor, sino que además serán su apoyo en la vejez. Así podrá afrontar con seguridad el futuro, de forma

similar a un guerrero armado de aquellas «flechas» puntiagudas y victoriosas que son los hijos (cf. Sal 127,4-5).

Esa imagen, extraída de la cultura de aquel tiempo, tiene el objetivo de celebrar la seguridad, la estabilidad, la fuerza de una familia numerosa, como se repetirá en el sucesivo Salmo 128, donde se describe el retrato de una familia feliz.

La parte final representa a un padre rodeado de sus hijos, que es acogido con respeto a la puerta de la ciudad, sede de la vida pública. La generación es, por tanto, un don que aporta vida y bienestar a la sociedad. Hoy día caemos más en la cuenta de ello frente a aquellas naciones en las que el calo demográfico ha provocado que se vean privadas de la frescura, de la energía y del futuro encarnado por los hijos. Pero por encima de todo, se yergue la presencia de Dios que bendice, siendo fuente de vida y de esperanza.

El Salmo 127 ha sido usado a menudo por los autores espirituales precisamente para exaltar esta presencia divina, decisiva para avanzar por el camino del bien y del reino de Dios. Así el monje Isaías en su *Asceticon*, recordando el ejemplo de los antiguos patriarcas y profetas, enseña: «Se han puesto bajo la protección de Dios implorando su asistencia, sin depositar su confianza en ningún trabajo realizado. Y la protección de Dios ha sido para ellos una ciudad fortificada, porque sabían que sin la ayuda de Dios ellos no podían nada y su humildad les hacía decir con el Salmista: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas”». Así también hoy: solo la comunión con el Señor puede custodiar nuestras casas y ciudades.

2. Los derechos de la infancia

Vuestra Asamblea Plenaria lleva por título “Los derechos de la Infancia”, elegido con referencia al XX aniversario de la Convención aprobada por la Asamblea General del la ONU, en 1989.

La Iglesia, a lo largo de los siglos, a ejemplo de Cristo, ha promovido la tutela de la dignidad y de los derechos de los menores y, de muchas formas, ha cuidado de ellos. Lamentablemente, en ocasiones, algunos de sus miembros, actuando en contraste con este compromiso, han violado estos derechos: un comportamiento que la Iglesia no deja y no dejará de deplorar y de condenar.

La ternura y el magisterio de Jesús, que consideró a los niños como un modelo a imitar para entrar en el Reino de Dios (cf. Mt 18,1-6; 19,13-14), han constituido siempre una llamada constante a alimentar de profundo respeto y esmero el comportamiento hacia ellos. Las duras palabras de Jesús contra quien escandaliza a uno de estos pequeños (cf. Mc 9,42) incumben a todos a no bajar nunca el nivel de ese respeto y amor.

Es por esto, además, que la Convención sobre los derechos de la infancia fue acogida con agrado por la Santa Sede, en cuanto que contiene enunciados positivos sobre la adopción, los cuidados sanitarios, la educación, la tutela de los discapacitados y la protección de los pequeños contra la violencia, el abandono y la explotación sexual y laboral.

Venerables y queridos hermanos, ¡gracias por vuestra visita! Estoy espiritualmente cercano a vosotros y al trabajo que lleváis a cabo en favor de las familias, e imparto de corazón

a cada uno de vosotros y a cuantos comparten este precioso servicio eclesial la Bendición Apostólica.

3. Acoger la vida

Queridos amigos: con gran afecto os saludo a todos vosotros, que trabajáis en este dispensario, que lleva el nombre de Santa Marta, hermana de María y de Lázaro, y modelo de gran disponibilidad hacia el divino Maestro. Os agradezco vuestra acogida tan familiar, así como las cordiales palabras que, en nombre de todos, me ha dirigido un representante vuestro.

Saludo a sor Clara y a las demás religiosas, a los médicos, a los voluntarios y a cada una de las familias que aquí encuentran una valiosa ayuda. El servicio que prestáis se inspira en el ejemplo de Santa Marta, la cual atendía a Jesús, pues siendo hombre tenía necesidades humanas: tenía hambre y sed, estaba cansado del viaje, necesitaba momentos de descanso, estar algún tiempo alejado de las multitudes y de la ciudad de Jerusalén. Como ella, también vosotros os esforzáis por servir a Jesús en las personas con quienes os encontráis.

Mi visita asume un significado particular, porque tiene lugar en el tiempo de Navidad: en estos días nuestra mirada se fija en el Niño Jesús. Al venir aquí, lo encuentro precisamente a Él en los niños que atendéis con tanto cariño. Son objeto de vuestra atención, como el Mesías recién nacido está en el centro de las atenciones de María y José en el pesebre. En cada uno de ellos, como en la cueva de Belén, Jesús llama a la puerta de nuestro corazón, nos pide que le hagamos un espacio en nuestra vida. Dios es así: no se impone, no entra nunca a la fuerza; al contrario, como un niño, pide ser acogido.

En cierto sentido, también Dios se presenta necesitado de atención; espera que le abramos el corazón y lo atendamos. Y cada vez que tratamos con amor a «uno solo de estos hermanos míos más pequeños», como dijo el Señor, es a Él a quien prestamos servicio. Hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret.

Al encontrarme entre vosotros y al ver vuestra entrega en favor de los niños y de sus padres, deseo subrayar la vocación fundamental de la familia a ser el primero y principal lugar de acogida de la vida. La concepción moderna de la familia, entre otras cosas por reacción al pasado, da gran importancia al amor conyugal, subrayando sus aspectos subjetivos de libertad en las opciones y en los sentimientos. En cambio, existe una mayor dificultad para percibir y comprender el valor de la llamada a colaborar con Dios en la procreación de la vida humana. Además, las sociedades contemporáneas, a pesar de contar con muchos medios, no siempre logran facilitar la misión de los padres, tanto en el campo de las motivaciones espirituales y morales como en el de las condiciones prácticas de vida. Es sumamente necesario, tanto en el ámbito cultural como en el político y legislativo, sostener a la familia; e iniciativas como la de vuestro dispensario resultan muy útiles al respecto. Se trata de realidades pequeñas, pero importantes y, gracias a Dios, abundan en la Iglesia que no cesa de ponerlas siempre al servicio de todos.

Queridos hermanos y hermanas, antes de marcharme os invito a orar conmigo por todas las familias de Roma y del mundo, especialmente por las que atraviesan situaciones difíciles, sobre todo porque se ven obligadas a vivir lejos de su tierra de origen.

Oremos por los padres que no logran asegurar a sus hijos lo necesario para la salud, para la instrucción y para una

existencia digna y serena. Por todos ellos invoquemos juntos la maternal protección de María: *Ave María...*

4. Un niño y su madre

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño destetado en brazos de su madre,
como un niño destetado está mi alma.
Espere Israel en el Señor, ahora y por siempre.*

Hemos escuchado tan solo unas cuantas palabras, una treintena en el original hebreo del Salmo 131. Y, sin embargo, son palabras intensas que exponen un tema afín a toda la literatura religiosa: la infancia espiritual. El pensamiento corre veloz y espontáneamente a Santa Teresa de Lisieux, a su «caminito», a su «quedarse pequeña» para «estar entre los brazos de Jesús»³⁶. De hecho, al centro del Salmo resalta la figura de una madre con su niño, signo del amor tierno y materno de Dios, como ya lo expresaba el profeta Oseas: «Cuando Israel era joven, yo le amé... Le atraía con lazos de bondad, con vínculos de amor; era para él como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer» (Os 11,1.4).

El Salmo se abre con la descripción de un comportamiento antagónico respecto al de la infancia pues, siendo consciente de su propia fragilidad, tiene fe en la ayuda de los demás. Así se ponen de manifiesto en el Salmo el orgullo

³⁶Manuscrito C, 3r-3v, *Opere complete*, Città del Vaticano 1999, pp. 235-236.

del corazón, la soberbia de la mirada, las «cosas grandes y superiores» (cf. Sal 131,1). Es la representación de la persona soberbia, que viene retratada mediante vocablos hebreos que indican “altivez” y “exaltación”, la actitud arrogante de quien mira a los demás creyéndose superior, considerándoles por debajo de sí. La gran tentación del soberbio, que quiere ser como Dios: árbitro del bien y del mal (cf. Gén 3,5), es decididamente rechazada por quien ora, eligiendo libremente la confianza humilde en el único Señor.

Se pasa así a la imagen inolvidable del niño y de la madre. El texto hebreo original no habla de un recién nacido, sino de un «niño destetado» (Sal 131,2). Ahora bien, es sabido que en el antiguo Próximo Oriente el destete oficial se realizaba en torno a los tres años y celebrado con una fiesta (cf. Gén 21,8; 1Sam 20-23; 2Mac 7,27).

El niño a quien se refiere el Salmista está unido a la madre por una relación ya más personal e íntima, no por el simple contacto físico y la necesidad de comida. Se trata de un vínculo más consciente, aunque sea siempre algo natural y espontáneo.

Ésta es la parábola ideal para la verdadera “infancia” del espíritu, que se abandona en Dios pero no de forma ciega y automática, sino de forma serena y responsable.

Llegados a este punto, la profesión de fe del orante se extiende a toda la comunidad: «Espere Israel en el Señor, ahora y por siempre» (Sal 131,3). La esperanza aflora así en todo el pueblo, que recibe de Dios su seguridad, vida y paz, y se extiende del presente al futuro, «ahora y por siempre». Es fácil continuar la oración haciendo resonar otras voces del Salterio, inspiradas por esa misma confianza en Dios: «Me acogiste cuando nací, desde el vientre materno tú eres mi

Dios» (Sal 22,11). «Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá» (Sal 27,10). «Eres tú, Señor, mi esperanza, mi confianza desde mi juventud. Sobre ti me apoyé desde el vientre materno, desde el seno de mi madre tú eres mi auxilio» (Sal 71,5-6).

Como hemos visto, a la humilde confianza se contraponen la soberbia. Un escritor cristiano del siglo IV-V, Juan Casiano, advierte a los fieles sobre la gravedad de este vicio que «destruye todas las virtudes en su conjunto y no apunta solamente contra los mediocres y los débiles, sino principalmente contra aquellos que se han colocado en primera fila con el uso de sus propias fuerzas». Y continúa diciendo: «Por este motivo el beato David custodia su corazón con tanta atención que se atreve a proclamar ante Aquél a quien no escapan los secretos de su conciencia: “Señor, no se enorgullece mi corazón ni se eleva con soberbia mi mirada; no pretendo grandezas que superan mi capacidad...”. Y, sin embargo, aun sabiendo cuánto es difícil esa vigilancia incluso para los perfectos, él no presume de apoyarse únicamente en su capacidad, sino que suplica con oraciones al Señor para que le ayude a evitar los dardos del enemigo y no caer herido: “No me alcance el pie del soberbio” [Sal 36,12]»³⁷.

Análogamente, un anciano anónimo de los Padres del desierto nos ha trasladado esta declaración, que alude al Salmo 130: «Yo nunca he superado mi rango para caminar más alto, ni me he turbado jamás en la humillación, porque cada pensamiento mío consistía en esto: en pedir al Señor que me despojara del hombre viejo»³⁸.

³⁷ Juan Casiano, *Le istituzioni cenobitiche*, XII, 6, Abbazia di Praglia, Bressio di Teolo (PD), 1989, p. 289.

³⁸ Padri del Deserto, *Deti*, Roma 1980, p. 287.

5. Los niños enfermos

Al final de mi visita, me alegra entretenerme con vosotros, agradeciándoos vuestra cordial acogida. Doy las gracias al señor presidente de este hospital pediátrico “Niño Jesús” por las palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros, palabras de fe y de verdadera caridad cristiana. Saludo a los presidentes de la región y de la provincia, al alcalde de Roma y a las demás autoridades aquí reunidas. Mi gratitud va también a los administradores, a los directores y a los coordinadores de los departamentos del hospital, así como a los médicos, a los enfermeros y a todo el personal. Con afecto me dirijo sobre todo a vosotros, queridos niños, y a vuestros familiares, que están junto a vosotros con mucha solicitud. Gracias de corazón a vuestro representante, que me ha ofrecido un hermoso regalo en nombre de toda la familia del “Niño Jesús”. Estoy cerca de cada uno de vosotros y quisiera haceros sentir el consuelo y la bendición de Dios. El mismo deseo quiero expresar a quienes se encuentran en las sucursales de Palidoro y Santa Marinella, igualmente tan cerca de mí.

Para mi primera visita a un hospital, he elegido el “Niño Jesús” por dos motivos: ante todo porque este centro pertenece a la Santa Sede y lo sigue con solicitud el Cardenal Secretario de Estado, que está aquí presente. Al pasar por algunas salas y encontrarme con tantos niños que sufren he pensado espontáneamente en Jesús, que amaba tiernamente a los niños y quería que los dejaran acercarse a Él. Sí, como Jesús, también la Iglesia manifiesta una predilección particular por la infancia, especialmente cuando se trata de niños que sufren. Éste es, pues, el segundo motivo por el que he venido a visitaros: para testimoniar también yo el amor de Jesús a los niños, un amor que fluye espontáneamente del

corazón y que el espíritu cristiano acrecienta y refuerza. El Señor dijo: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40.45). En toda persona que sufre, más aún si es pequeña e indefensa, Jesús nos acoge y espera nuestro amor. Por tanto, queridos amigos, es importante el trabajo que realizáis aquí. Pienso en las operaciones de vanguardia, que dan renombre al “Niño Jesús”, pero pienso también y sobre todo en el trabajo ordinario, de cada día: la acogida, la hospitalización y la asistencia solícita a los pequeños pacientes -¡y son tantos!-, que se dirigen a vuestras estructuras sanitarias. Esto requiere una gran disponibilidad, una búsqueda constante para multiplicar los recursos disponibles; exige atención, espíritu de sacrificio, paciencia y amor desinteresado, para que las madres y los padres puedan encontrar aquí un lugar donde se respire esperanza y serenidad incluso en los momentos de mayor aprensión.

Permitidme expresar aún unas palabras precisamente sobre la calidad de la acogida y de la atención que se reserva a los enfermos. Aquí vuestra preocupación es asegurar un tratamiento excelente no sólo bajo el perfil sanitario, sino también bajo el aspecto humano. Tratáis de dar una familia a los pacientes y a sus acompañantes, y esto requiere la contribución de todos: de los dirigentes, de los médicos, de los enfermeros y de los agentes sanitarios en las diferentes unidades, del personal y de las numerosas y beneméritas organizaciones de voluntarios, que diariamente prestan su valioso servicio. Este estilo, que vale para toda clínica, debe caracterizar de modo especial a las que se inspiran en los principios evangélicos. Además, para los niños no hay que escatimar ningún recurso. Por tanto, en el centro de todo proyecto y programa debe estar siempre el bien del enfermo, el bien del niño enfermo.

Queridos amigos, gracias por vuestra colaboración en esta obra de gran valor humano, que representa también un apostolado muy eficaz. Rezo por vosotros, sabiendo que esta misión vuestra es ardua. Pero estoy seguro de que todo resultará más fácil si, al dedicar vuestras energías a todos los pequeños huéspedes, sabéis reconocer en su rostro el rostro de Jesús. Al recogerme en la capilla, me he encontrado con los sacerdotes, las religiosas y cuantos acompañan vuestro trabajo con su dedicación, en particular asegurando una oportuna animación espiritual. Que la Iglesia sea precisamente el corazón del hospital: de Jesús realmente presente en la Eucaristía, del dulce Médico de los cuerpos y de las almas, sacad la fuerza espiritual para confortar y curar a cuantos están internados aquí.

Por último, permitidme una reflexión exquisitamente pastoral, como Obispo de Roma. El hospital “Niño Jesús”, además de ser una obra inmediata y concreta de ayuda de la Santa Sede a los niños enfermos, representa una vanguardia de la acción evangelizadora de la comunidad cristiana en nuestra ciudad. Aquí se puede dar un testimonio concreto y eficaz del Evangelio en contacto con la humanidad que sufre; aquí se proclama con los hechos el poder de Cristo, que con su espíritu cura y transforma la existencia humana. Oremos para que, junto con la asistencia, se comunique a los pequeños huéspedes el amor de Jesús.

Que María santísima, *Salus infirmorum* -Salud de los enfermos-, a quien sentimos aún más cerca, como Madre del Niño Jesús y de todos los niños, os proteja a vosotros, queridos enfermos, y a vuestras familias, a los dirigentes, a los médicos y a toda la comunidad del hospital. A todos imparto con afecto la bendición apostólica.

6. La dignidad de la persona humana

Las cuestiones de bioética frecuentemente sitúan en primer plano la referencia a la dignidad de la persona, un principio fundamental que la fe en Jesucristo crucificado y resucitado ha defendido desde siempre, sobre todo cuando no se respeta en relación a los sujetos más sencillos e indefensos: Dios ama a cada ser humano de manera única y profunda. También la bioética, como toda disciplina, necesita de una referencia capaz de garantizar una lectura coherente de las cuestiones éticas que, inevitablemente, surgen frente a posibles conflictos interpretativos. En tal espacio se abre la remisión normativa a la ley moral natural. El reconocimiento de la dignidad humana, en efecto, como derecho inalienable halla su fundamento primero en esa ley no escrita por mano de hombre, sino inscrita por Dios Creador en el corazón del hombre, que cada ordenamiento jurídico está llamado a reconocer como inviolable y cada persona debe respetar y promover³⁹.

Sin el principio fundador de la dignidad humana sería arduo hallar una fuente para los derechos de la persona e imposible alcanzar un juicio ético respecto a las conquistas de la ciencia que intervienen directamente en la vida humana. Es necesario, por lo tanto, repetir con firmeza que no existe una comprensión de la dignidad humana ligada sólo a elementos externos como el progreso de la ciencia, la gradualidad en la formación de la vida humana o el pietismo fácil ante situaciones límite. Cuando se invoca el respeto por la dignidad de la persona es fundamental que sea pleno, total y sin sujeciones, excepto las de reconocer que se está siempre ante

³⁹ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1954-1960.

una vida humana. Ciertamente: la vida humana conoce un desarrollo propio y el horizonte de investigación de la ciencia y de la bioética está abierto, pero es necesario subrayar que cuando se trata de ámbitos relativos al ser humano, los científicos jamás pueden pensar que tienen entre manos sólo materia inanimada y manipulable.

De hecho, desde el primer instante, la vida del hombre se caracteriza por ser "vida humana" y por esto siempre portadora de dignidad, en todo lugar y a pesar de todo⁴⁰. De otra forma, estaríamos siempre en presencia del peligro de un uso instrumental de la ciencia, con la inevitable consecuencia de caer fácilmente en el arbitrio, en la discriminación y en el interés económico del más fuerte.

7. La familia es la mayor ayuda que se puede dar a los niños

El preámbulo de la Convención sobre los derechos de la infancia, aprobada en 1989 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, ensalza a la familia como «el ambiente natural para el crecimiento y el bienestar de todos sus miembros, y en especial de los niños».

Ciertamente, es precisamente la familia, fundada sobre el matrimonio entre un hombre y una mujer, la ayuda más grande que se pueda ofrecer a los niños. Estos quieren ser amados por una madre y por un padre que se aman, y necesitan habitar, crecer y vivir junto a ambos padres, porque la figura materna y paterna son complementarias en la educación de los hijos y en la construcción de su personalidad y de su identidad. Es importante, por tanto, que se haga todo lo posible por hacerles crecer en una familia unida y estable.

⁴⁰ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instr. Dignitas personae*, sobre algunas cuestiones de bioética, n° 5.

Con este fin, es necesario exhortar a los cónyuges a no perder nunca de vista las razones profundas y la sacralidad de su pacto conyugal y a reforzarlo con la Palabra de Dios, la oración, el diálogo constante, la acogida recíproca y el perdón mutuo. Un ambiente familiar no sereno, la división de la pareja, y en particular, la separación con el divorcio no dejan de tener consecuencias para los niños, mientras que apoyar a la familia y promover su bien, sus derechos, su unidad y estabilidad, es la mejor forma de tutelar los derechos y las auténticas exigencias de los menores.

HACERSE CRISTIANOS

1. El Bautismo

El estrecho vínculo que entrelaza el Bautismo y el catecumenado, al que nos ha conducido nuestra reflexión, nos servirá para resolver la cuestión de si en una situación como la actual todavía tiene sentido el Bautismo de los niños. Afrontamos con agrado este argumento.

Ante todo, podemos afirmar que -sobre la base de lo que hemos dicho hasta ahora- en el Bautismo existen dos componentes: por un lado, la acción de Dios; por otro, la colaboración del hombre que, bajo la guía de Dios, viene liberado de sí mismo. Entendiendo el devenir cristiano como una decisión humana, se corre el peligro de considerar irreal el primer componente: la iniciativa de Dios, que empuja y llama. El hecho de que con el Bautismo ocurre en nosotros algo objetivo, más allá de nuestras decisiones y deseos, resulta particularmente claro en el caso de los niños.

Pero, entonces, el otro componente, ése que implica al hombre, ¿no se convierte en una simple fórmula en contradicción con los hechos? ¿No vienen así impuestas al hombre unas decisiones que en realidad él debe tomar individualmente? Es necesario plantearse esta cuestión

aunque, debido al carácter de urgencia que ha adquirido hoy día, nosotros mismos nos veamos inseguros frente a la fe cristiana: la experimentamos más como un peso que como una gracia; una gracia se puede dar, un peso es necesario colocarlo.

Pero vayamos a la cuestión. Tengamos bien claro ante todo que el catecumenado es parte del Bautismo y que la Iglesia no lo ha apartado de ahí ni siquiera cuando el Bautismo infantil se convirtió en la praxis habitual. Ahora bien, es evidente que la catequesis puede ser “prebautismal” (precedente al Bautismo) o “post bautismal” (sucesiva). En el segundo caso, la catequesis inicia con la administración del Bautismo. Los ritos catecumenales del sacramento quieren ser una anticipación del catecumenado basada sobre la representación de los padres y padrinos. Dos conceptos son esenciales aquí: la representación y la anticipación. Representación: los padres y amigos no sólo llevan en sus manos la existencia biológica del niño, sino también la existencia espiritual. La vida espiritual del pequeño se desarrolla y se abre junto a aquella de los padres y maestros. Cuando nace un niño, su nacimiento espiritual dura mucho más que el biológico. Su existencia espiritual crece en el vientre de la voluntad y del pensamiento de los padres, para ir emergiendo gradualmente a una vida propia. El “yo” del niño hace parte del “yo” de los padres; la representación no es una construcción teológica, sino el destino fundamental del hombre.

Esta representación, fundamento del peso determinante que tendrá el amor o el rechazo de los padres, es por su misma esencia una anticipación, el inicio anticipado del propio camino. Junto a la representación, al hecho de que nuestra vida inicie en la vida de otros, la anticipación es nuestro

inevitable destino. La vida misma es una anticipación: nos viene dada sin que la pidamos.

Precisamente, cuando todas las antiguas certezas se esfuman, la verdadera pregunta que nos apremia es esta: ¿se puede razonablemente endosar a alguien la vida humana? ¿Se debe asumir la responsabilidad de la decisión que conlleva traer al mundo una nueva vida, teniendo en cuenta que no sabemos lo que le espera, debiendo afrontar quizá situaciones terribles? En realidad, llevando la cuestión hasta este punto, hemos de decir: en última instancia, la decisión previa de engendrar vida es justificable sólo si la persona puede aspirar a algo más que el simple hecho de vivir, si consigue dar a su vida un sentido que apunte más allá del hecho de la muerte y de las posibles atrocidades que deba afrontar, que podrían convertir la propia existencia en una maldición.

Pero, ante todo, hemos de ponernos nuevamente estas últimas y realmente fundamentales preguntas para entender como las *pre*-decisiones son inevitables; surgen de una forma u otra junto a la *pre*-decisión de la vida, a medida que esa vida recibe su primera configuración, ya sea por las características heredadas o por el ambiente. El mismo hecho de rechazar *pre*-decisiones espirituales sería una *pre*-decisión de un peso determinante.

Por tanto, la pregunta no puede reducirse a la cuestión de si, en general, sería correcto tomar decisiones previas; puesto que eso es inevitable, la pregunta sólo puede ser formulada en estos términos: ¿qué *pre*-decisiones tienen una justificación por no ofender la libertad, la dignidad o los derechos inalienables de la persona? La respuesta se halla objetivamente implícita en la formulación de la pregunta: se deben buscar aquellas *pre*-decisiones que menos se ciñen al capricho personal y más corresponden a la *pre*-decisión por la

vida misma y por su dignidad. En definitiva, se deben seguir aquellas determinaciones previas que no condicionen la vida que está por delante de forma que la conviertan en algo extraño, sino que la abran a su propia libertad y hagan que la persona sea verdaderamente humana. El cristiano creyente está convencido de que la anticipación óptima, y por tanto interiormente vinculante para él, es precisamente el camino de la fe: viene así decidido el ingreso en la Iglesia de Dios, en cuanto que ella es el contexto histórico, el medio donde nos introducimos en esa historia de Dios que sale al encuentro del hombre, esa historia que en el hombre-Dios Jesucristo se ha convertido en la verdadera liberación del ser humano.

Si se nos entrega a Cristo crucificado y resucitado, a aquél que tiene en su mano las llaves de la muerte, se esclarece aquella anticipación de significado que por sí misma puede oponerse a la negatividad de un futuro desconocido. La controversia surgida en torno al Bautismo de los niños es un síntoma de cómo nosotros hoy hemos perdido de vista la esencia de la fe, del Bautismo y de la pertenencia a la Iglesia. Cuando recomencemos a entender esa esencia, sabremos que el Bautismo no supone ni la atribución de un peso que debería ser asumido personalmente, ni la constricción a entrar involuntariamente en una asociación; por el contrario, supone la gracia de aquel sentido que por sí solo puede alegrar al ser humano en la crisis de una humanidad que duda de sí misma. Parece evidente que la *pre*-decisión de la fe es realmente un don; y parece igualmente evidente que el sentido del Bautismo se destruye cuando ya no viene contemplado como una anticipación sino como un rito que constituye un fin en sí mismo. El límite de su legítima celebración se sobrepasa cuando el proceso catecumenal viene eliminado o dejado al margen.

2. La Confirmación

El significado del sacramento de la Confirmación nos viene sugerido por la Iglesia a través de los signos con los que este sacramento nos viene administrado. Siguiendo atentamente el desarrollo de cómo viene administrada la Confirmación podemos constatar fácilmente que toda la ceremonia se divide en tres momentos. El primer momento está constituido por las promesas de la Confirmación; sigue después la oración pronunciada por el Obispo con los brazos extendidos en nombre de la Iglesia, a la que sigue la Confirmación propiamente dicha que comprende la unción, la imposición de manos y el abrazo de paz. Consideremos ahora un poco más de cerca estas tres partes.

Al inicio encontramos algunas preguntas que reclaman una respuesta: «¿renunciáis a Satanás, creéis en Dios, Padre omnipotente, en Jesucristo, su único Hijo, en el Espíritu Santo y en la Santa Iglesia?». Estas preguntas ponen en contacto recíproco a la Confirmación y al Bautismo. Son preguntas que ya fueron hechas al momento del Bautismo y, para la mayoría de vosotros, fueron vuestros padres y padrinos quienes respondieron. Así ellos os prestaron su fe, del mismo modo como habían puesto a vuestra disposición una parte de su vida para que pudieseis nacer y desarrollaros en cuerpo, alma y espíritu. Pero ahora, lo que os fue prestado debe convertirse en algo vuestro: ciertamente, como seres humanos que somos, vivimos siempre en reciprocidad no solo por aquello que se nos presta, sino también por lo que nos viene regalado. Lo uno lleva a lo otro. Pero hemos de decidirnos a ello por nosotros mismos; el don nos pertenece solo desde el momento en que lo aceptamos. Así en la Confirmación tiene su continuidad aquello que se inició con el Bautismo.

La Confirmación es el cumplimiento del Bautismo. Precisamente éste es el auténtico significado de la palabra “Confirmación”: significa refuerzo, una palabra derivada del vocabulario del derecho, usada para indicar aquel procedimiento por el que un pacto entraba definitivamente en vigor.

Efectivamente, la promesa con la que inicia la ceremonia del Confirmación era concebida como la conclusión de un pacto. Recuerda la alianza llevada a conclusión sobre el Sinaí entre Dios e Israel.

Entonces Dios puso a Israel frente a una elección: «He puesto ante ti la vida y la muerte... por tanto, elige la vida para que tú vivas» (Dt 30,19). La Confirmación es vuestro Sinaí. El Señor está ante vosotros y os dice: «Elige la vida». Posiblemente cada uno quisiera vivir sacando el mayor partido posible, disfrutando las ofertas de la vida del mejor modo. ¡Elige la vida! En realidad, tan solo hemos elegido la vida cuando estamos en alianza con Aquél que es la misma vida. La renuncia a Satanás significa la renuncia al dominio de la mentira, que nos engaña con el espejismo de una vida que nos lleva al desierto. Así por ejemplo, quien se deja atrapar por la droga, busca un espacio de vida en el reino de lo fantástico y lo ilimitado, y al principio cree haberlo encontrado. Pero la verdad es que ha sido engañado; al final sucede que ya no puede soportar la vida real y esa otra vida, la falsa, en la que se ha visto atrapado, comienza a derrumbarse. ¡Elige la vida! Las preguntas y las respuestas de la promesa son una especie de introducción a la vida; son las señales de tráfico para llegar a la vida, que no siempre es algo cómodo. Pero la comodidad no es lo verdadero, sólo la vida es lo verdadero. Ya hemos dicho que esta promesa es una especie de contrato, una alianza. Podríamos decir también que existe una semejanza con el matrimonio.

Pongamos nuestras manos en las manos de Cristo. Decidámonos a recorrer nuestro camino junto a Él porque sabemos que «Él es la vida» (Jn 14,6).

La existencia cristiana exige decisión; no es sólo un sistema de mandamientos que reclama de nosotros una serie de prestaciones morales. En nuestra existencia cristiana, nosotros somos los primeros beneficiados, venimos acogidos en una comunidad -la Iglesia- que nos sostiene. Esto se hace visible en el segundo momento de la Confirmación: la oración, pronunciada por el Obispo que representa a toda la Iglesia en virtud de su consagración. De este modo, el Obispo extiende sus brazos como hizo Moisés mientras Israel combatía (cf. Éx 17,11ss). Estas manos extendidas son como un techo que nos cubre y defiende del sol y de la lluvia; son también como una antena que nos hace presente lo que está lejos. Lo lejano, la fuerza del Espíritu Santo, se convierte en algo nuestro cuando entramos en el radio de acción de esta plegaria. Para quien vive en la Iglesia, son válidas esas hermosas palabras pronunciadas por el padre en la parábola del hijo pródigo hacia el hijo que permaneció en casa: «Todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31). Así como nuestros padres nos han ofrecido su vida y su fe, así la Iglesia nos consolida en su fe y en su oración; esa oración nos pertenece en cuanto que nosotros mismos pertenecemos a la Iglesia. En este sentido, incluso las palabras altisonantes y en cierto modo tan elevadas adquieren un significado para nosotros: la oración a través del espíritu de sabiduría, de fortaleza, de piedad y temor de Dios. Nadie puede construir por sí solo su vida, por eso no bastan la sabiduría, la ciencia, el poder del más fuerte. No hay más que mirar los periódicos para constatar que precisamente los más fuertes, los hombres con éxito, no saben al final qué hacer con su vida y caen en desesperación. Por el contrario, cuando nos fijamos en el misterio de los hombres que quizá son muy simples pero

han encontrado la paz y la plenitud, entonces se puede constatar que la clave del enigma es ésta: no estaban solos. No necesitaban descubrir qué significa elegir la vida ni cómo hacerlo. Ellos aceptaron “el consejo” de quien lo tenía para ellos y así se encontraron disfrutando de algo que no tenían: la sabiduría, la fuerza, el consejo... «todo lo mío es tuyo». Ellos estaban bajo un techo que les protege sin encerrarles, es más, que se extiende hasta el umbral de la eternidad, el umbral de esa vida a la que estamos llamados.

Las manos del Obispo indican dónde se encuentra ese techo que todos necesitamos. Son una indicación y una promesa: bajo el techo de la Confirmación, bajo el techo de la Iglesia orante, vivimos al mismo tiempo protegidos y abiertos, gracias al radio de acción del Espíritu Santo.

Sigue, finalmente, la administración personal de la Confirmación:

a) El rito inicia con la llamada personal de cada uno de los confirmandos. Ante Dios nunca somos una masa. Por eso los sacramentos no vienen nunca conferidos de manera colectiva sino personalmente. Para Dios, cada persona tiene su propio rostro y su propio nombre. Dios nos llama personalmente. Nosotros no somos muestras intercambiables de una mercancía; somos amigos, conocidos, queridos, amados. Dios tiene un plan específico para cada uno. Él nos quiere a cada uno en particular. Ninguno es algo superfluo para Él, nadie es un simple caso. Escuchando vuestro nombre, tendría que penetrar en vuestro corazón esta convicción: Dios me ama, ¿qué quiere de mí?

b) La imposición de las manos es la aplicación del gesto de las manos extendidas a la esfera personal. La imposición de las manos es sobre todo un gesto de toma de posesión. Cuando

pongo mis manos sobre algo estoy diciendo: esto es mío. El Señor pone su mano sobre nosotros. Somos suyos. Mi vida no me pertenece. No puedo decir: esta es mi vida, puedo hacer lo que me dé la gana, es cosa mía si la malgasto.

No, Dios me ha encomendado una tarea orientada hacia un todo. Si destruyo mi vida o la desaprovecho, faltará algo a ese todo. De una vida equivocada emana algo de negativo para los demás.

Nadie vive sólo por sí mismo. La vida no es mía. Un día me preguntarán: ¿qué has hecho con la vida que te he dado? Su mano se posa sobre mí...

La imposición de las manos es también un gesto de cariño, de amistad. Si no puedo decir nada más a un enfermo, porque está demasiado cansado o incluso inconsciente, pero le impongo las manos, entonces él siente una cercanía que le ayuda. Siente que no está solo. La imposición de las manos significa así también el cariño de Dios hacia nosotros. Por esta imposición siento que estoy sostenido por un amor al que me puedo abandonar incondicionalmente.

Me acompaña un amor que nunca falla y jamás me abandona, incluso en mis fracasos. Me asegura ser comprendido incluso cuando nadie querrá comprenderme. Él ha puesto su mano sobre mí: es el Señor.

La imposición de las manos es también un gesto de protección. El Señor se ha comprometido a mi favor. Él no me libra del viento ni de la tempestad, pero me protege del verdadero mal, que normalmente olvidamos en todos nuestros sistemas de defensa: la pérdida de la fe, la pérdida de Dios. Tan solo he de volver a confiar en Él y no huir de sus manos.

c) Después se traza sobre la frente con el signo de la cruz. Es el signo de Jesucristo, con el que -a su tiempo- regresará.

Es de nuevo un signo de propiedad: de la entrega a Cristo, tal como hemos hablado antes de ella en el ámbito de las promesas. Es un signo indicador del camino. En las calles hay letreros indicadores para que uno pueda encontrar su destino cuando está de camino. Nuestros antepasados fueron aficionados a poner en las calles la imagen del crucificado, incluso como indicador del camino. Con ello querían decir que nosotros no sólo estamos de camino de este pueblo a aquél, de esta ciudad a aquella otra. En todos nuestros caminos se consume o se acaba nuestra vida. En todos estos caminos es nuestra vida la que se vive y no sólo debemos encontrar tal o cual lugar, sino la vida misma. Este era el mensaje de este extraño indicador del camino: ten cuidado de que tu vida no termine en un callejón sin salida. Si vas tras Él, entonces encontrarás el camino, porque Él es el camino (Jn 14,6). Pero la cruz (y esto guarda relación con todo) es una invitación a la oración. Con el signo de la cruz comenzamos nuestra oración; con él comienza la Eucaristía; con él se nos da la absolución en el sacramento de la Penitencia. La cruz de la Confirmación nos invita a la oración, a la oración personal y a la gran oración común de la Eucaristía. Nos dice: puedes venir siempre a la Confirmación, cuantas veces vuelvas a este signo. La Confirmación no es el acontecimiento de un momento; es un comienzo que quiere madurar a través de toda una vida. Tan a menudo como entres en este signo, entras en el Bautismo y en la Confirmación. En este signo se llena paso a paso la oración y la promesa de este día: la venida del Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de consejo y de fuerza. No se puede meter este Espíritu en el bolsillo, como una moneda de la que se echa mano cuando se la necesita. No se puede recibir más que viviendo con Él, en el lugar de encuentro que Él mismo nos ha dado: en el signo de la cruz.

d) Esta cruz se traza sobre la frente con el santo óleo que el Obispo ha consagrado el Jueves Santo para todo un año y para toda una diócesis. Aquí aparecen muchas cosas. En el mundo antiguo, el óleo, el aceite, era un producto de belleza; era la base de la alimentación; era la medicina más importante; protegía al cuerpo del calor abrasador y era así, al mismo tiempo, fortalecimiento, fuente de fuerza y de conservación de la vida. De este modo, vino a ser expresión de la fuerza y de la belleza de la vida en general y, con ello, la imagen simbólica del Espíritu Santo. Los profetas, los reyes y los sacerdotes eran ungidos con óleo, de tal manera que el óleo fue también signo de estos ministerios. En el lenguaje de Israel, el rey se llamaba simplemente "el ungido"; la palabra griega que traduce el término hebreo es "Cristo". Por tanto, la unción significa, además, que es Cristo mismo quien nos toma de la mano; significa que Él nos ofrece la vida, el Espíritu Santo. «Elige la vida»: esto no es sólo un mandato; es, al mismo tiempo, un don. «Ahí está», nos dice el Señor en el signo de la cruz que se nos hace con el óleo.

Pero es también importante lo que acabamos de oír: este óleo fue consagrado el Jueves Santo para todo el año y para todos los lugares. Procede de la decisión del amor que Cristo ha expresado de una manera definitiva en la última cena.

Esta decisión abarca todos los lugares y todos los tiempos. Quien quiera pertenecerle no puede encerrarse en un grupo, en una comunidad, en un pueblo, en un partido. Sólo cuando nos abrimos a la fe común de todos los lugares y de todos los tiempos estamos con Él. Sólo cuando compartimos la fe con toda la Iglesia, cuando nos amparamos en ella y no pretendemos imponer ciegamente nuestras propias ideas, estamos en el campo de acción de su vida. La Confirmación implica también un trascender los límites.

Exige de nosotros el abandono de las miras estrechas de nuestras ideas y de nuestros deseos, de nuestras pretensiones de saber más que los otros, con el fin de llegar a ser verdaderamente "católicos", con el fin de vivir, de pensar y de obrar con la Iglesia entera. Esto se debe traducir, por ejemplo, en nuestra responsabilidad común para con los pobres de todo el mundo; se debe traducir en nuestra oración, mientras celebramos la liturgia de toda la Iglesia, en vez de seguir nuestras propias inspiraciones; se debe traducir en nuestra fe, que adopta como medida la palabra de toda la Iglesia y de su tradición. La fe no la hacemos nosotros, es el Señor quien nos la da. Él se nos da. La cruz trazada con el santo óleo es nuestra garantía de que Él nos coge de la mano y de que su Espíritu nos toca y nos conduce a través de toda una vida en comunión con la Iglesia.

Volvamos ahora la mirada a todo lo que hemos considerado. Me parece que esta estructura tripartita de la Confirmación es también una imagen del camino de nuestro ser cristiano. En la sucesión de las promesas, de la oración y de la unción actuamos sucesivamente nosotros mismos, la Iglesia, Cristo y el Espíritu Santo. Por tanto, también podemos describir estas tres partes como palabra, respuesta y acción. Estos tres elementos -nosotros, la Iglesia, Cristo- se relevan en su actuación. Esta estructura del sacramento refleja el ritmo de la vida: al comienzo, está ante todo la exigencia de que actuemos nosotros mismos. Ser cristiano aparece como una resolución, como una llamada a nuestro valor y a nuestra capacidad de renuncia y de decisión. Esto parece penoso y, en cambio, la vida de los otros parece más cómoda. Pero cuanto más penetramos en la aceptación de las promesas del Bautismo y de la Confirmación, tanto más experimentamos que estamos sostenidos por toda la Iglesia. Cuando empieza a desmoronarse lo que nosotros tenemos, hacemos y sabemos

por nosotros mismos, entonces comienza a mostrarse el fruto de la respuesta. Allí donde la vida, para el hombre que no conoce a Dios, se convierte en una cáscara vacía, que es preferible que sea arrojada, allí se muestra cada vez más que es verdad que no estamos solos. Y lo mismo ocurre cuando, poco a poco, se hace la oscuridad: el camino conduce a ese Amor que nos abraza y que nos sostiene donde nadie puede ya sostenernos. La fe es el más firme fundamento para la casa de nuestra vida; nos asegura el sustento incluso respecto al futuro que nadie conoce con antelación (Mt 7,24-27).

De esta manera, la Confirmación es una promesa que se eleva hacia la eternidad. Pero, por de pronto, la Confirmación es una llamada a nuestro valor, a nuestra audacia. Una llamada para atreverse, con Cristo, a fundar nuestra vida en esa disponibilidad que brota de la fe en Él, incluso cuando otros encuentran esto ridículo o anticuado. El camino conduce a la luz. Emprendámoslo. Digamos: “sí”. A ello nos alienta la recepción de este santo sacramento. «¡Elige la vida!». Amén.

3. La Primera Comunión

La tarde del sábado 15 de octubre de 2005, Benedicto XVI preside, en la plaza de San Pedro, el encuentro especial de catequesis con los niños de Primera Comunión, en el que participan más de 150.000 personas entre niños, padres, sacerdotes y catequistas. Tras la proclamación de la Liturgia de la Palabra, el Santo Padre responde a las preguntas que le dirigen siete niños. He aquí el texto del “diálogo” entre el Papa y los niños.

Andrés: Querido Papa, ¿qué recuerdo tienes del día de tu Primera Comunión?

Ante todo, quisiera dar las gracias por esta fiesta de fe que me ofrecéis, por vuestra presencia y vuestra alegría. Saludo y agradezco el abrazo que algunos de vosotros me han dado, un abrazo que simbólicamente vale para todos vosotros, naturalmente. En cuanto a la pregunta, recuerdo bien el día de mi Primera Comunión. Fue un hermoso domingo de marzo de 1936; o sea, hace 69 años. Era un día de sol; era muy bella la iglesia y la música; eran muchas las cosas hermosas y aún las recuerdo. Éramos unos treinta niños y niñas de nuestra pequeña localidad, que apenas tenía 500 habitantes. Pero en el centro de mis recuerdos alegres y hermosos, está este pensamiento el mismo que ha dicho ya vuestro portavoz: comprendí que Jesús entraba en mi corazón, que me visitaba precisamente a mí. Y, junto con Jesús, Dios mismo estaba conmigo. Y que era un don de amor que realmente valía mucho más que todo lo que se podía recibir en la vida; así me sentí realmente feliz, porque Jesús había venido a mí. Y comprendí que entonces comenzaba una nueva etapa de mi vida -tenía 9 años- y que era importante permanecer fiel a ese encuentro, a esa Comunión. Prometí al Señor: «Quisiera estar siempre contigo» en la medida de lo posible, y le pedí: «Pero, sobre todo, quédate tú siempre conmigo». Y así he ido adelante por la vida. Gracias a Dios, el Señor me ha llevado siempre de la mano y me ha guiado incluso en situaciones difíciles. Así, esa alegría de la Primera Comunión fue el inicio de un camino recorrido juntos. Espero que, también para todos vosotros, la Primera Comunión, que habéis recibido en este Año de la Eucaristía, sea el inicio de una amistad con Jesús para toda la vida. El inicio de un camino juntos, porque yendo con Jesús vamos bien, y nuestra vida es buena.

Livia: Santo Padre, el día anterior a mi Primera Comunión me confesé. Luego, me he confesado otras veces. Pero quisiera preguntarte: ¿debo confesarme todas las veces que recibo la

Comunión? ¿Incluso cuando he cometido los mismos pecados? Porque me doy cuenta de que son siempre los mismos.

Diría dos cosas: la primera, naturalmente, es que no debes confesarte siempre antes de la Comunión, si no has cometido pecados tan graves que necesiten confesión. Por tanto, no es necesario confesarse antes de cada Comunión eucarística. Este es el primer punto. Sólo es necesario en el caso de que hayas cometido un pecado realmente grave, cuando hayas ofendido profundamente a Jesús, de modo que la amistad se haya roto y debas comenzar de nuevo. Sólo en este caso, cuando se está en pecado "mortal", es decir, grave, es necesario confesarse antes de la Comunión. Este es el primer punto. El segundo: aunque, como he dicho, no sea necesario confesarse antes de cada Comunión, es muy útil confesarse con cierta frecuencia. Es verdad que nuestros pecados son casi siempre los mismos, pero limpiamos nuestras casas, nuestras habitaciones, al menos una vez por semana, aunque la suciedad sea siempre la misma, para vivir en un lugar limpio, para recomenzar; de lo contrario, tal vez la suciedad no se vea, pero se acumula. Algo semejante vale también para el alma, para mí mismo; si no me confieso nunca, el alma se descuida y, al final, estoy siempre satisfecho de mí mismo y ya no comprendo que debo esforzarme también por ser mejor, que debo avanzar. Y esta limpieza del alma, que Jesús nos da en el sacramento de la Confesión, nos ayuda a tener una conciencia más despierta, más abierta, y así también a madurar espiritualmente y como persona humana. Resumiendo, dos cosas: sólo es necesario confesarse en caso de pecado grave, pero es muy útil confesarse regularmente para mantener la limpieza, la belleza del alma, y madurar poco a poco en la vida.

Andrés: Mi catequista, al prepararme para el día de mi Primera Comunión, me dijo que Jesús está presente en la Eucaristía. Pero ¿cómo? Yo no lo veo.

Sí, no lo vemos, pero hay muchas cosas que no vemos y que existen y son esenciales. Por ejemplo, no vemos nuestra razón; y, sin embargo, tenemos la razón. No vemos nuestra inteligencia, y la tenemos. En una palabra, no vemos nuestra alma y, sin embargo, existe y vemos sus efectos, porque podemos hablar, pensar, decidir, etc. Así tampoco vemos, por ejemplo, la corriente eléctrica y, sin embargo, vemos que existe, vemos cómo funciona este micrófono; vemos las luces.

En una palabra, precisamente las cosas más profundas, que sostienen realmente la vida y el mundo, no las vemos, pero podemos ver, sentir sus efectos. No vemos la electricidad, la corriente, pero vemos la luz. Y así sucesivamente. Del mismo modo, tampoco vemos con nuestros ojos al Señor resucitado, pero vemos que donde está Jesús los hombres cambian, se hacen mejores. Se crea mayor capacidad de paz, de reconciliación, etc. Por consiguiente, no vemos al Señor mismo, pero vemos sus efectos: así podemos comprender que Jesús está presente. Como he dicho, precisamente las cosas invisibles son las más profundas e importantes. Por eso, vayamos al encuentro de este Señor invisible, pero fuerte, que nos ayuda a vivir bien.

Julia: Santidad, todos nos dicen que es importante ir a Misa el domingo. Nosotros iríamos con mucho gusto, pero, a menudo, nuestros padres no nos acompañan porque el domingo duermen. El papá y la mamá de un amigo mío trabajan en un comercio, y nosotros vamos con frecuencia fuera de la ciudad a visitar a nuestros abuelos. ¿Puedes decirles una palabra para que entiendan que es importante que vayamos juntos a Misa todos los domingos?

Creo que sí, naturalmente con gran amor, con gran respeto por los padres que, ciertamente, tienen muchas cosas que hacer. Sin embargo, con el respeto y el amor de una hija, se puede decir: querida mamá, querido papá, sería muy importante para todos nosotros, también para ti, encontrarnos con Jesús. Esto nos enriquece, trae un elemento importante a nuestra vida. Juntos podemos encontrar un poco de tiempo, podemos encontrar una posibilidad. Quizá también donde vive la abuela se pueda encontrar esta posibilidad. En una palabra, con gran amor y respeto, a los padres les diría: «Comprended que esto no sólo es importante para mí, que no lo dicen sólo los catequistas; es importante para todos nosotros; y será una luz del domingo para toda nuestra familia».

Alejandro: ¿Para qué sirve, en la vida de todos los días, ir a la Santa Misa y recibir la Comunión?

Sirve para hallar el centro de la vida. La vivimos en medio de muchas cosas. Y las personas que no van a la iglesia no saben que les falta precisamente Jesús. Pero sienten que les falta algo en su vida. Si Dios está ausente en mi vida, si Jesús está ausente en mi vida, me falta una orientación, me falta una amistad esencial, me falta también una alegría que es importante para la vida. Me falta también la fuerza para crecer como hombre, para superar mis vicios y madurar humanamente. Por consiguiente, no vemos enseguida el efecto de estar con Jesús cuando vamos a recibir la Comunión; se ve con el tiempo. Del mismo modo que a lo largo de las semanas, de los años, se siente cada vez más la ausencia de Dios, la ausencia de Jesús. Es una laguna fundamental y destructora. Ahora podría hablar fácilmente de los países donde el ateísmo ha gobernado durante muchos años; se han destruido las almas, y también la tierra; y así podemos ver que es importante, más aún, fundamental, alimentarse de Jesús en

la Comunión. Es él quien nos da la luz, quien nos orienta en nuestra vida, quien nos da la orientación que necesitamos.

Ana: Querido Papa, ¿nos puedes explicar qué quería decir Jesús cuando dijo a la gente que lo seguía: «Yo soy el pan de vida»?

En este caso, quizá debemos aclarar ante todo qué es el pan. Hoy nuestra comida es refinada, con gran diversidad de alimentos, pero en las situaciones más simples el pan es el fundamento de la alimentación, y si Jesús se llama el pan de vida, el pan es, digamos, la sigla, un resumen de todo el alimento. Y como necesitamos alimentar nuestro cuerpo para vivir, así también nuestro espíritu, nuestra alma, nuestra voluntad necesita alimentarse. Nosotros, como personas humanas, no sólo tenemos un cuerpo sino también un alma; somos personas que pensamos, con una voluntad, una inteligencia, y debemos alimentar también el espíritu, el alma, para que pueda madurar, para que pueda llegar realmente a su plenitud. Así pues, si Jesús dice «Yo soy el pan de vida», quiere decir que Jesús mismo es este alimento de nuestra alma, del hombre interior, que necesitamos, porque también el alma debe alimentarse. Y no bastan las cosas técnicas, aunque sean importantes. Necesitamos precisamente esta amistad con Dios, que nos ayuda a tomar las decisiones correctas. Necesitamos madurar humanamente. En otras palabras, Jesús nos alimenta para llegar a ser realmente personas maduras y para que nuestra vida sea buena.

Adriano: Santo Padre, nos han dicho que hoy haremos adoración eucarística. ¿Qué es? ¿Cómo se hace? ¿Puedes explicárnoslo? Gracias.

Bueno, ¿qué es la adoración eucarística?, ¿cómo se hace? Lo veremos enseguida, porque todo está bien preparado:

rezaremos oraciones, entonaremos cantos, nos pondremos de rodillas, y así estaremos delante de Jesús. Pero, naturalmente, tu pregunta exige una respuesta más profunda: no sólo cómo se hace, sino también qué es la adoración. Diría que la adoración es reconocer que Jesús es mi Señor, que Jesús me señala el camino que debo tomar, me hace comprender que sólo vivo bien si conozco el camino indicado por él, sólo si sigo el camino que él me señala. Así pues, adorar es decir: «Jesús, yo soy tuyo y te sigo en mi vida; no quisiera perder jamás esta amistad, esta comunión contigo». También podría decir que la adoración es, en su esencia, un abrazo con Jesús, en el que le digo: «Yo soy tuyo y te pido que tú también estés siempre conmigo».

4. Construid la casa sobre roca

Queridos amigos, construid vuestra casa sobre roca, como el hombre que "cavó y ahondó". Intentad también vosotros acoger cada día la Palabra de Cristo. Escuchadle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida. Con Él a vuestro lado seréis capaces de afrontar con valentía y esperanza las dificultades, los problemas, también las desilusiones y los fracasos. Continuamente se os presentarán propuestas más fáciles, pero vosotros mismos os daréis cuenta de que se revelan como engañosas, no dan serenidad ni alegría. Sólo la Palabra de Dios nos muestra la auténtica senda, sólo la fe que nos ha sido transmitida es la luz que ilumina el camino. Acoged con gratitud este don espiritual que habéis recibido de vuestras familias y esforzaos por responder con responsabilidad a la llamada de Dios, convirtiéndoos en adultos en la fe. No creáis a los que os digan que no necesitáis a los demás para construir vuestra vida.

Apoyaos, en cambio, en la fe de vuestros seres queridos, en la fe de la Iglesia, y agradeced al Señor el haberla recibido y haberla hecho vuestra.

Estad *«arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe»* (cf. Col 2,7). La carta de la cual está tomada esta invitación, fue escrita por san Pablo para responder a una necesidad concreta de los cristianos de la ciudad de Colosas. Aquella comunidad, de hecho, estaba amenazada por la influencia de ciertas tendencias culturales de la época, que apartaban a los fieles del Evangelio. Nuestro contexto cultural, queridos jóvenes, tiene numerosas analogías con el de los colosenses de entonces. En efecto, hay una fuerte corriente de pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la sociedad, planteando e intentando crear un “paraíso” sin Él. Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un “infierno”, donde prevalece el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas y los pueblos, la falta de amor, alegría y esperanza. En cambio, cuando las personas y los pueblos acogen la presencia de Dios, le adoran en verdad y escuchan su voz, se construye concretamente la civilización del amor, donde cada uno es respetado en su dignidad y crece la comunión, con los frutos que esto conlleva. Hay cristianos que se dejan seducir por el modo de pensar laicista, o son atraídos por corrientes religiosas que les alejan de la fe en Jesucristo. Otros, sin dejarse seducir por ellas, sencillamente han dejado que se enfriara su fe, con las inevitables consecuencias negativas en el plano moral.

El apóstol Pablo recuerda a los hermanos, contagiados por las ideas contrarias al Evangelio, el poder de Cristo muerto y resucitado. Este misterio es el fundamento de nuestra vida, el centro de la fe cristiana. Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo “necedad” (1Co 1,23), muestran sus límites

ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre. Por ello, también yo, como Sucesor del apóstol Pedro, deseo confirmaros en la fe (cf. Lc 22,32). Creemos firmemente que Jesucristo se entregó en la Cruz para ofrecernos su amor; en su pasión, soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros pecados, nos consiguió el perdón y nos reconcilió con Dios Padre, abriéndonos el camino de la vida eterna. De este modo, hemos sido liberados de lo que más atenaza nuestra vida: la esclavitud del pecado, y podemos amar a todos, incluso a los enemigos, y compartir este amor con los hermanos más pobres y en dificultad.

Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos.

5. Creer en Jesucristo sin verle

En el Evangelio se nos describe la experiencia de fe del apóstol Tomás cuando acoge el misterio de la cruz y resurrección de Cristo. Tomás, uno de los doce apóstoles, siguió a Jesús, fue testigo directo de sus curaciones y milagros, escuchó sus palabras, vivió el desconcierto ante su muerte. En la tarde de Pascua, el Señor se aparece a los discípulos, pero Tomás no está presente, y cuando le cuentan

que Jesús está vivo y se les ha aparecido, dice: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo» (Jn 20,25).

También nosotros quisiéramos poder ver a Jesús, poder hablar con Él, sentir más intensamente aún su presencia. A muchos se les hace hoy difícil el acceso a Jesús. Muchas de las imágenes que circulan de Jesús, y que se hacen pasar por científicas, le quitan su grandeza y la singularidad de su persona. Por ello, a lo largo de mis años de estudio y meditación, fui madurando la idea de transmitir en un libro algo de mi encuentro personal con Jesús, para ayudar de alguna forma a ver, escuchar y tocar al Señor, en quien Dios nos ha salido al encuentro para darse a conocer. De hecho, Jesús mismo, apareciéndose nuevamente a los discípulos después de ocho días, dice a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20,27). También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su Pasión, las señales de su amor. En los Sacramentos, Él se nos acerca en modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a “ver”, a “encontrar” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en dificultad y necesitan ayuda.

Entablad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo, en la fe. Conocedle mediante la lectura de los Evangelios y del Catecismo de la Iglesia Católica; hablad con Él en la oración, confiad en Él. Nunca os traicionará. «La fe es ante todo una

adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*⁴¹. Así podréis adquirir una fe madura, sólida, que no se funda únicamente en un sentimiento religioso o en un vago recuerdo del catecismo de vuestra infancia. Podréis conocer a Dios y vivir auténticamente de Él, como el apóstol Tomás, cuando profesó abiertamente su fe en Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!».

6. Sostenidos por la fe de la Iglesia, para ser testigos

En aquel momento Jesús exclama: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto» (Jn 20,29). Pensaba en el camino de la Iglesia, fundada sobre la fe de los testigos oculares: los Apóstoles. Comprendemos ahora que nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la fe de la Iglesia: no somos creyentes aislados, sino que, mediante el Bautismo, somos miembros de esta gran familia, y es la fe profesada por la Iglesia la que asegura nuestra fe personal. El *Credo* que proclamamos cada domingo en la Eucaristía nos protege precisamente del peligro de creer en un Dios que no es el que Jesús nos ha revelado: «Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros»⁴². Agradecemos siempre al Señor el don de la Iglesia; ella nos hace progresar con seguridad en la fe, que nos da la verdadera vida (cf. Jn 20,31).

En la historia de la Iglesia, los santos y mártires han sacado de la cruz gloriosa la fuerza para ser fieles a Dios hasta

⁴¹ Catecismo de la Iglesia Católica, n° 150.

⁴² Catecismo de la Iglesia Católica, n° 166.

la entrega de sí mismos; en la fe han encontrado la fuerza para vencer las propias debilidades y superar toda adversidad. De hecho, como dice el apóstol Juan: «¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1Jn 5,5).

La victoria que nace de la fe es la del amor. Cuántos cristianos han sido y son un testimonio vivo de la fuerza de la fe que se expresa en la caridad. Han sido artífices de paz, promotores de justicia, animadores de un mundo más humano, un mundo según Dios; se han comprometido en diferentes ámbitos de la vida social, con competencia y profesionalidad, contribuyendo eficazmente al bien de todos. La caridad que brota de la fe les ha llevado a dar un testimonio muy concreto, con la palabra y las obras. Cristo no es un bien sólo para nosotros mismos, sino que es el bien más precioso que tenemos que compartir con los demás.

En la era de la globalización, sed testigos de la esperanza cristiana en el mundo entero: son muchos los que desean recibir esta esperanza. Ante la tumba del amigo Lázaro, muerto desde hacía cuatro días, Jesús, antes de volver a llamarlo a la vida, le dice a su hermana Marta: «Si crees, verás la gloria de Dios» (Jn 11,40). También vosotros, si creéis, si sabéis vivir y dar cada día testimonio de vuestra fe, seréis un instrumento que ayudará a otros jóvenes como vosotros a encontrar el sentido y la alegría de la vida, que nace del encuentro con Cristo.

LAS FIESTAS CRISTIANAS

1. La Navidad

En Navidad deseamos de corazón que, en medio de todo el frenesí de este tiempo de fiesta, nos llegue como regalo un poco de reflexión y de gozo, de contacto con la bondad de nuestro Dios y, en consecuencia, un nuevo entusiasmo para seguir adelante. Al comenzar esta pequeña reflexión sobre aquello que esta fiesta nos puede decir hoy, puede servirnos de gran ayuda echar un vistazo al origen de la celebración navideña.

En primer lugar, el año litúrgico de la Iglesia no se ha desarrollado a partir del nacimiento de Cristo sino partiendo de la fe en la resurrección. Por eso, la fiesta más antigua de la cristiandad no es la Navidad sino la Pascua. De hecho, la resurrección del Señor es el fundamento de la fe cristiana dando así origen a la Iglesia.

Por este motivo, ya San Ignacio de Antioquía (martirizado como mucho hacia el 117 d.C.) definía a los cristianos como «aquellos que ya no observan el sábado sino que viven según el día del Señor»: ser cristiano significa vivir de la Pascua, en virtud de la resurrección que viene celebrada semanalmente en la fiesta pascual del domingo. El primero en afirmar con

certeza que Jesús nació el 25 de diciembre fue Hipólito de Roma en su comentario a Daniel, escrito hacia el 204. Bo Reicke, siendo profesor de exégesis en Basilea, hacía llamar la atención sobre el calendario festivo. Según ese calendario y atendiendo al Evangelio de Lucas, el relato del nacimiento del Bautista y el de Jesús estaban relacionados entre sí. Se podría deducir de ahí que Lucas presupone ya en su Evangelio la fecha del 25 de diciembre como día del nacimiento de Jesús. En ese día se celebraba la fiesta de la dedicación del templo, instituida por Judas Macabeo en el 164 a.C. La fecha del nacimiento de Jesús vendría a simbolizar que con Él, aparecido como luz de Dios en la noche invernal, se realizaba verdaderamente la consagración del templo, la llegada de Dios sobre la tierra. En cualquier caso, la fiesta de la Navidad ha asumido una clara fisonomía en la cristiandad sólo a partir del siglo IV, cuando sustituyó a la fiesta romana del *Sol invictus* y permitió concebir el nacimiento de Cristo como la victoria de la verdadera luz. El material recogido por Bo Reicke ha demostrado que esta transformación de una fiesta pagana en solemnidad cristiana formaba parte de una antigua tradición judeo-cristiana.

Sin embargo, ese candor especial que tanto nos conmueve en la fiesta de Navidad, hasta el punto de haber superado en el corazón de la cristiandad a la fiesta de Pascua, se ha desarrollado tan solo a partir del Medioevo. Fue entonces cuando Francisco de Asís, profundamente enamorado de la humanidad de Cristo, del Dios-con-nosotros, introdujo un nuevo elemento. Su primer biógrafo, Tomás de Celano, lo cuenta así en su *Vita Secunda*: «Francisco celebraba con un gozo indescriptible, más que cualquier otra fiesta, la Navidad. Decía que esta era la fiesta de las fiestas, porque en este día Dios se ha hecho niño y ha mamado la leche como todos los demás niños. Abrazaba con ternura y devoción las imágenes

que representaban a Jesús Niño y pronunciaba lleno de compasión palabras dulces como las de un niño. En sus labios, el nombre de Jesús era dulce como la miel».

De esta sensibilidad nació después la famosa celebración de la Navidad en Greccio, cuya inspiración recibió Francisco quizá de su peregrinación a Tierra Santa y al pesebre de Santa María la Mayor en Roma. Él fue hasta allí empujado por su anhelo de cercanía, de realidad, por su deseo de revivir lo acontecido en Belén de la forma más actual, de experimentar directamente la alegría del nacimiento del Niño Jesús y transmitirla a todos sus amigos.

En su primera biografía, Celano habla de la nochebuena de manera impactante para la gente y ha ofrecido una aportación decisiva a la difusión de la más hermosa costumbre navideña: la del belén. Con razón podemos decir que la noche de Greccio ha devuelto a la cristiandad la fiesta de la Navidad, de forma que su mensaje más auténtico, su candor tan especial y su humanidad -la humanidad de nuestro Dios-, han podido ser transmitidos a las almas, dándole a la fe una nueva dimensión. La fiesta de la resurrección había centrado su mirada sobre la potencia de Dios que vence a la muerte y nos enseña a esperar el mundo venidero. Pero ahora se ponía en evidencia el amor indefenso de Dios, su humildad y su bondad que se manifiestan entre nosotros para enseñarnos un nuevo modo de vivir y de amar.

Quizá puede ser útil detenernos un poco más sobre este punto y preguntar: ¿dónde se encuentra ese Greccio que ha supuesto una carga de significado tan grande para la historia de la fe? Se trata de una pequeña localidad en el valle de Rieti, en la Umbría, situada a no demasiada distancia de Roma, hacia el noroeste de la ciudad. Los lagos y las montañas le han dado a este pueblo un encanto particular y una silenciosa

belleza que consigue conmovernos también hoy día, aún más debido a no verse casi afectado por el turismo de masas. El convento de Greccio, situado a 638 metros de altitud, ha conservado algo de la sencillez de sus orígenes; de aspecto modesto, como el pequeño pueblo que yace a sus pies. Rodeado por el bosque, como en los tiempos del pobrecillo de Asís, nos invita a descansar y reflexionar. Celano recuerda que Francisco tenía una particular predilección por los habitantes de esta localidad, precisamente por su pobreza y sencillez; seguramente iría varias veces por allí para descansar, atraído también por una celda extremadamente pobre y aislada, en la que poder dedicarse sin distracciones a la contemplación de las cosas celestiales. Pobreza, sencillez, el silencio del hombre y el habla de la creación; ciertamente eran estas las impresiones que emergían de este lugar para el santo de Asís. Aquel lugar se transformó en su belén y pudo inscribir nuevamente el misterio de Belén en el corazón de las almas.

Pero volvamos a la Navidad de 1223. El territorio de Greccio había sido puesto a disposición del pobrecillo de Asís por un noble señor llamado Juan. Según el relato de Celano, a pesar del culto lenguaje y posición elevada de aquel hombre «no atribuía ninguna importancia a la nobleza de la sangre sino que buscaba ante todo la nobleza del alma», de modo que se ganó el cariño de Francisco.

Ahora bien, a propósito de este Juan, Celano cuenta que aquella noche él recibió la gracia de una visión maravillosa. Vio inmóvil a un niño entre pañales que despertó del sueño ante la cercanía de San Francisco. Y añade: «esta visión correspondía realmente a cuanto estaba sucediendo porque, hasta aquel momento, Jesús Niño había caído efectivamente en el sueño del olvido de muchos corazones. Y mediante su

siervo Francisco, su recuerdo fue reavivado e impreso de forma inolvidable en su memoria».

Este pasaje describe con mucha precisión esa nueva dimensión que, a través de su fe viva y emocionada, Francisco confirió a la celebración cristiana de la Navidad: el descubrimiento de la revelación de Dios escondida en el Niño Jesús. Precisamente así Dios se ha hecho realmente “Enmanuel”, Dios-con- nosotros, de quien no nos separa ninguna barrera de excelencia o lejanía: siendo niño se ha hecho tan cercano que podemos hablarle tranquilamente de tú y acceder directamente a su corazón infantil.

En el Niño Jesús se evidencia al máximo el amor indefenso de Dios: Él viene sin armas, porque no pretende conquistar desde fuera sino ganar y transformar desde dentro. Si algo es capaz de vencer al hombre, a su despotismo, a su violencia, a su avidez, es la indefensión de este niño. Dios la ha asumido para vencernos y guiarnos de este modo.

En relación a ello, no olvidemos que el máximo título de Jesucristo es el de “Hijo”, Hijo de Dios. La dignidad divina viene indicada con un término que presenta a Jesús como el niño perenne. Su condición de niño corresponde de manera única a su divinidad, que es la divinidad del “Hijo”. Por eso ahí hallamos una indicación de cómo llegar hasta Dios, a ser divinizados. Bajo este prisma deben entenderse las palabras: «Si no os convertís y no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3).

Quien no ha entendido el misterio de la Navidad, no ha comprendido lo decisivo del cristianismo. Quien no lo ha aceptado, no puede entrar en el reino de los cielos. Es esto lo que Francisco quiso recordar a la cristiandad de su tiempo y de todas las épocas sucesivas.

Siguiendo las directrices de San Francisco, durante la Santa Noche fueron colocados en la gruta de Greccio un buey y un asno. En efecto, él había dicho al noble Juan: «Quisiera representar el Niño nacido en Belén y, de algún modo, ver con los ojos del cuerpo las penurias en las que se encontró por la falta de las cosas necesarias para un recién nacido: cómo fue acomodado en un pesebre y cómo yacía sobre heno entre el buey y el asno».

Desde entonces, el buey y el asno forman parte de todos los pesebres. Pero, ¿de dónde se deriva esta imagen? Como es sabido, los relatos navideños del Nuevo Testamento no dicen ni una palabra sobre ello. Si profundizamos en esta pregunta, descubriremos un detalle importante, tanto para las costumbres navideñas como para la espiritualidad litúrgica y popular, en relación a la Navidad y a la Pascua.

El buey y el asno no son simples productos de la piedad y de la fantasía sino que se han convertido en elementos del evento navideño con motivo de la fe de la Iglesia sobre la unidad del Antiguo y del Nuevo Testamento. En Isaías 1,3 podemos leer: «conoce el buey al propietario y el asno el pesebre del amo; pero Israel no conoce y mi pueblo no comprende».

Los Padres de la Iglesia vieron en estas palabras una profecía que hace referencia al nuevo pueblo de Dios, a la Iglesia formada por judíos y paganos. Ante Dios, todos los hombres, judíos y paganos, eran como bueyes y asnos, sin inteligencia ni conocimiento. Pero el Niño envuelto en pañales les ha abierto los ojos, de modo que ahora sí reconocen la voz del amo, la voz de su Señor.

En las representaciones medievales de la Navidad vemos cómo esos dos animales tienen rasgos casi humanos,

inclinándose en señal de respeto ante el misterio del Niño. Eso era algo perfectamente lógico, porque tenía un significado profético en el que se esconde el misterio de la Iglesia, nuestro misterio. Frente a ese misterio, nosotros somos como esos bueyes y asnos a los que en la Noche Santa se les abrieron los ojos y ahora sí reconocen en el pesebre a su Señor.

Pero, ¿lo reconocemos realmente? Cuando colocamos en el belén el buey y el asno debemos acordarnos de todas esas palabras de Isaías, que no sólo son evangelio -promesa de un conocimiento futuro- sino también juicio sobre la ceguera actual. El buey y el asno sí le reconocen, pero «Israel no conoce y mi pueblo no comprende».

¿Quiénes son hoy el buey y el asno, quién es ese «pueblo mío que no comprende»? ¿Cómo identificar al buey y al asno, cómo identificar a «mi pueblo»? ¿Cómo es posible que los seres privados de razón le reconozcan y la razón permanezca ciega? Para encontrar una respuesta debemos volver una vez más a los Padres de la Iglesia, a la primera Navidad. ¿Quién no le reconoció? ¿Y quién sí lo hizo? ¿Y por qué sucedió?

Fue Herodes quien no le reconoció. Él no entendió nada cuando le hablaron del Niño, es más, se volvió todavía más ciego por su sed de poder y su manía persecutoria (Mt 2,3). Quien tampoco le reconoció fue «toda Jerusalén con él». Tampoco fueron capaces de reconocerle las personas de suaves vestiduras, la sociedad acomodada (Mt 11,8). Tampoco le reconocieron los doctores, conocedores de las Escrituras, los especialistas de la interpretación que conocían con precisión cada pasaje bíblico y, sin embargo, no comprendieron nada (Mt 2,6).

En cambio, los que sí le reconocieron fueron «el buey y el asno» -adaptados a los verdaderos personajes-: los pastores,

los magos, María y José. ¿Podría haber sido de otro modo? En el establo, donde Él nace, no viven las personas refinadas; los que allí están como en casa son el buey y el asno.

¿Y dónde nos encontramos nosotros? ¿Estamos tan lejos del establo porque somos demasiado refinados e inteligentes para eso? ¿No nos perdemos también nosotros en una docta exégesis bíblica, en tentativos de demostrar la autenticidad o no de un cierto pasaje, hasta el punto de quedar ciegos frente al Niño y no percibir nada de Él? ¿No vivimos también nosotros demasiado en "Jerusalén", en palacio, encerrados en nosotros mismos, en nuestra autonomía, en nuestra manía persecutoria, de modo que ya no conseguimos percibir en la noche la voz de los ángeles y unirnos a ella para adorarle?

Por eso, en esta noche, los rostros del buey y del asno nos dirigen esta pregunta: mi pueblo no comprende, pero ¿comprendes tú la voz de tu Señor? Cuando colocamos las figuras del belén debemos pedir a Dios que nos conceda aquella sencillez de corazón que es capaz de reconocer al Señor en ese Niño, como una vez hizo Francisco en Greccio. Entonces podría sucedernos también a nosotros lo que Tomás de Celano dice de los participantes en la Misa de medianoche en Greccio, casi con las mismas palabras de San Lucas referidas a los pastores de la primera Navidad (Lc 2,20): todos regresaron a su casa llenos de alegría.

2. La Pascua

En el Breviario Romano, la liturgia del triduo sacro está estructurada con especial cuidado; la Iglesia, en su oración, quiere -por así decirlo- transportarnos a la realidad de la pasión del Señor y -más allá de las palabras- al centro espiritual de lo ocurrido. Si quisiera tratar de resumir

brevemente la liturgia orante del Sábado Santo, entonces necesitaría hablar sobre todo del efecto de paz profunda que se respira en ella. Cristo está oculto en lo escondido (*Verborgenheit*) pero, al mismo tiempo, precisamente en la oscuridad impenetrable del corazón Él ha hecho penetrar la seguridad (*Geborgenheit*), es más, Él se ha convertido en la seguridad última. Se ha verificado la palabra audaz del salmista: aunque quisiera esconderme en el abismo, también allí estás tú. Y cuanto más se recorre esta liturgia tanto más se descubren brillando en ella, como aurora de la mañana, las primeras luces de la Pascua. Si el Viernes Santo pone ante nuestros ojos la imagen desfigurada del crucificado, la liturgia del Sábado Santo se remonta más bien a la imagen de la cruz tan querida a la primitiva Iglesia: la cruz rodeada de rayos luminosos, signo -al mismo tiempo- de la muerte y de la resurrección.

El Sábado Santo nos traslada así a un aspecto de la piedad cristiana que quizá se perdió en el curso del tiempo. Cuando nosotros en la oración miramos a la cruz vemos a menudo en ella solamente un signo de la pasión histórica del Señor sobre el Gólgota. No obstante, el origen de la devoción a la cruz es distinta: los cristianos oraban mirando hacia Oriente para expresar la esperanza de que Cristo, sol verdadero, emergería sobre la historia, manifestando así la fe en el retorno del Señor. En un primer momento, la cruz aparece estrechamente unida a este modo de orar, como la insignia que el rey enarbolará el día de su venida. En esa imagen de la cruz, el encabezamiento de su cortejo estaba ya presente en medio de aquellos que oran. Por tanto, para el cristianismo antiguo, la cruz es sobre todo un signo de esperanza. No implica tanto una referencia al Señor del pasado sino más bien al Señor que está por venir. Ciertamente, con el transcurso de los años, era imposible

evitar la necesidad intrínseca de referirse también al evento ya ocurrido: frente a cualquier escapismo espiritual y contra cualquier infravaloración de la encarnación de Dios, era necesario defender la sobrecogedora generosidad del amor de Dios que -por amor a la mísera criatura humana- se había hecho hombre, ¡y qué hombre! Era preciso defender la santa locura del amor de Dios, que no ha querido ostentar su poder sino que ha elegido el camino de la fragilidad, para poner en entredicho nuestro sueño de potencia y vencerlo desde dentro.

Pero de este modo, ¿no hemos descuidado demasiado la conexión entre la cruz y la esperanza, la unidad entre el Oriente y la dirección de la cruz, entre el pasado y el futuro existente en el cristianismo? El espíritu de esperanza que aletea sobre las plegarias del Sábado Santo debería impregnar nuevamente todo nuestro ser cristiano. El cristianismo no es sólo una religión del pasado sino -al menos en la misma medida- también del futuro; su fe es -al mismo tiempo- esperanza, ya que Cristo no es sólo Aquél que ha muerto y resucitado sino que es también Aquél que debe venir.

Oh, Señor, ilumina nuestras almas con este misterio de esperanza para que reconozcamos la luz que irradia tu cruz. Concédenos que, como cristianos que somos, avancemos con anhelo hacia el futuro, al encuentro de tu venida.

3. El Corpus Christi

¿Por qué hay tanta hambre en el mundo? ¿Por qué tantos niños tienen que morir de hambre? ¿Por qué el pobre Lázaro debe seguir esperando en vano las migajas del rico epulón, sin poder atravesar el umbral de su casa? Ciertamente no será porque la tierra no esté en condiciones de producir pan para todos. En los países de Occidente se ofrecen indemnizaciones

para destruir los frutos de la tierra, con el objetivo de mantener el nivel de los precios, mientras en otros lugares hay quien sufre de hambre. La mente humana parece más hábil en descubrir nuevos medios de destrucción que en construir nuevos caminos para la vida. Es más ingeniosa en hacer llegar las armas para la guerra a cualquier rincón de la tierra que no en hacer llegar el pan. ¿Por qué sucede todo esto? Porque nuestras almas están malnutridas y nuestros corazones se vuelven ciegos y endurecidos. El mundo está en desorden porque nuestro corazón está del mismo modo, porque le falta el amor, por eso no sabe indicar a la razón el camino de la justicia.

Reflexionando sobre todo esto comprendemos las palabras con las que Jesús argumenta contra Satanás, que lo invita a transformar las piedras en panes: «No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4). Si queremos que haya pan para todos, antes debe nutrirse el corazón del ser humano. Para que exista justicia entre los hombres, antes debe germinar la justicia en los corazones. Pero la justicia no se desarrolla sin Dios y sin el alimento de su palabra. Esta Palabra se ha hecho carne, se ha hecho un ser humano, para que nosotros acogerla y nutrirnos de ella. Como el hombre es demasiado pequeño para alcanzar a Dios, Dios mismo se ha hecho pequeño por nosotros, para que podamos recibir su amor y el mundo se convierta en su reino.

Esto es lo que significa la fiesta del Corpus Christi. El Señor se ha hecho carne, el Señor se ha hecho pan, nosotros lo llevamos por las calles de nuestras ciudades y pueblos. Lo sumergimos en la cotidianidad de nuestra vida, nuestras calles se convierten en sus calles. Él no debe permanecer encerrado en los sagrarios, separado de nosotros, sino en

medio de nosotros, en la vida de cada día. Debe andar por donde nosotros andamos, vivir donde nosotros vivimos. Nuestro mundo, nuestra existencia, deben ser su templo. El Corpus Christi nos hace entender qué significa recibir la Comunión: hospedarle, recibirle con todo nuestro ser. No se puede comer el Cuerpo del Señor como si fuera un trozo de pan cualquiera. Es necesario abrirse a Él con toda nuestra vida, con todo nuestro corazón: «He aquí que yo estoy a la puerta y llamo», dice el Señor en el Apocalipsis. «Si alguien escucha mi voz y me abre la puerta, entraré y cenaré con él, y él conmigo» (3,20).

El Corpus Christi quiere hacer perceptible esta llamada del Señor, venciendo nuestra sordera interior. Él llama fuerte a la puerta de nuestra vida de cada día y dice: «¡Ábreme! ¡Déjame entrar! ¡Empieza a vivir conmigo!». Esto no puede servir sólo para un momento, como algo de pasada mientras dura la Misa y luego otra vez igual que antes. Es una experiencia que atraviesa todos los tiempos y lugares. «¡Ábreme!», dice el Señor, «como yo me he abierto a ti, ábreme al mundo para que pueda entrar e iluminar vuestras mentes obtusas, vencer la dureza de vuestro corazón. ¡Déjame entrar! Yo me he dejado desgarrar el corazón por ti». El Señor dice esto a cada uno de nosotros, lo dice a nuestra comunidad en su conjunto: «Dejadme entrar en vuestra vida, en vuestro mundo. Vivid de mí, para estar verdaderamente vivos». Pero vivir significa también y siempre: dar a otros. El Corpus Christi es una invitación dirigida a nosotros por el Señor, pero es también un grito que nosotros dirigimos a Él. Toda la fiesta es una gran plegaria: «¡Haznos el don de Ti mismo! ¡Danos el verdadero pan!». Llegamos así a comprender mejor el *Padre nuestro*, la oración por excelencia. La cuarta invocación, la que se hace para el pan, sirve de enlace entre las tres invocaciones que se refieren al reino de Dios y las tres últimas que corresponden a nuestras

necesidades. ¿Qué es lo que pedimos? Naturalmente el pan para hoy. Es la oración de los discípulos que no tienen capitales de dinero a parte, sino que viven de la cotidiana bondad del Señor: por eso se mantienen en diálogo constante con Él, vuelven hacia Él su mirada, confiando tan solo en Él. Es la oración de quien no quiere acumular riquezas, de quien no busca una seguridad mundana sino que se contenta con lo necesario para tener tiempo de dedicarse a las cosas verdaderamente importantes. Es la oración de los sencillos, de los humildes, de aquellos que aman y viven la pobreza en el Espíritu Santo.

Pero en la petición del pan hay otra dimensión. El término griego *epiúsios*, que nosotros traducimos con “cotidiano”, no aparece en ningún otro lugar sino que es una palabra típica y exclusiva del *Padre nuestro*. Aunque los expertos todavía discuten sobre su significado, muy probablemente quiere decir también: danos el pan de mañana, es decir, el pan del mundo futuro. En realidad, sólo la Eucaristía puede ser la respuesta a eso que esta misteriosa palabra *-epiúsios-* quiere decir: el pan del mundo futuro, que ya nos viene dado hoy, para que ya desde hoy el mundo futuro tenga su comienzo en medio de nosotros. A la luz de esta invocación, la oración para que venga el reino de Dios y para que la tierra sea como el cielo, asume un significado muy concreto: con la Eucaristía, el cielo ha venido a la tierra, el mañana de Dios se cumple ya hoy e introduce en el mundo de hoy ese mundo que ha de venir.

Aquí se halla en síntesis también la petición de ser librados de todos los males, de nuestras deudas, del peligro de la tentación: dame este pan para que mi corazón se mantenga vigilante, para que pueda resistir al mal, para que sepa distinguir el bien y el mal, para que aprenda a perdonar y sea fuerte en la tentación. Sólo entonces nuestro mundo

comenzará a ser verdaderamente humano: si el mundo futuro comienza en cierto modo a ser nuestro hoy, si el mundo comienza hoy a ser divino. Con la petición del pan vamos al encuentro del mañana de Dios, hacia la transformación del mundo. En la Eucaristía nos sale al encuentro ese mañana de Dios, su reino empieza ya hoy entre nosotros. Y no olvidemos, por fin, que todas las invocaciones del *Padre nuestro* está expresadas con el “nosotros”: ninguno puede decir “Padre mío” fuera de Cristo, el Hijo. Por eso nosotros, si de verdad queremos rezar correctamente, debemos hacerlo con los otros y por los otros, saliendo de nosotros mismos, abriéndonos. Todo esto viene indicado por ese “caminar junto al Señor” que es, por así decir, el signo distintivo de la fiesta del Corpus Christi.

Cuando Jesús terminó su discurso eucarístico en la sinagoga de Cafarnaún, muchos discípulos le abandonaron: era algo demasiado comprometedor, demasiado misterioso. Sus expectativas estaban más bien orientadas hacia una liberación política, todo lo demás parecía algo etéreo. ¿No sucede también así hoy día? Cuántas personas en el transcurso de los últimos cien años se han marchado porque -a su modo de ver- Jesús no era suficientemente “práctico”. Lo que ellos después consiguieron hacer por su parte está a la vista de todos. Y si el Señor hoy nos preguntase: «¿También vosotros queréis marcharos?». En esta fiesta del Corpus Christi, junto con Simón Pedro y de todo corazón, queremos responderle: «Señor, ¿a dónde iremos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,67ss).

4. El sentido del domingo

Corre el año 304. En una localidad del África septentrional, en medio de la persecución ordenada por Diocleciano, algunos oficiales romanos sorprendieron a un grupo de unos cincuenta cristianos durante la celebración dominical de la Eucaristía y los arrestan.

El verbal de la irrupción y del sucesivo interrogatorio ha sido conservado. El procónsul dice al presbítero Saturnino: «Tú has actuado contra las disposiciones de los emperadores y de los Césares, reuniendo aquí a todos éstos». A continuación, el redactor cristiano añade que la respuesta del presbítero fue fruto de la inspiración del Espíritu Santo, en estos términos: «Sin escrúpulo alguno, hemos celebrado lo que pertenece al Señor». «Lo que pertenece al Señor»: así traduzco el vocablo latino *dominicus*. Por su densidad de significado, no es fácil traducirlo en lengua moderna. De hecho, en primer lugar, indica el *día* del Señor; pero también reenvía, al mismo tiempo, al contenido de ese día: al sacramento del Señor, a su resurrección y a su presencia en el evento eucarístico.

Pero regresemos al verbal. El procónsul insiste con sus preguntas y entonces llega la respuesta, con la voz sosegada e imponente del sacerdote: «Lo hemos hecho porque lo que pertenece al Señor no puede ser descuidado». Aquí se expresa de manera inequívoca la conciencia de que el Señor esta sobre un plano más elevado que las demás divinidades o potestades. Tal conciencia da seguridad a este sacerdote (como él mismo afirma) precisamente en el momento en el que se ha puesto de manifiesto la total inseguridad material de la pequeña comunidad cristiana, a merced de los carceleros.

En cierto sentido, suscitan aún más impresión las respuestas dadas por Hemérito, el dueño de la casa donde se había realizado la celebración eucarística festiva. Al ser preguntado por el motivo de haber permitido una reunión prohibida por la ley en su propia vivienda, él responde en primer lugar que -a decir verdad- los allí reunidos eran hermanos suyos: él no podía echarlos a la calle. El procónsul no queda satisfecho y le sigue acosando. Y he aquí cómo en la segunda respuesta sale a la luz lo que verdaderamente da consistencia y motivación a todo el resto: «Tú deberías haberles prohibido la entrada», objetó el procónsul. «No he podido», replica Hemérito y continúa diciendo: «*Quoniam sine dominico non possumus*, porque sin el día del Señor, sin el Misterio del Señor, sencillamente no podemos subsistir». Al querer de los Césares se contrapone un claro y rotundo «no es posible» de la conciencia cristiana¹. Eso va en la misma línea de aquel «no podemos callar», el deber del anuncio cristiano con el que Pedro y Juan habían respondido a la orden del Sanedrín de no predicar más (Hch 4,20). «Sin el día del Señor no podemos vivir». Esto no es una desmesurada obediencia a una prescripción eclesiástica que se percibe como un precepto exterior. Se trata, en cambio, de una manifestación que expresa un deber interior y, al

¹ Los textos de los Padres, concernientes a la cuestión del sábado y del “día del Señor”, están recogidos en el volumen de W. Rordorf, *Sabbat und Sonntag in der alten Kirche*, Zürich 1972, *Traditio christiana*, II. El verbal arriba citado pertenece a las *Acta ss. Satumini et alionan...* registrado con el n° 109 en p. 176. mismo tiempo, una deliberación personal. Hace referencia a eso que se ha convertido en el núcleo vital de la propia existencia y de todo el propio ser; y documenta cómo había llegado a ser tan importante que debía ser cumplido incluso en peligro de muerte, teniendo confianza sobre la base

de una gran seguridad y libertad interior. A los que así se expresaban habría parecido totalmente absurdo garantizar su supervivencia y tranquilidad exterior a costa de renunciar a ese fundamento vital. Ellos no pensaron en una casuística, en si cumplir el precepto festivo o el civil, en si respetar la prescripción eclesiástica o tener en cuenta la acechante sentencia de condena capital, de modo que en la valoración de cómo actuar correctamente habrían podido considerar que el servicio litúrgico era algo secundario a lo que se debía renunciar en este caso. Para ellos no se trataba de la elección entre *un* precepto o *el otro*, sino más bien de elegir entre lo que daba significado y consistencia a la vida o una vida sin sentido. Partiendo de ahí se entiende también la expresión de San Ignacio de Antioquía, a modo de emblema: «nosotros vivimos en conformidad con lo que celebramos en el día del Señor, a quien también nuestra vida está totalmente consagrada. ¿Cómo podremos vivir sin Él?»⁴³.

Cuando estas experiencias se confrontan con la desgana y la rutina de la praxis dominical en nuestra vieja Europa, tales testimonios provenientes de los albores de la historia de la Iglesia pueden suscitar fácilmente consideraciones nostálgicas. Esas experiencias muestran además que la “crisis del domingo” no es un fenómeno original y exclusivo de nuestra generación. Dicha crisis tiene inicio desde el momento en el que, del deber *interior* del domingo -«sin celebrar el día del Señor no podemos vivir»- surgió un precepto canónico exterior, un “deber” formal, que más tarde -como sucede con todos los deberes reglamentados- viene continuamente redimensionado hasta que queda reducido a la obligación de participar durante una media hora en prácticas rituales cada vez más extrañas. Entonces es cuando el cuestionarse si es posible quedar

⁴³ *A los cristianos de Magnesia* 9,1-2; cit. en Rordorf, n° 78, p. 134.

exonerado de esa obligación y por qué motivo se convierte en algo más importante que preguntarse por qué se debe cumplir habitualmente. Por este camino, al fin y al cabo, no quedaría otra salida que tratar de librarse de ese peso sin necesidad alguna de justificación.

Dado que el significado del domingo se ha difuminado tanto que se ha reducido a algo puramente superficial y exterior, también entre nosotros los creyentes hemos de preguntarnos si en nuestro tiempo de hoy el “día del Señor” es todavía una cuestión significativa; si en nuestro mundo, lacerado por las continuas amenazas de guerra y por tantos problemas sociales, no existan -también para los cristianos, es más, sobre todo para los cristianos- cuestiones mucho más importantes.

Silenciosamente, quizá nosotros mismos terminamos por preguntarnos si con el culto no se persiga otra cosa que el puro y simple perpetuarse de nuestra “corporación”, justificando por así decir nuestra particular “profesión”.

En el fondo hay una pregunta de mayor calado: si la Iglesia es únicamente “nuestra corporación” o es más bien una “idea” de Dios de cuya realización dependen el destino del mundo. Por otra parte, quedándonos en la comparación nostálgica del pasado con el presente, no haríamos justicia ni al testimonio de los mártires ni a la realidad hodierna. Sin perder de vista la necesaria autocrítica, no podemos olvidar que también hoy existen muchísimos cristianos que desde lo más hondo de su corazón responderían no plena conciencia: «sin el Señor no podemos nada; no es lícito descuidar eso que pertenece al Señor». Y, por el contrario, sabemos que ya en tiempos del Nuevo Testamento (Hb 10,25) se tuvo que lamentar la “perniciosa visitación” del templo por parte de los creyentes; un reproche que resonará posteriormente en labios

de los Padres de la Iglesia. En conjunto, me parece que el frenesí de la actual “consumición” del tiempo libre, evadiéndose de lo cotidiano para ir a la búsqueda de algo “totalmente diferente”, encuentra su principio motor -aunque no se quiera reconocer- en el anhelo de aquello que los mártires denominaron *dominión*: es decir, la exigencia de encontrar eso que llena la existencia; la búsqueda de eso que los cristianos experimentaron y siguen experimentando “en el día del Señor”. Nuestro problema es: ¿cómo podemos mostrarle a los hombres que verdaderamente le buscan y cómo podemos reencontrarle nosotros mismos? Antes de indicar soluciones o normas prácticas, aun siendo algo urgente y necesario, debemos ante todo reconquistar nuevamente una profunda comprensión de lo que es “el día del Señor”.

5. Cómo pasar el domingo

Se puede saber en qué piensa y quién es cada uno viendo en qué cosas invierte su tiempo. Conservar el sentido y la praxis del domingo cristiano significa tener tiempo para Dios: significa reconocerle pública y personalmente, reservando para Él una parte de nuestro tiempo.

Por este motivo las excursiones dominicales debieran estar siempre programadas de modo que la participación en la liturgia festiva pueda tener su espacio adecuado. Eso no disminuye el valor recreativo de la excursión, es más, lo incrementa, haciendo que tenga alma.

Tener tiempo para Dios significa además tener tiempo los unos para los otros. El domingo debería ser un día de encuentro y de conversación, un día en el que se tiene presente a los demás y se aprende a entenderse. Puesto que el domingo,

en cuanto día de Dios es también un día del hombre, se deriva de ahí un gran campo de acción para la auténtica convivencia personal: jugar juntos, cultivar intereses comunes, practicar la música en familia, conservar o renovar algunos usos y costumbres, ofrecer y gozar de hospitalidad y mejorar las relaciones de vecindario; muchas cosas se podrían mencionar a propósito.

Finalmente, el domingo debería siempre distinguirse de los demás días también por un esencial rasgo festivo y religioso en la mesa en la que comer juntos, como una resonancia del banquete eucarístico y de la comunión, donde la impronta religiosa y la entrega al Dador de todo bien puedan servir como la más segura defensa contra esa opulencia vulgar y estúpida, que a menudo es un tentativo de compensar el hambre espiritual y el "vacío" del alma.

De la configuración del domingo depende la fisonomía de nuestro tiempo. El redescubrimiento del domingo es de una importancia decisiva para nuestro futuro, para el futuro de cada individuo, de las familias y de la sociedad.

VII

EL TESTIMONIO DE LA FAMILIA

1. Encontrar a Dios en las vacaciones

En la época moderna, la relación con el trabajo y las tareas terrenales de nuestra vida se ha modificado esencialmente. En la antigüedad, la plena liberación de las preocupaciones terrenas para dedicarse al “ocio a favor de la verdad” venía presentada como la auténtica condición ideal de vida y el ocuparse en cosas terrenas se consideraba como un peso y un apartarse de lo esencial. Por el contrario, el hombre de hoy concibe el servicio al mundo como una especie de fervor religioso. No anhela la fuga del mundo y aún menos el ocio; considera algo positivo para el hombre el hecho de poder cambiar la fisonomía de este mundo, hacer gala de sus capacidades, mejorar su habitabilidad [...].

Ahora bien, ¿qué es lo que hace crecer la habitabilidad del mundo? Una vez que todos los aparatos aportados por la técnica han tocado el vértice de su desarrollo, crece la nostalgia por la sencillez de todo lo original; el mundo que el hombre ha edificado con sus propias manos y del que se ve rodeado por todas partes, se convierte en la prisión que le hace prorrumpir en un grito de libertad y en la invocación del

Totalmente Otro [...]. Caemos en la cuenta de que el tiempo libre no se identifica con la calma y que la calma debe ser conquistada una y otra vez para no perder el sentido del trabajo. Además, nos damos cuenta de que el hombre que desea apropiarse del mundo únicamente para sí, en realidad termina por destruir ese mundo y su propio espacio vital. Esto ya no viene considerado como una profecía de Casandra en labios de incurables románticos, enemigos de la técnica, sino que empieza a ser objeto de una realista valoración que la técnica realiza sobre sí misma. La concepción neutral de la ciencia se convierte así en pesadilla y en primer acusado de cómo ha ido desarrollándose. La ideología todavía puede jugar sus bazas allí donde no surge con franqueza la necesidad de sabiduría, de contemplación y de una libertad ulterior que dimana de ella.

Los apóstoles, al regreso de su primera misión, estaban impactados por lo que han vivido y lo que han conseguido. No se cansan de narrar continuamente los propios éxitos y, de hecho, se enciende a su alrededor una tal expectación que no encuentran tiempo ni para comer, por la gran cantidad de gente que va y viene sin interrupción. Ellos quizá imaginan que serán alabados por su celo pero, en cambio, Jesús les invita a retirarse con él a un lugar solitario, donde estar solos para descansar.

Creo que nos hace un gran bien contemplar, en un episodio como éste, la humanidad de Jesús, que no siempre pronuncia palabras de inusitada grandeza ni se sumerge en una actividad sin interrupción para resolver todo lo que le apremia en cualquier parte. Me imagino incluso la expresión del rostro de Jesús cuando él les hizo esta invitación. Mientras los apóstoles tratan de multiplicarse y hasta dejan de comer llevados por su celo y su compromiso, Jesús les hace

descender de las nubes: ahora descansad un poco. Se advierte el humorismo discreto y la amigable ironía con la que él les pone de nuevo con los pies en la tierra.

Precisamente en esta humanidad de Jesús se hace visible cuanto hay en él de divino, nos revela cómo es Dios. El frenesí de cualquier tipo -también el celo y el frenesí “religiosos”- es algo totalmente ajeno a la imagen del hombre del Nuevo Testamento. En cualquier situación, cada vez que creemos ser absolutamente indispensables, cuando pensamos que el mundo y la Iglesia dependen de nuestra infatigable actividad, nos sobrevaloramos. En ese caso, será un acto de verdadera humildad y de honestidad -según nuestra condición de criaturas- ser capaces de parar, reconocer nuestros límites, tomarnos tiempo libre para respirar y descansar, tal y como ha sido establecido para la criatura "hombre".

No quisiera que esto fuese visto como un elogio a la pereza sino que sirva como sugerencia para revisar la jerarquía de valores, tal y como se ha desarrollado en el mundo occidental, donde el hacer aparece como la única actitud legítima posible, mientras que la contemplación, el dejarse maravillar, el recogimiento y el silencio aparecen como unos comportamientos insostenibles o, al menos, necesitados de una justificación. De este modo, por desgracia, se atrofian las energías humanas que son verdaderamente esenciales.

En el siglo pasado, con motivo de las excavaciones arqueológicas en búsqueda de residuos que atestigüen los asentamientos romanos del África septentrional, se descubrió -sobre la plaza del mercado de Fimgad, en Argelia- una inscripción del siglo II o III en la que aparecía el lema: «Cazar, bañarse, jugar, reír: esta es la vida».

Esta inscripción regresa a mi mente cada año, a la vista de riadas de vacacionistas que se dirigen hacia el sur de Europa en busca de “la vida”. Cuando algún día los arqueólogos encuentren los carteles publicitarios de nuestras agencias de viajes y vacaciones, descubrirán una análoga representación de aquel estilo de vida.

Es evidente que la mayor parte de las personas perciben el año transcurrido en la oficina, en la fábrica o en cualquier otro lugar de trabajo como un sinvivir. En vacaciones aspiramos a ser finalmente libres, a “vivir” de verdad.

Bañarse, jugar, reír y bromear: ¡esta sí es la vida! Esta esperanza de distensión, de libertad, escapando de las obligaciones cotidianas, es algo sumamente humano. Frente al acuciante ritmo productivo del mundo técnico, estas pausas de respiro son sencillamente necesarias.

Sin olvidar todo eso, hemos de admitir también que incluso en una situación de mayor libertad, con disponibilidad de más tiempo libre, nuestros problemas no desaparecen. El hombre se da cuenta de repente que no es capaz de seguir viviendo así.

Llega a constatar que bañarse, jugar y bromear no significa realmente “vivir”.

La cuestión del empleo del tiempo libre y de los periodos vacacionales comienza a ser objeto de una investigación científica propia. Pensando en ello, he recordado que Tomás de Aquino dedicó todo un tratado a los medios para combatir la tristeza. Un testimonio de su realismo consiste en el hecho de enumerar entre esos medios el baño, el dormir, la distracción. Con mayor aspiración, añade que -entre los instrumentos capaces de combatir la tristeza- debe incluirse el estar en compañía de los amigos, pues elimina el aislamiento que está

a la base de nuestra insatisfacción. El tiempo libre debería ser sobre todo un tiempo en que el hombre se pone a disposición de los demás, en relación con ellos. Por último, para Santo Tomás pertenece al ámbito de esos remedios contra la tristeza -sin que se pueda prescindir de ello- el interés por la Verdad, es decir, por Dios: esa contemplación de lo verdadero, donde el ser humano alcanza el auténtico vivir. Si eso viene excluido de la programación vacacional, entonces el tiempo libre se quedará en algo falso y aparente; incluso por nuestra parte, aun yendo todos a la búsqueda de ese vivir perdido, no encontraremos mejor fortuna.

La búsqueda de Dios es el paseo de montaña más estimulante y el baño más vivificante que el hombre pueda encontrar. Bañarse, jugar, dormir: todo es parte de las vacaciones. Pero, siguiendo al Aquinate, al planear nuestras vacaciones hemos de contemplar también la posibilidad del encuentro con Dios, a lo que nos invitan nuestras hermosas iglesias y las bellezas naturales de la creación de Dios.

2. La peregrinación

La peregrinación es uno de los gestos más antiguos del género humano, pues nos permite recorrer su historia con la mirada. El hombre siempre se pone en camino una y otra vez para salir de la monotonía de la vida cotidiana, para distanciarse de lo habitual, para sentirse libre.

Este impulso continúa haciéndose notar a través de ese hermano profano y más joven que la peregrinación: el turismo. Es algo que mueve continuamente a los hombres: riadas de turistas y trotamundos se entrelazan incesantemente por los caminos de nuestro continente; el hombre tiene el presentimiento de no tener una morada definitiva. Pero la

peregrinación debe ser algo más que el puro y simple turismo. Quiero decir: la peregrinación debe conseguir aquello a lo que también mira el turismo, pero de una forma mejor, más fundamental y más pura. Por eso forman parte esencial de la peregrinación una mayor sencillez y un mayor esfuerzo.

A la peregrinación propiamente dicha le pertenece esa sencillez que corresponde a nuestra condición de peregrinos. En efecto, si queremos disfrutar en todas partes del mismo tipo de productos y del mismo estilo de vida, podemos dar todas las vueltas que queramos: permaneceremos siempre encerrados en nuestro mundo. Podremos experimentar realmente algo diferente cuando nosotros mismos seamos diferentes y vivamos de otro modo; cuando, en la sencillez de la fe, volvamos a ser interiormente peregrinos, hombres en camino.

Aquí entra en juego la íntima y profunda tenacidad de la fe. La peregrinación no tiene como objetivo las bellezas naturales o las particulares experiencias vividas que, a decir verdad, no nos hacen salir de nosotros mismos para entrar en una novedad real. El objetivo de la peregrinación no es, a fin de cuentas, disfrutar del espectáculo de la belleza sino romper nuestro caparazón y ponerse en relación con el Dios vivo. Nosotros tratamos de conseguirlo visitando los lugares de la historia de la salvación, recorriendo sus caminos espirituales -que pasan por el corazón- y sus caminos físicos -diversamente pavimentados y transitables-, que no están trazados de forma arbitraria o sin razón de ser. Nosotros deambulamos, por decirlo de algún modo, a través de la geografía de la historia de Dios, allí donde él mismo ha puesto sus carteles de indicación. Y así nos dirigimos hacia un lugar que ya se nos ha indicado, no hacia una localidad que buscamos nosotros.

Entrando en la historia de Dios y prestando atención a las señales que la Iglesia -en virtud de su fe- ha predispuesto, nos dirigimos también al encuentro de los unos con los otros. Convirtiéndonos en peregrinos tenemos la posibilidad de disfrutar todavía más de aquello que el turismo persigue: lo diferente, la amplitud de miras, la libertad, un encuentro más profundo con la realidad y con las personas.

Por eso quisiera recomendar de corazón que vivamos la peregrinación como verdadera peregrinación, sin dejar que se reduzca a una excursión o a un viaje de placer. Que no sea un simple partir sino más bien un entrar en la historia que Dios ha trazado con el hombre: ensimismarse con las “señales” de la salvación que él ha colocado para nosotros a lo largo del camino, con aquella sencillez que es un rasgo esencial de la fe. Sólo entonces esa peregrinación se convertirá en una vivencia importante y duradera.

3. La caridad

a) La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la *caritas-agapé* supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente» (cf. Lc 10,31), quienquiera que sea. No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad. En este sentido, siguen teniendo valor las palabras de la *Carta a los Galatas*: «Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a

todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe» (6,10).

La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien.

b) El amor *-caritas-* siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo⁴⁴.

El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido -cualquier ser humano- necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente

⁴⁴ Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), Città del Vaticano 2004², pp. 197.209.

reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, un ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive «sólo de pan» (Mt 4,4; cf. Dt 8,3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano.

De este modo podemos ahora determinar con mayor precisión la relación que existe en la vida de la Iglesia entre el empeño por el orden justo del Estado y la sociedad, por un lado y, por otro, la actividad caritativa organizada. Ya se ha dicho que el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón autorresponsable. En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo.

El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la «multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e

institucionalmente el *bien común*»⁴⁵. La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad⁴⁶. Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como "caridad social".

4. La dedicación a los enfermos

El 11 de febrero de 2006, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, se celebrará la XIV Jornada mundial del enfermo. El año pasado la Jornada tuvo lugar en el santuario mariano de Mvolyé, en Yaoundé, y en esa ocasión los fieles y sus pastores, en nombre de todo el continente africano, reafirmaron su compromiso pastoral en favor de los enfermos. La próxima se tendrá en Adelaida (Australia), y las manifestaciones culminarán con la celebración eucarística en la catedral dedicada a San Francisco Javier, misionero incansable de las poblaciones de Oriente.

En esa circunstancia, la Iglesia quiere inclinarse con particular solicitud sobre los que sufren, llamando la atención de la opinión pública hacia los problemas relacionados con la discapacidad mental, que afecta ya a una quinta parte de la humanidad y constituye una auténtica emergencia socio-sanitaria. Recordando la atención que mi venerado predecesor

⁴⁵ Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), p. 42: AAS 81 (1989), p. 472.

⁴⁶ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública* (24 noviembre 2002), p. 1: *L'Osset'vatore Romano*, ed. semanal en lengua española (24 enero 2003), p. 6.

Juan Pablo II prestaba a esta celebración anual, también yo, queridos hermanos y hermanas, quisiera hacerme espiritualmente presente en la Jornada mundial del enfermo, para reflexionar, en sintonía con los participantes, sobre la situación de los enfermos mentales en el mundo, y para solicitar el esfuerzo de las comunidades eclesiales por testimoniarles la tierna misericordia del Señor.

En muchos países no existe aún una legislación en esta materia y en otros falta una política definida para la salud mental. Asimismo, conviene constatar que la persistencia de conflictos armados en varias regiones de la tierra, la sucesión de enormes catástrofes naturales y la difusión del terrorismo, además de causar un número impresionante de muertos, han originado en muchos supervivientes traumas psíquicos, a veces difícilmente recuperables.

Por otra parte, los expertos reconocen que, en los países de elevado desarrollo económico, la crisis de valores morales influye negativamente en el origen de nuevas formas de malestar mental. Eso aumenta el sentido de soledad, minando e incluso destruyendo las tradicionales formas de cohesión social, comenzando por la institución de la familia, y marginando a los enfermos, de modo especial a los mentales, considerados a menudo como un peso para la familia y para la comunidad.

Aquí quisiera rendir homenaje a los que, de diversos modos y en distintos niveles, se esfuerzan para que no decaiga el espíritu de solidaridad y para que, por el contrario, se persevere en cuidar de estos hermanos y hermanas nuestros, inspirándose en ideales y principios humanos y evangélicos. Por tanto, apoyo los esfuerzos de quienes trabajan para que a todos los enfermos mentales se les presten los cuidados necesarios. Por desgracia, en muchas partes del mundo, los

servicios para estos enfermos o no existen, o resultan insuficientes, o se están desmantelando. El contexto social no siempre acepta a los enfermos mentales con sus limitaciones, y también por esto existen dificultades para encontrar los recursos humanos y económicos que hacen falta.

Es necesario integrar mejor el binomio *terapia adecuada* y *sensibilidad nueva ante las discapacidades*, a fin de que los agentes del sector puedan salir con más eficacia al encuentro de esos enfermos y de sus familias, las cuales solas no serían capaces de atender adecuadamente a sus miembros enfermos. La próxima Jornada mundial del enfermo es una circunstancia oportuna para manifestar solidaridad a las familias que tienen a su cargo discapacitados mentales.

Deseo dirigirme ahora a vosotros, queridos hermanos y hermanas probados por la enfermedad, para invitaros a ofrecer juntamente con Cristo vuestra condición de sufrimiento al Padre, con la seguridad de que toda prueba aceptada con resignación es meritoria y atrae la benevolencia divina sobre la humanidad entera.

Expreso aprecio a todos los que os atienden en los centros residenciales, en los *“Day Hospitals”* y en los sectores de diagnóstico y curación, y los exhorto a prodigarse para que nunca falte, a quien la necesite, una asistencia médica, social y pastoral que respete la dignidad propia de todo ser humano. La Iglesia, especialmente mediante la labor de los capellanes, os brindará su ayuda, pues es plenamente consciente de que está llamada a manifestar el amor y la solicitud de Cristo en favor de los que sufren y de los que los atienden.

A los agentes pastorales, a las asociaciones y organizaciones de voluntariado, les recomiendo que sostengan, con formas e iniciativas concretas, a las familias

que tienen a su cargo discapacitados mentales, con respecto a los cuales espero que crezca y se difunda la cultura de la acogida y la comunión, también gracias a leyes adecuadas y a planes sanitarios que prevean suficientes recursos para su aplicación concreta.

Es sumamente urgente la formación y la actualización del personal que trabaja en un sector tan delicado de la sociedad. Todo cristiano, según su tarea y su responsabilidad, está llamado a dar su aportación para que se reconozca, respete y promueva la dignidad de estos hermanos y hermanas nuestros.

Duc in altum! Esta invitación de Cristo a Pedro y a los Apóstoles la dirijo a las comunidades eclesiales esparcidas por el mundo, y de modo especial a los que están al servicio de los enfermos, para que, con la ayuda de María *Salus infirmorum*, testimonien la bondad y la paternal solicitud de Dios. Que la Virgen santísima consuele a los que se encuentran marcados por la enfermedad y sostenga a los que, como el buen samaritano, alivian sus heridas corporales y espirituales. A cada uno aseguro un recuerdo en la oración y de buen grado imparto a todos mi bendición.

5. La familia y la transmisión de la fe

Unidos por la misma fe en Cristo, nos hemos congregado aquí, desde tantas partes del mundo, como una comunidad que agradece y da testimonio con júbilo de que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios para amar y que sólo se realiza plenamente a sí mismo cuando hace entrega sincera de sí a los demás. La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Por eso la Iglesia manifiesta constantemente su solicitud pastoral por este

espacio fundamental para la persona humana. Así lo enseña en su Magisterio: «Dios, que es amor y creó al hombre por amor, lo ha llamado a amar. Creando al hombre y a la mujer, los ha llamado en el matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos, “de manera que ya no son dos, sino una sola carne” (Mt 19,6)»⁴⁷.

Esta es la verdad que la Iglesia proclama sin cesar al mundo. Mi querido predecesor Juan Pablo II, decía que «el hombre se ha convertido en “imagen y semejanza” de Dios, no sólo a través de la propia humanidad, sino también a través de la comunión de las personas que el varón y la mujer forman desde el principio. Se convierten en imagen de Dios, no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión»⁴⁸. Por eso he confirmado la convocatoria de este V Encuentro mundial de las familias en España, y concretamente en Valencia, rica en sus tradiciones y orgullosa de la fe cristiana que se vive y cultiva en tantas familias.

La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada la puede suplir totalmente. Ella misma se apoya sobre todo en una profunda relación interpersonal entre el esposo y la esposa, sostenida por el afecto y comprensión mutua. Para ello recibe la abundante ayuda de Dios en el sacramento del matrimonio, que comporta verdadera vocación a la santidad.

Ojalá que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero.

⁴⁷ Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, n° 337.

⁴⁸ Catequesis, 14 noviembre 1979.

La familia es un bien necesario para los pueblos, un fundamento indispensable para la sociedad y un gran tesoro de los esposos durante toda su vida. Es un bien insustituible para los hijos, que han de ser fruto del amor, de la donación total y generosa de los padres. Proclamar la verdad integral de la familia, fundada en el matrimonio como *Iglesia doméstica* y *santuario de la vida*, es una gran responsabilidad de todos.

El padre y la madre se han dicho un “sí” total ante Dios, lo cual constituye la base del sacramento que les une; asimismo, para que la relación interna de la familia sea completa, es necesario que digan también un “sí” de aceptación a sus hijos, a los que han engendrado o adoptado y que tienen su propia personalidad y carácter. Así, estos irán creciendo en un clima de aceptación y amor, y es de desear que al alcanzar una madurez suficiente quieran dar a su vez un “sí” a quienes les han dado la vida.

Los desafíos de la sociedad actual, marcada por la dispersión que se genera sobre todo en el ámbito urbano, hacen necesario garantizar que las familias no estén solas. Un pequeño núcleo familiar puede encontrar obstáculos difíciles de superar si se encuentra aislado del resto de sus parientes y amistades. Por ello, la comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos. En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe.

Cristo ha revelado cuál es siempre la fuente suprema de la vida para todos y, por tanto, también para la familia: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he

amado. Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15,12-13). El amor de Dios mismo se ha derramado sobre nosotros en el bautismo. De ahí que las familias están llamadas a vivir esa calidad de amor, pues el Señor es quien se hace garante de que eso sea posible para nosotros a través del amor humano, sensible, afectuoso y misericordioso como el de Cristo.

Junto con la transmisión de la fe y del amor del Señor, una de las tareas más grandes de la familia es la de formar personas libres y responsables. Por ello los padres han de ir *devolviendo* a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si estos ven que sus padres -y en general los adultos que les rodean- viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana. Además, cuando la familia no se cierra en sí misma, los hijos van aprendiendo que toda persona es digna de ser amada, y que hay una fraternidad fundamental universal entre todos los seres humanos.

Este V Encuentro mundial nos invita a reflexionar sobre un tema de particular importancia y que comporta una gran responsabilidad para nosotros: “La transmisión de la fe en la familia”. Lo expresa muy bien el Catecismo de la Iglesia Católica: «Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de fe» (n. 171).

Como se simboliza en la liturgia del bautismo, con la entrega del cirio encendido, los padres son asociados al

misterio de la nueva vida como hijos de Dios, que se recibe con las aguas bautismales.

Transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente. «La familia cristiana es llamada *Iglesia doméstica*, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos»⁴⁹. Y además: «Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como *personas* y como *hijos de Dios*... En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana»⁵⁰.

El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana. En la lectura del *Deuteronomio* hemos escuchado la oración repetida constantemente por el pueblo elegido, la *Shemá Israel*, y que Jesús escucharía y repetiría en su hogar de Nazaret. Él mismo la recordaría durante su vida pública, como nos refiere el Evangelio de Marcos (cf. Mc 12,29). Esta es la fe de la Iglesia que viene del amor de Dios, por medio de vuestras familias. Vivir la integridad de esta fe, en su maravillosa novedad, es un gran regalo. Pero en los momentos en que parece que se oculta el rostro de Dios, creer es difícil y cuesta un gran esfuerzo.

⁴⁹ Compendio del Catecismo de la Iglesia católica, n° 350.

⁵⁰ *Ibid.*, n°460.

Este encuentro da nuevo aliento para seguir anunciando el Evangelio de la familia, reafirmar su vigencia e identidad basada en el matrimonio abierto al don generoso de la vida, y donde se acompaña a los hijos en su crecimiento corporal y espiritual. De este modo se contrarresta un hedonismo muy difundido, que banaliza las relaciones humanas y las vacía de su genuino valor y belleza. Promover los valores del matrimonio no impide gustar plenamente la felicidad que el hombre y la mujer encuentran en su amor mutuo.

La fe y la ética cristiana, pues, no pretenden ahogar el amor, sino hacerlo más sano, fuerte y realmente libre. Para ello, el amor humano necesita ser purificado y madurar para ser plenamente humano y principio de una alegría verdadera y duradera⁵¹.

Invito, pues, a los gobernantes y legisladores a reflexionar sobre el bien evidente que los hogares en paz y en armonía aseguran al hombre, a la familia, centro neurálgico de la sociedad, como recuerda la Santa Sede en la *Carta de los derechos de la familia*. El objeto de las leyes es el bien integral del hombre, la respuesta a sus necesidades y aspiraciones. Esto es una ayuda notable a la sociedad, de la cual no se puede privar y para los pueblos es una salvaguarda y una purificación.

Además, la familia es una escuela de humanización del hombre, para que crezca hasta hacerse verdaderamente hombre. En este sentido, la experiencia de ser amados por los padres lleva a los hijos a tener conciencia de su dignidad de hijos. La criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga

⁵¹ Cf. Discurso en san Juan de Letrán, 5 junio 2006.

como modelo el de Nazaret y sean preservados de toda clase de insidias y amenazas. Yo soy abuelo del mundo, hemos escuchado.

Deseo referirme ahora a los abuelos, tan importantes en las familias. Ellos pueden ser -y son tantas veces- los garantes del afecto y la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. Ellos dan a los pequeños la perspectiva del tiempo, son memoria y riqueza de las familias. Ojalá que, bajo ningún concepto, sean excluidos del círculo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatarnos a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe ante la cercanía de la muerte.

Quiero ahora recitar una parte de la oración que habéis rezado pidiendo por el buen fruto de este Encuentro mundial de las familias:

*Oh, Dios, que en la Sagrada Familia
nos dejaste un modelo perfecto
de vida familiar vivida en la fe
y la obediencia a tu voluntad.
Ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor
a tus mandamientos.*

*Socórrenos en nuestra misión
de transmitir la fe a nuestros hijos.
Abre su corazón para que
crezca en ellos la semilla de la fe
que recibieron en el bautismo.
Fortalece la fe de nuestros jóvenes,
para que crezcan en el conocimiento de Jesús.*

*Aumenta el amor y la fidelidad
en todos los matrimonios,
especialmente aquellos que pasan
por momentos de sufrimiento o dificultad.*

(...)

*Unidos a José y María,
te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo,
nuestro Señor. Amén.*

VIII

FAMILIA HUMANA, COMUNIDAD DE PAZ

1. Familia, sociedad y paz

Al comenzar el nuevo año deseo hacer llegar a los hombres y mujeres de todo el mundo mis fervientes deseos de paz, junto con un caluroso mensaje de esperanza. Lo hago proponiendo a la reflexión común el tema que he enunciado al principio de este mensaje, y que considero muy importante: *Familia humana, comunidad de paz*. De hecho, la primera forma de comunión entre las personas es la que el amor suscita entre un hombre y una mujer decididos a unirse establemente para construir juntos *una nueva familia*. Pero también los pueblos de la tierra están llamados a establecer entre sí relaciones de solidaridad y colaboración, como corresponde a los miembros de la *única familia humana*: «Todos los pueblos -dice el Concilio Vaticano II- forman una única comunidad y tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la entera faz de la tierra (cf. Hch 17,26); también tienen un único fin último, Dios»⁵².

⁵² *Nostra aetate*, n° 1.

La familia natural, en cuanto comunión íntima de vida y amor, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer⁵³, es el «lugar primario de "humanización" de la persona y de la sociedad»⁵⁴, la «cuna de la vida y del amor»⁵⁵. Con razón, pues, se ha calificado a la familia como la primera sociedad natural, «una institución divina, fundamento de la vida de las personas y prototipo de toda organización social»⁵⁶.

En efecto, en una vida familiar “sana” se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo. Por eso, la familia es *la primera e insustituible educadora de la paz*. No ha de sorprender, pues, que se considere particularmente intolerable la violencia cometida dentro de la familia. Por tanto, cuando se afirma que la familia es «la célula primera y vital de la sociedad»⁵⁷, se dice algo esencial. La familia es también fundamento de la sociedad *porque permite tener experiencias determinantes de paz*.

Por consiguiente, la comunidad humana no puede prescindir del servicio que presta la familia. El ser humano en formación, ¿dónde podría aprender a gustar mejor el “sabor” genuino de la paz sino en el “nido” que le prepara la naturaleza? *El lenguaje familiar es un lenguaje de paz*) a él es necesario recurrir siempre para no perder el uso del vocabulario de la paz. En la inflación de lenguajes, la sociedad

⁵³ Cf. *Gaudium et spes*, n° 48.

⁵⁴ Juan Pablo II, Exhort. ap. *Christifideles laici*, 40: AAS 81 (1989), p. 469.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ Pont. Cons. Justicia y Paz, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n° 211.

⁵⁷ *Apostolicam actuositatem*, n° 11.

no puede perder la referencia a esa “gramática” que todo niño aprende de los gestos y miradas de mamá y papá, antes incluso que de sus palabras.

La familia, al tener el deber de educar a sus miembros, es *titular de unos derechos específicos*. La misma *Declaración universal de los derechos humanos*, que constituye una conquista de *civilización jurídica de valor realmente universal*, afirma que «la familia es el núcleo natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a ser protegida por la sociedad y el Estado»⁵⁸. Por su parte, la Santa Sede ha querido reconocer una *especial dignidad jurídica* a la familia publicando la *Carta de los derechos de la familia*. En el Preámbulo se dice: «Los derechos de la persona, aunque expresados como derechos del individuo, tienen una dimensión fundamentalmente social que halla su expresión innata y vital en la familia»⁵⁹. Los derechos enunciados en la *Carta* manifiestan y explicitan la ley natural, inscrita en el corazón del ser humano y que la razón le manifiesta. La negación o restricción de los derechos de la familia, al oscurecer la verdad sobre el hombre, *amenaza los fundamentos mismos de la paz*.

Por tanto, quien obstaculiza la institución familiar, aunque sea inconscientemente, hace que la paz de toda la comunidad, nacional e internacional, sea frágil, porque debilita lo que, de hecho, es *la principal “agencia” de paz*. Éste es un punto que merece una reflexión especial: todo lo que contribuye a debilitar la familia fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, lo que directa o indirectamente dificulta su disponibilidad para la acogida responsable de una nueva vida, lo que se opone a su derecho de ser la primera responsable de la educación de los hijos, es un impedimento

⁵⁸ Art. 16/3.

⁵⁹ Pont. Cons. para la Familia, *Carta de los derechos de la familia*, 24 noviembre 1983, Preámbulo, A.

objetivo para el camino de la paz. La familia tiene necesidad de una casa, del trabajo y del debido reconocimiento de la actividad doméstica de los padres; de escuela para los hijos, de asistencia sanitaria básica para todos. Cuando la sociedad y la política no se esfuerzan en ayudar a la familia en estos campos, se privan de un recurso esencial para el servicio de la paz. Concretamente, los medios de comunicación social, por las potencialidades educativas de que disponen, tienen una responsabilidad especial en la promoción del respeto por la familia, en ilustrar sus esperanzas y derechos, en resaltar su belleza.

2. La humanidad es una gran familia

La comunidad social, para vivir en paz, está llamada a inspirarse también en los valores sobre los que se rige la comunidad familiar. Esto es válido tanto para las comunidades locales como nacionales; más aún, es válido para la comunidad misma de los pueblos, para la familia humana, que vive *en esa casa común que es la tierra*. Sin embargo, en esta perspectiva no se ha de olvidar que la familia nace del “sí” responsable y definitivo de un hombre y de una mujer, y vive del “sí” consciente de los hijos que poco a poco van formando parte de ella. Para prosperar, la comunidad familiar necesita el consenso generoso de todos sus miembros. Es preciso que esta toma de conciencia llegue a ser también una convicción compartida por cuantos están llamados a formar la *común familia humana*.

Hay que saber decir el propio “sí” a esta vocación que Dios ha inscrito en nuestra misma naturaleza. No vivimos unos al lado de otros por casualidad; todos estamos recorriendo *un mismo camino como hombres y, por tanto, como hermanos y*

hermanas. Por eso es esencial que cada uno se esfuerce en vivir la propia vida con una actitud responsable ante Dios, reconociendo en Él la fuente de la propia existencia y la de los demás. Sobre la base de este principio supremo se puede percibir el valor incondicionado de todo ser humano y, así, poner las premisas para la construcción de una humanidad pacificada. Sin este fundamento trascendente, la sociedad es sólo una agrupación de ciudadanos, y no una comunidad de hermanos y hermanas, llamados a formar una gran familia.

3. Familia, comunidad humana y ambiente

La familia necesita una casa a su medida, un ambiente donde vivir sus propias relaciones. *Para la familia humana, esta casa es la tierra*, el ambiente que Dios Creador nos ha dado para que lo habitemos con creatividad y responsabilidad. Hemos de cuidar el medio ambiente: éste ha sido confiado al hombre para que lo cuide y lo cultive con libertad responsable, teniendo siempre como criterio orientador el bien de todos. Obviamente, el valor del ser humano está por encima de toda la creación. Respetar el medio ambiente no quiere decir que la naturaleza material o animal sea más importante que el hombre. Quiere decir más bien que no se la considera de manera egoísta, a plena disposición de los propios intereses, porque las generaciones futuras tienen también el derecho a obtener beneficio de la creación, ejerciendo en ella la misma libertad responsable que reivindicamos para nosotros.

Y tampoco se ha de olvidar a los pobres, excluidos en muchos casos del destino universal de los bienes de la creación. Hoy la humanidad teme por el futuro equilibrio ecológico. Sería bueno que las valoraciones a este respecto se hicieran con prudencia, en diálogo entre expertos y

entendidos, sin apremios ideológicos hacia conclusiones apresuradas y, sobre todo, concordando juntos un modelo de desarrollo sostenible, que asegure el bienestar de todos respetando el equilibrio ecológico. Si la tutela del medio ambiente tiene sus costes, éstos han de ser distribuidos con justicia, teniendo en cuenta el desarrollo de los diversos países y la solidaridad con las futuras generaciones. Prudencia no significa eximirse de las propias responsabilidades y posponer las decisiones; significa más bien asumir el compromiso de decidir juntos después de haber ponderado responsablemente la vía a seguir, con el objetivo de fortalecer esa alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios, del cual procedemos y hacia el cual caminamos.

A este respecto, es fundamental “sentir” la tierra como “nuestra casa común” y, para ponerla al servicio de todos, adoptar la vía del diálogo en vez de tomar decisiones unilaterales. Si fuera necesario, se pueden aumentar los ámbitos institucionales en el plano internacional para afrontar juntos el gobierno de esta “casa” nuestra; sin embargo, lo que más cuenta es lograr que madure en las conciencias la convicción de que es necesario colaborar responsablemente. Los problemas que aparecen en el horizonte son complejos y el tiempo apremia. Para hacer frente a la situación de manera eficaz es preciso actuar de común acuerdo. Un ámbito en el que sería particularmente necesario intensificar el diálogo entre las Naciones es el de la *gestión de los recursos energéticos del planeta*. A este respecto, se plantea una doble urgencia para los países tecnológicamente avanzados: por un lado, hay que revisar los elevados niveles de consumo debidos al modelo actual de desarrollo y, por otro, predisponer inversiones adecuadas para diversificar las fuentes de energía y mejorar la eficiencia energética. Los países emergentes

tienen hambre de energía, pero a veces este hambre se sacia a costa de los países pobres que, por la insuficiencia de sus infraestructuras y tecnología, se ven obligados a malvender los recursos energéticos que tienen. A veces, su misma libertad política queda en entredicho con formas de protectorado o, en todo caso, de condicionamiento que se muestran claramente humillantes.

4. Familia, comunidad humana y economía

Una condición esencial para la paz en cada familia es que se apoye sobre el sólido fundamento de valores espirituales y éticos compartidos. Pero se ha de añadir que se tiene una auténtica experiencia de paz en la familia cuando a nadie le falta lo necesario, y el patrimonio familiar -fruto del trabajo de unos, del ahorro de otros y de la colaboración activa de todos- se administra correctamente con solidaridad, sin excesos ni despilfarro. Por tanto, para la paz familiar se necesita, por una parte, *la apertura a un patrimonio trascendente* de valores, pero al mismo tiempo no deja de tener su importancia un sabio cuidado tanto de los bienes materiales como de las relaciones personales. Cuando falta este elemento se deteriora la confianza mutua por las perspectivas inciertas que amenazan el futuro del núcleo familiar.

Una consideración parecida puede hacerse respecto a esa otra gran familia que es la humanidad en su conjunto. También la familia humana, hoy más unida por el fenómeno de la globalización, necesita además un fundamento de valores compartidos, una economía que responda realmente a las exigencias de un bien común de dimensiones planetarias. Desde este punto de vista, la referencia a la familia natural se revela también singularmente sugestiva. Hay que fomentar

relaciones correctas y sinceras entre los individuos y entre los pueblos, que permitan a todos colaborar en plan de igualdad y justicia. Al mismo tiempo, es preciso comprometerse en *emplear acertadamente los recursos* y en *distribuir la riqueza con equidad*. En particular, las ayudas que se dan a los países pobres han de responder a criterios de una sana lógica económica, evitando derroches que, en definitiva, sirven sobre todo para el mantenimiento de un costoso aparato burocrático. Se ha de tener también debidamente en cuenta la exigencia moral de procurar que la organización económica no responda sólo a las leyes implacables de los beneficios inmediatos, que pueden resultar inhumanas.

5. Familia, comunidad humana y ley moral

Una familia vive en paz cuando todos sus miembros se *ajustan a una norma común*: esto es lo que impide el individualismo egoísta y lo que mantiene unidos a todos, favoreciendo su coexistencia armoniosa y la laboriosidad orgánica. Este criterio, de por sí obvio, *vale también para las comunidades más amplias*: desde las locales a las nacionales, e incluso a la comunidad internacional. Para alcanzar la paz se necesita una ley común, que ayude a la libertad a ser realmente ella misma, en lugar de ciega arbitrariedad, y que proteja al débil del abuso del más fuerte. En la familia de los pueblos se dan muchos comportamientos arbitrarios, tanto dentro de cada Estado como en las relaciones de los Estados entre sí. Tampoco faltan tantas situaciones en las que el débil tiene que doblegarse, no a las exigencias de la justicia, sino a la fuerza bruta de quien tiene más recursos que él. Hay que reiterarlo: la fuerza ha de estar moderada por la ley, y esto

tiene que ocurrir también en las relaciones entre Estados soberanos.

La Iglesia se ha pronunciado muchas veces sobre la naturaleza y la función de la ley: la *norma jurídica* que regula las relaciones de las personas entre sí, encauzando los comportamientos externos y previendo también sanciones para los transgresores, tiene como criterio la *norma moral* basada en la naturaleza de las cosas. Por lo demás, la razón humana es capaz de discernirla al menos en sus exigencias fundamentales, llegando así hasta la Razón creadora de Dios que es el origen de todas las cosas. Esta norma moral debe regular las opciones de la conciencia y guiar todo el comportamiento del ser humano. ¿Existen normas jurídicas para las relaciones entre las Naciones que componen la familia humana? Y si existen, ¿son eficaces? La respuesta es sí; las normas existen, pero para lograr que sean verdaderamente eficaces *es preciso remontarse a la norma moral natural como base de la norma jurídica*, de lo contrario ésta queda a merced de consensos frágiles y provisionales.

El conocimiento de la norma moral natural no es imposible para el hombre que entra en sí mismo y, situándose frente a su propio destino, se interroga sobre la lógica interna de las inclinaciones más profundas que hay en su ser. Aunque sea con perplejidades e incertidumbres, puede llegar a descubrir, al menos en sus líneas esenciales, *esta ley moral común* que, por encima de las diferencias culturales, permite que los seres humanos se entiendan entre ellos sobre los aspectos más importantes del bien y del mal, de lo que es justo o injusto. Es indispensable remontarse hasta esta ley fundamental empleando en esta búsqueda nuestras mejores energías intelectuales, sin dejarnos desanimar por los equívocos o las tergiversaciones. De hecho, los valores

contenidos en la ley natural están presentes, aunque de manera fragmentada y no siempre coherente, en los acuerdos internacionales, en las formas de autoridad reconocidas universalmente, en los principios del derecho humanitario recogido en las legislaciones de cada Estado o en los estatutos de los Organismos internacionales. *La humanidad no está “sin ley”*. Sin embargo, es urgente continuar el diálogo sobre estos temas, favoreciendo también la convergencia de las legislaciones de cada Estado hacia el reconocimiento de los derechos humanos fundamentales. El crecimiento de la cultura jurídica en el mundo depende además del esfuerzo por dar siempre consistencia a las normas internacionales con un contenido profundamente humano, evitando rebajarlas a meros procedimientos que se pueden eludir fácilmente por motivos egoístas o ideológicos.

6. La familia y la solidaridad entre generaciones

La familia, fundada en el matrimonio entre el hombre y la mujer, es la célula originaria de la sociedad. En la familia es donde los hijos aprenden los valores humanos y cristianos que permiten una convivencia constructiva y pacífica. En la familia es donde se aprenden la solidaridad entre las generaciones, el respeto de las reglas, el perdón y la acogida del otro. En la propia casa es donde los jóvenes, experimentando el afecto de sus padres, descubren lo que es el amor y aprenden a amar. Por tanto, es preciso apoyar a la familia con políticas orgánicas que no se limiten a proponer soluciones a los problemas contingentes, sino que tengan como objetivo su consolidación y desarrollo y vayan acompañadas por una adecuada obra educativa. Por desgracia, a veces tienen lugar graves actos de violencia y se amplifican algunos aspectos de crisis de la

familia, causados por los rápidos cambios sociales y culturales. También la aprobación de formas de unión que desvirtúan la esencia y el fin de la familia, acaba por penalizar a cuantos, no sin esfuerzo, se comprometen a vivir vínculos afectivos estables, garantizados jurídicamente y reconocidos públicamente. Desde esta perspectiva, la Iglesia mira favorablemente todas las iniciativas encaminadas a educar a los jóvenes a vivir el amor en la lógica del don de sí mismos, con una visión elevada y oblativa de la sexualidad. Para ese fin es necesaria una convergencia educativa entre los diversos componentes de la sociedad, para que el amor humano no se reduzca a un objeto de consumo, sino que pueda percibirse y vivirse como experiencia fundamental que da sentido y finalidad a la existencia.

La entrega recíproca de los cónyuges trae consigo la apertura a la generación, pues el deseo de la paternidad y de la maternidad está inscrito en el corazón humano. Muchas parejas desearían acoger el don de nuevos hijos, pero son impulsadas a esperar. Por esto es necesario sostener concretamente la maternidad y también garantizar a las mujeres que ejercen una profesión la posibilidad de conciliar familia y trabajo. De hecho, demasiadas veces se ven obligadas a elegir entre una u otra cosa. El desarrollo de políticas adecuadas de ayuda, así como de estructuras destinadas a la infancia, como las guarderías, también las gestionadas por familias, puede ayudar a lograr que el hijo no se vea como un problema, sino como un don y una gran alegría.

Además, dado que «la apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo»⁶⁰, el elevado número de abortos que se practican en nuestra región no puede dejarnos indiferentes.

⁶⁰ *Caritas in veniate*, n° 28.

La comunidad cristiana, a través de las numerosas “Casas familia”, los “Centros de ayuda a la vida” y otras iniciativas parecidas, está comprometida en acompañar y apoyar a las mujeres que encuentran dificultades para acoger una nueva vida. Las instituciones públicas deberían ofrecer su apoyo para que los consultores familiares estén en condiciones de ayudar a las mujeres a superar las causas que pueden llevar a interrumpir el embarazo. Al respecto, expreso mi aprecio por la ley vigente en la región del Lacio que prevé el llamado “cociente familiar” y considera al hijo concebido como un componente de la familia, y espero que esta normativa encuentre plena realización. Me alegra que la ciudad de Roma ya se haya comprometido en esta dirección.

En el otro aspecto de la vida, el envejecimiento de la población plantea nuevos problemas. Los ancianos son una gran riqueza para la sociedad. Sus conocimientos, su experiencia, su sabiduría son un patrimonio para los jóvenes, que necesitan maestros de vida. Si bien muchos ancianos pueden contar con el apoyo y la cercanía de su propia familia, aumenta el número de quienes viven solos y necesitan asistencia médico-sanitaria.

La Iglesia, también en nuestra región, está siempre cerca de quienes se encuentran en condiciones de fragilidad por motivo de la edad o de la salud precaria. A la vez que me alegro por la sinergia existente con las grandes realidades sanitarias católicas -como por ejemplo, en el campo de la infancia, entre el hospital “Niño Jesús” y las instituciones públicas- espero que estas estructuras puedan seguir colaborando con las entidades locales para asegurarles su servicio a cuantos se dirigen a ellas, y renuevo la invitación a promover una cultura que respete la vida hasta su término natural, en la conciencia de que «la grandeza de la humanidad está determinada

esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre»⁶¹.

En estos últimos tiempos, la serenidad de nuestras familias está amenazada por la grave y persistente crisis económica, y muchas familias ya no logran garantizar un nivel de vida suficiente a sus hijos. Nuestras parroquias, a través de Cáritas, se prodigan para salir al encuentro de estos núcleos familiares aliviando, en la medida de lo posible, las dificultades y haciendo frente a las exigencias primarias. Confío en que se tomen medidas adecuadas, encaminadas a sostener a las familias de renta baja, de modo especial a las numerosas, con demasiada frecuencia perjudicadas. A ello se añade un problema cada día más dramático. Me refiero a la grave cuestión del trabajo.

En particular, los jóvenes, que después de años de preparación no ven salidas laborales y posibilidades de inserción social y de proyección de futuro, se sienten a menudo decepcionados y se ven tentados de rechazar a la propia sociedad. La prolongación de semejantes situaciones causa tensiones sociales, que las organizaciones criminales aprovechan para proponer actividades ilícitas. Por tanto, es urgente que, aun en este momento difícil, se realicen todos los esfuerzos posibles para promover políticas de empleo, que puedan garantizar un trabajo y una sustentación digna, condición indispensable para dar vida a nuevas familias.

Ilustres autoridades, son numerosos los problemas que requieren una solución. Que vuestro compromiso de administradores, que se esfuerzan por colaborar juntos por el bien de la comunidad, sepa considerar siempre al hombre como un fin, para que pueda vivir de manera auténticamente

⁶¹ *Spe salvi*, n° 38.

humana. Como Obispo de esta ciudad quiero, por tanto, invitaros a encontrar en la Palabra de Dios la fuente de inspiración para vuestra acción política y social, en la «búsqueda del verdadero bien de todos, en el respeto y la promoción de la dignidad de cada persona»⁶². Os aseguro mi recuerdo en la oración, sobre todo por aquellos que comienzan su servicio al bien común, y a la vez que invoco sobre vuestro trabajo la protección maternal de la Virgen María, *Salas Populi Romani*, os imparto de corazón mi bendición, que de buen grado extiendo a los habitantes de Roma, de su provincia y de todo el Lazio.

7. La colaboración de la familia humana

Una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobreza, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar. Con frecuencia, son provocadas por el rechazo del amor de Dios, por una tragedia original de cerrazón del hombre en sí mismo, pensando ser autosuficiente, o bien un mero hecho insignificante y pasajero, un “extranjero” en un universo que se ha formado por casualidad. El hombre está alienado cuando vive solo o se aleja de la realidad, cuando renuncia a pensar y creer en un Fundamento⁶³. Toda la humanidad está alienada cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos, a ideologías y utopías falsas⁶⁴. Hoy la humanidad aparece mucho más interactiva que antes: esa mayor vecindad debe transformarse en verdadera comunión. *El desarrollo de los pueblos depende*

⁶² Verbum Domini, n° 101.

⁶³ Cf. Juan Pablo II, Carta Enc. *Centesimus annus*, n° 41.

⁶⁴ *Ibid.*

sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto al otro⁶⁵.

Pablo VI señalaba que «el mundo se encuentra en un lamentable vacío de ideas»⁶⁶. La afirmación contiene una constatación, pero sobre todo una aspiración: es preciso un nuevo impulso del pensamiento para comprender mejor lo que implica ser una familia; la interacción entre los pueblos del planeta nos urge a dar ese impulso, para que la integración se desarrolle bajo el signo de la solidaridad⁶⁷ en vez del de la marginación. Dicho pensamiento obliga a una *profundización crítica y valorativa de la categoría de la relación*. Es un compromiso que no puede llevarse a cabo sólo con las ciencias sociales, dado que requiere la aportación de saberes como la metafísica y la teología, para captar con claridad la dignidad trascendente del hombre.

La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal. El hombre se valoriza no aislándose sino poniéndose en relación con los otros y con Dios. Por tanto, la importancia de dichas relaciones es fundamental. Esto vale también para los pueblos.

Consiguientemente, resulta muy útil para su desarrollo una visión metafísica de la relación entre las personas. A este respecto, la razón encuentra inspiración y orientación en la

⁶⁵ Cf. *Evangelium vitae*, n° 20.

⁶⁶ Cf. *Populorum progressio*, n° 85.

⁶⁷ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jomada Mundial de la Paz 1998*, n° 3: AAS 90 (1998), p. 150; Id., *Discurso a los Miembros de la Fundación «Centésimo Anus» pro Pontífice* (9 mayo 1998), n° 2: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (22 mayo 1998), p. 6; Id., *Discurso a las autoridades y al Cuerpo diplomático durante el encuentro en el «Wiener Hofburg»* (20 junio 1998), n° 8: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (26 junio 1998), p. 10; Id., *Mensaje al Rector Magnífico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón* (5 mayo 2000), n° 6: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (26 mayo 2000), p. 3.

revelación cristiana, según la cual la comunidad de los hombres no absorbe en sí a la persona anulando su autonomía, como ocurre en las diversas formas del totalitarismo, sino que la valoriza más aún porque la relación entre persona y comunidad es la de un todo hacia otro todo⁶⁸. De la misma manera que la comunidad familiar no anula en su seno a las personas que la componen, y la Iglesia misma valora plenamente la “criatura nueva” (Ga 6,15; 2Co 5,17), que por el bautismo se inserta en su Cuerpo vivo, así también la unidad de la familia humana no anula de por sí a las personas, los pueblos o las culturas, sino que los hace más transparentes los unos con los otros, más unidos en su legítima diversidad.

8. La necesidad de eternidad

La imagen y la palabra “cielo” se presenta como símbolo de todo lo que significa “en alto”. Con el símbolo de la altura la tradición cristiana define el cumplimiento, el perfeccionamiento definitivo de la existencia humana mediante la plenitud de aquel amor hacia el cual tiende la fe.

Para el cristiano, ese cumplimiento no es simplemente música del futuro sino que representa lo

que sucede en el encuentro con Cristo y que -en sus componentes esenciales- está ya fundamentalmente presente en ello.

⁶⁸ Según Santo Tomás «ratio partís contrariatur rationi personae» en III Sent d. 5, 3, 2; también: «Homo non ordinatur ad communitatem politicam secundum se totum et secundum omnia sua» en *Summa Theologiae*, I-II, q. 21, a. 4., ad 3um.

Por tanto, preguntarse qué significa “cielo” no quiere decir perderse en fantasías sino querer conocer mejor esa presencia escondida que nos permite vivir nuestra existencia de forma auténtica y que, sin embargo, nos la dejamos arrebatarse y cubrir una y otra vez por aquello que está en la superficie. En consecuencia, el “cielo” viene determinado ante todo por su sentido cristológico. No es un lugar sin historia “donde” se llega. La existencia del “cielo” se funda sobre el hecho de que Jesucristo, como Dios y hombre, ha dado al ser humano un puesto en el ser mismo de Dios⁶⁹. El hombre está en el cielo cuando y en la medida en que está con Cristo. Por tanto, encuentra el ámbito de su ser hombre en el ser de Dios.

De este modo, el cielo es ante todo una realidad personal que queda marcada para siempre por su origen histórico, es decir, por el misterio pascual de la muerte y la resurrección.

El hombre necesita la eternidad, cualquier otra esperanza es demasiado breve para él. No es verdad que la eternidad le arrebatase el tiempo, vaciándolo y haciéndolo insignificante. Al contrario, sólo la eternidad puede darle el tiempo.

Cuando la muerte del hombre pierde dignidad, también su vida se descarria. Cuando el hombre, reducido a un despojo, viene al final como desechado en la muerte, entonces él no vale más que cualquier otro objeto que se pueda tirar sin titubeos y, todavía vivo, resulta lícito tratarle como una cosa. Pero si no es cierto que el hombre sea una materia sin valor, si su valor se llama eternidad, este valor cuenta en todo momento y marca enteramente su existencia.

Un psicólogo ha hecho notar recientemente que la patología decisiva de la condición terrena consiste en que le

⁶⁹ Cf. K. Rahner, *La risurrezione della carne*, en *Saggi di antropologia soprannaturale*, Paoline, Roma 1965, p. 459.

arrebatan el cielo: la tierra se vacía y el hombre enferma porque se olvida del cielo. Si a las últimas generaciones futuras se les promete el paraíso pero a cada individuo sólo la muerte y la nada, entonces no se ha prometido nada a nadie.

Y aún hay más: si el futuro es sólo futuro y no tiene en sí absolutamente nada de presente, el hombre no puede hacer nada; la espera se hace cada día más larga, demasiado larga. Y un presente que es sólo presente, tras el cual no hay ninguna otra cosa además de la nada, no tiene esperanza alguna. La nada que viene a continuación arruina también el presente y lo hace insoportable.

Sólo la eternidad puede unir presente y futuro. Ella trasciende siempre el momento presente, pues conlleva algo más de lo que ya tenemos. Además, la eternidad no es sólo algo futuro sino que conecta siempre con nuestro día a día.

Los que nos han disuadido de la fe en el cielo o quieren disuadirnos de ello, no nos han regalado la tierra sino que la han dejado desierta y vacía, cubriéndola de tinieblas. Por eso hemos de encontrar nuevamente el coraje de creer en la vida eterna con todo nuestro corazón. Entonces tendremos también el coraje de amar la tierra y construir su futuro.

Por lo tanto, tengamos nuevamente la osadía, como recomenzando desde el principio, de creer en la vida eterna y de vivir para la vida eterna. Veremos cómo, simplemente así, la vida será más rica, más grande, más libre, más llevadera y más dinámica.

CONCLUSIÓN

LA FAMILIA, EL TRABAJO Y LA FIESTA EL ENCUENTRO MUNDIAL DE MILÁN

Al concluir el VI Encuentro mundial de las familias, que se celebró en Ciudad de México en enero de 2009, anuncié que la cita sucesiva de las familias católicas de todo el mundo con el Sucesor de Pedro iba a tener lugar en Milán, en 2012, sobre el tema «La familia: el trabajo y la fiesta». Deseando ahora comenzar la preparación de tan importante acontecimiento, me alegra precisar que, si Dios quiere, se celebrará del 30 de mayo al 3 de junio y, al mismo tiempo, dar algunas indicaciones más detalladas respecto a la temática y a las modalidades de realización.

El trabajo y la fiesta están íntimamente relacionados con la vida de las familias: condicionan sus elecciones, influyen en las relaciones entre los cónyuges y entre padres e hijos, inciden en la relación de la familia con la sociedad y con la Iglesia. La Sagrada Escritura (cf. Gn 1-2) nos dice que familia, trabajo y día festivo son dones y bendiciones de Dios para ayudarnos a vivir una existencia plenamente humana. La experiencia cotidiana demuestra que el desarrollo auténtico de la persona comprende tanto la dimensión individual, familiar y comunitaria, como las actividades y las relaciones funcionales, al igual que la apertura a la esperanza y al Bien sin límites.

En nuestros días, lamentablemente, la organización del trabajo, pensada y realizada en función de la competencia de mercado y del máximo beneficio, y la concepción de la fiesta como ocasión de evasión y de consumo, contribuyen a disgregar la familia y la comunidad, y a difundir un estilo de vida individualista. Por tanto, es preciso promover una reflexión y un compromiso encaminados a conciliar las exigencias y los tiempos del trabajo con los de la familia y a recuperar el verdadero sentido de la fiesta, especialmente del domingo, pascua semanal, día del Señor y día del hombre, día de la familia, de la comunidad y de la solidaridad.

El próximo Encuentro mundial de las familias constituye una ocasión privilegiada para repensar el trabajo y la fiesta en la perspectiva de una familia unida y abierta a la vida, bien insertada en la sociedad y en la Iglesia, atenta a la calidad de las relaciones además que a la economía del núcleo familiar. El acontecimiento, para que sea realmente provechoso, no debería quedar aislado, sino colocarse dentro de un itinerario adecuado de preparación eclesial y cultural. Por tanto, deseo que ya durante el año 2011, XXX aniversario de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, "carta magna" de la pastoral familiar, se pueda emprender un itinerario eficaz con iniciativas de ámbito parroquial, diocesano y nacional, que pongan de manifiesto experiencias de trabajo y de fiesta en sus aspectos más verdaderos y positivos, considerando especialmente la incidencia sobre la vida concreta de las familias. Por esto, que las familias cristianas y comunidades eclesiales de todo el mundo se sientan interpeladas y partícipes, y se pongan solícitamente en camino hacia "Milán 2012".

El VII Encuentro mundial tendrá, como los anteriores, una duración de cinco días y culminará el sábado por la noche

con la «Fiesta de los testimonios» y el domingo por la mañana con la Misa solemne. Estas dos celebraciones, que yo mismo presidiré, nos verán a todos reunidos como “familia de familias”. Se cuidará el desarrollo de todo el acontecimiento a fin de armonizar perfectamente las distintas dimensiones: oración comunitaria, reflexión teológica y pastoral, momentos de fraternidad y de intercambio entre las familias invitadas con las del territorio, resonancia mediática.

Que el Señor recompense desde ahora, con abundantes favores celestiales, a la archidiócesis ambrosiana por la generosa disponibilidad y el empeño organizativo puesto al servicio de la Iglesia universal y de las familias pertenecientes a numerosas naciones.

Mientras invoco la intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, aplicada en el trabajo cotidiano y asidua de las celebraciones festivas de su pueblo, le imparto de corazón a usted, venerado hermano, y a sus colaboradores, la bendición apostólica, que, con afecto especial, extiendo de buen grado a todas las familias que participan en la preparación del gran Encuentro de Milán.

APÉNDICE

LA FAMILIA RATZINGER

1. Tres niños felices

Subiendo la colina que se alzaba sobre el valle del Salzach, se llegaba a la Capilla de Ponlach, un hermoso santuario barroco, rodeado de bosques; junto allí se escucha el murmullo de las claras aguas del Ponlach al descender hacia el valle.

A menudo los tres hermanos con nuestra querida madre, subíamos en peregrinación hasta allí y disfrutábamos de la paz de ese lugar. Y no se puede olvidar la potente mole de la fortaleza que se eleva sobre la ciudad y da testimonio de su antigua grandeza. Tanto la sede de la gendarmería como nuestra casa se encontraban situadas en el edificio más bello de cuantos se asomaban a la plaza mayor de la ciudad, y que, durante un tiempo, había pertenecido al Capítulo de los Canónigos. Por otra parte, la hermosura de la fachada no garantiza en absoluto que una casa sea confortable. El suelo era ruinoso, las escaleras empinadas y las habitaciones asimétricas.

La cocina y el cuarto de estar eran estrechos, pero en compensación el dormitorio estaba situado en la antigua Sala

Capitular, lo que, en realidad, no lo hacía más cómodo. Para nosotros, niños, todo esto resultaba misterioso y fascinante, pero para nuestra madre, en quien recaía la carga de las labores domésticas, suponía un gran esfuerzo. Por esto sentía una enorme alegría cuando tenía tiempo de dar un paseo con nosotros. Íbamos hasta la frontera de la vecina Austria. Era una sensación realmente particular la de encontrarse, tras unos pocos pasos, “en el extranjero”, en un país en el que, además, se hablaba la misma lengua y, con leves diferencias, incluso el mismo dialecto que hablábamos en casa.

En otoño se buscaba en el campo la lechuga silvestre; en los prados que rodean al Salzach, encontrábamos, bajo la dirección de nuestra madre, distintas cosas útiles para el Nacimiento, tan querido para nosotros. Entre nuestros más bellos recuerdos se encuentran las visitas que, en los días de Navidad, hacíamos a una anciana señora, que tenía un Belén tan grande que casi llenaba la casa entera. Reunía tantas maravillas que nunca se cansaba uno de admirarlo. Me viene ahora a la memoria incluso la buhardilla donde un amigo nos organizaba un pequeño teatro de marionetas, cuyas figuras hacían volar nuestra imaginación.

Sin embargo, percibíamos que nuestro sereno mundo infantil no estaba en absoluto encuadrado un paraíso. Tras las bellas fachadas se escondía en silencio tanta pobreza. La crisis económica había dañado muy seriamente nuestra pequeña ciudad de frontera, olvidada por el progreso. El ambiente político se volvía cada vez más encendido. Aunque no comprendía en todos sus matices lo que estaba sucediendo, en mi memoria permanece vivo el recuerdo de los llamativos carteles electorales y de los continuos conflictos políticos a que hacían referencia. La incapacidad de la República para garantizar la estabilidad política y emprender iniciativas

convincientes era más que evidente en aquella exasperante lucha partidista, perceptible incluso para un niño. El partido nazi representaba su papel con mayor fuerza, presentándose como la única alternativa al caos reinante.

Cuando Hitler fracasó en su intento de ser elegido como presidente del Reich, mis padres se si sintieron algo más tranquilos, pero no estaban demasiado entusiasmados con el presidente electo Hindenburg, que no representaba ninguna garantía segura contra el avance de los camisas pardas. Mi padre debía intervenir cada vez con mayor frecuencia en las reuniones públicas contra la violencia de los nazis. Percibíamos claramente la enorme preocupación que recaía sobre él y de la que no podía liberarse ni siquiera en los pequeños gestos cotidianos.

2. Nuestra casa

En aquel tiempo, a causa del gravoso desgaste físico derivado del trabajo, los gendarmes eran jubilados a los sesenta años. Mi padre esperaba con impaciencia ese día. Los numerosos turnos nocturnos de vigilancia, que formaban parte de sus obligaciones, lo ponían duramente a prueba; pero le pesaba aún más la situación política en la que debía cumplir su trabajo. Se tomó un largo periodo de baja por enfermedad, durante el que se dedicaba con frecuencia a pasear conmigo y me contaba sus cosas. Finalmente, el 6 de marzo de 1937, llegó su sesenta cumpleaños. Ya en el año 1933 mis padres habían podido adquirir, a un precio adecuado, una vieja casa de campo del 1726 (así estaba grabado, si recuerdo bien, sobre una viga del techo) en las afueras de Traunstein. Los anteriores propietarios habían malvendido sus terrenos, por lo que a la casa sólo le quedaba anexo un gran prado, en el que

alzaban dos grandes cerezos además de manzanos, perales y ciruelos. El terreno lindaba con un bosque de encinas, del que nos separaban solo unos pocos pasos y que luego cedía su lugar a un bosque de coníferas que requería varias horas de camino para recorrerlo. La propiedad era de estilo alpino, típico de la zona de Salisburgo: el granero y el establo estaban unidos a la vivienda bajo una misma techumbre. El tejado de los establos y del granero estaba cubierto de pequeñas tablas de madera, protegidas contra el viento con piedras. No tenía agua corriente, aunque en compensación delante de la casa discurría una fuente que daba un agua fresca y deliciosa.

Más tarde, cuando cerca de nuestra casa se construyeron otras casas vecinas con fuentes, la nuestra acababa siempre agotándose en tiempos de sequía. Las ventanas de los dormitorios de los hermanos varones daban al sur.

Por las mañanas, cuando abríamos las cortinas, veíamos delante de nosotros el Hochfellen y el Hochgern, las dos “montañas domésticas” de Traunstein, tan cercanas que parecía que pudiéramos tocarlas.

Con el transcurso de los años, nuestra madre consiguió transformar aquella casa, inicialmente un poco en ruinas que mi padre había hecho restaurar, en un espléndido hogar. Delante de las ventanas colocó jardineras de flores; en el terreno cultivó dos huertos, en los que crecían tantos frutos útiles y que estaban rodeados de flores. Las condiciones en que habíamos encontrado la casa fueron motivo de no pocas preocupaciones para mi padre, pero para nosotros los niños era un paraíso, más hermoso de lo que habríamos podido imaginar. Había amplios cobertizos plagados de misterio, y además un cuarto oscuro añadido a una sala para tejer, en la que sus propietarios anteriores habían desarrollado este oficio. A esto hay que añadir el prado, la fuente, los árboles, el

bosque... Aquí, después de tanto peregrinar, habíamos encontrado al fin un lugar que sentíamos como nuestro hogar, al cual mis recuerdos retornan con gratitud. Guardo en mi memoria una inolvidable primera impresión de este lugar: el camión con nuestras pertenencias nos había precedido; llegamos con el coche de la dueña den la casa de Aschau y la primera cosa que vimos fue el prado cubierto de prímulas. Era el principio del mes de abril.

3. Una fe gozosa

El año litúrgico confería al tiempo su propio ritmo y yo he percibido este hecho desde niño, es más, particularmente por ser niño, con gran alegría y gratitud. En Adviento, de madrugada se celebraban solemnemente las Misas Rorate en la iglesia aún a oscuras, iluminada sólo por las velas. La gozosa espera de la Navidad daba a aquellos días melancólicos su peculiar carácter. Cada año nuestro Belén crecía con alguna figura y era siempre motivo de de gran alegría ir con papá al bosque a recoger musgo, enebro y ramitas de abeto.

Los jueves de Cuaresma se organizaban momentos de adoración denominados “del Huerto de los Olivos”, con una seriedad y una fe que me conmovían profundamente. Especialmente impresionante era la celebración de la Resurrección, la noche del Sábado Santo. Durante toda la Semana Santa se cubrían de cortinas negras, de forma que el ambiente, incluso a plena luz de día, resultaba inmerso en una oscuridad llena de misterio. Pero apenas el párroco cantaba el versículo que anunciaba: “¡Cristo ha resucitado!”, se abrían de repente las cortinas y una luz espléndida llenaba el espacio de la iglesia: era la más impresionante representación de la resurrección de Cristo que consigo imaginar. El movimiento

litúrgico, que había ahora alcanzado su punto más elevado, había llegado también nuestro pueblo. El párroco organizaba Misas comunitarias para escolares en las que se leían los textos del “Schott” y las respuestas se recitaban en común.

¿Qué cosa era el Schott? Al final del siglo pasado, Anselm Schott, abad del monasterio benedictino de Beuron, había traducido el Misal al alemán. Había ediciones solo en lengua alemana, otras tenían partes singulares del texto de la Misa aparecían tanto en latín como en alemán y otras más en las que todo el texto estaba en latín, con la traducción alemana al lado.

Un párroco muy abierto había regalado el Schott a mis padres con motivo de su boda, en 1920; por ello, aquel libro de oración estuvo desde siempre en nuestra familia. Nuestros padres nos han ayudado desde pequeños a comprender la liturgia: había un libro de oración para niños inspirado en el Misal, en el que el desarrollo de la acción litúrgica estaba ilustrado con imágenes, para que se pudiese seguir bien lo que sucedía en cada parte; además presentaba de vez en cuando una breve oración que sintetizaba lo esencial de las partes de la liturgia, haciéndola accesible para la oración de los niños. Como paso siguiente, recibí un Schott para niños en el que estaban ya expuestos los textos más importantes de la liturgia; después recibí el Schott del domingo, en el cual la liturgia del domingo y de los días festivos se recogía íntegramente, y finalmente, el Misal completo. Cada nuevo paso que me hacía entrar más profundamente en la liturgia era un gran acontecimiento para mí. Los volúmenes que de vez en cuando recibía eran algo precioso, lo más bello que pudiera imaginar.

4. Vida de familia

Respecto a 1956 la situación había cambiado en relación a los dos motivos que entonces me habían hecho descartar mi salida de Frisinga.

Una vez más había sucedido algo que solo podía considerar como una disposición de la Providencia. En 1957 mi hermano había terminado sus estudios en la escuela superior de música de Munich, que había compaginado con sus obligaciones pastorales. Se le asignó el puesto de director del coro de la parroquia de St. Oswald, en nuestra Traunstein; fue encargado, además, de la educación musical en el seminario menor de Traunstein y de otros cometidos pastorales. Como responsable de las Misas de la mañana, recibió en compensación la bella casita parroquial, en la que había vivido anteriormente el predicador de la iglesia parroquial.

La casa se encontraba justo en el centro de la ciudad, era bonita y tranquila, y ofrecía un espacio no menor que el de nuestra vieja casa de Hufschlag. Lo que hasta ahora parecía imposible, trasladar una vez más a mis padres, parecía razonable ahora, puesto que se trataba de un retorno a la inolvidable y siempre querida Traunstein. Hablé primero con mi hermano, que estuvo completamente de acuerdo con mi traslado a Bonn y se alegró de poder acoger a nuestros padres en su casa; después confiamos la propuesta a nuestro padre, para quien la decisión no fue fácil, pero que insistió para que yo aceptara la oportunidad que se me había ofrecido. Desafortunadamente, informamos a nuestra madre demasiado tarde, porque no queríamos inquietarla antes de tiempo, y ella llegó a saber por terceras personas lo que se estaba preparando, y sufrió largo tiempo por la falta de

confianza que le parecía percibir en nuestra relación con ella. Se cerraba así otra larga etapa de nuestra vida. Una vez más había podido vivir con mis buenos padres, encontrando en su benévola compañía aquella seguridad confiada de la que tenía tanta necesidad justo en esas circunstancias tan penosas en las que me encontraba. El Domberg de Frisinga, la montaña sobre la que surge la catedral y sobre la que ahora, lamentablemente, no hay ningún seminario, permanece en mí como algo profundamente mío, a lo que se ligan los recuerdos de un gran comienzo, aunque plagado de riesgos, junto con las imágenes de la convivencia cotidiana y de las horas alegres que allí habríamos podido vivir.

5. Separación del padre

En aquel mes viajé con mi hermana a la nueva vivienda de mis padres, en la Hofgasse de Traunstein, donde me esperaban con alegría mis padres y mi hermano. En el verano de 1958, mientras llevaba a reparar la pesada máquina de escribir de mi hermana, en un día calurosísimo, mi padre había sufrido un ligero ataque de apoplejía al que ninguno de nosotros, lamentablemente, dio importancia, dado que él aparentemente se repuso enseguida; papá retomó sus quehaceres como si nada hubiese pasado.

Conmovía de él su gran serenidad, la benevolencia especialmente indulgente con que nos trataba.

En Navidad nos cubrió de regalos con una generosidad incomprensible; nos parecía que considerase aquella como su última Navidad, pero no podíamos creerlo porque no tenía ninguna apariencia de decaimiento. Una noche, a mitad de agosto, se sintió muy mal y necesitó varios días para recuperarse.

El domingo 23 de agosto mi madre le invitó a dar un paseo hasta el lugar donde habíamos vivido y donde estaban nuestros amigos; caminaron juntos en aquel caluroso día de verano más de diez kilómetros. Mientras regresaban a casa, mi madre quedó impresionada por el fervor con el que rezó durante una breve visita a la iglesia y por la inquietud interior con la que esperaba el retorno de nosotros tres de una excursión a Tittmoning. Durante la cena, se levantó y, al llegar a la escalera, cayó desmayado. Se trataba de un grave ataque apopléjico, a causa al cual sucumbió después de dos días de agonía. Nos sentíamos afortunados de podernos encontrar todos en torno a su lecho y de poderle mostrar una vez más nuestro amor, que él recibía con gratitud, aunque no pudiese ya hablar. Cuando, después de este suceso, retorné a Bonn, sentía que el mundo estaba un poco más vacío para mí y que una parte de mi persona, de mi hogar, se había marchado al otro mundo.

6. Separación de la madre

El año 1963 infligió otra profunda herida en mi vida. Ya desde enero, mi hermano había notado que nuestra madre asimilaba cada vez peor el alimento. A mediados de agosto el médico nos confirmó la triste noticia de que se trataba de cáncer de estómago, que avanzaba ya veloz e inexorablemente por su camino. Hasta el final de octubre, si bien reducida a piel y huesos, continuó haciendo las tareas domésticas para mi hermano, hasta que sufrió un desmayo en una tienda y desde entonces no pudo dejar el hospital. Habíamos revivido con ella la misma experiencia de mi padre. Su bondad cada día más pura y transparente y continuó aumentando incluso en las semanas en las que el dolor se acrecentaba. El día siguiente al

domingo de "Gaudete", el 16 de diciembre de 1963, cerró para siempre sus ojos, pero la luz de su bondad ha permanecido siempre y para mí ha convertido cada vez más en una demostración concreta de la fe por la que se había dejado modelar.

No sabría indicar una prueba de la verdad de la fe más convincente que la sincera y franca humanidad que ésta hizo madurar en mis padres y en muchas personas que he tenido ocasión de conocer.

ELENCO DE FUENTES

Capítulo I

Hemos creído en el amor, extraído de: *Deus caritas est*, Lev, Roma 2006.

La nueva creación, extraído de: *Collaboratori della verità*, Edizioni San Paolo, 2006.

Espíritu y materia se compenetran, extraído de: *Deus caritas est*, Lev, Roma 2006.

El cuerpo es el lugar donde el espíritu puede habitar, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en un encuentro del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia (13 mayo 2011).

Capítulo II

Un acto de general aprobación hacia otro, extraído de: *Collaboratori della verità*, Edizioni San Paolo, 2006.

El arte del amor, extraído de: *Dio e il mondo. Essere cristiani nel nuovo millennio*, Edizioni San Paolo, 2001.

En camino hacia el amor, extraído de: *Deus caritas est*, cit.

La misión de la familia cristiana, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI en la ceremonia de apertura de la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma sobre familia y comunidad cristiana (6 junio 2005).

Capítulo III

El matrimonio, extraído de: *Dio e il mondo*, cit.

Experiencia del amor y tensión hacia Dios, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI durante el encuentro con los novios (11 septiembre 2011).

La fidelidad, extraído de: *Dio e il mondo*, cit.

La familia: fundamento y alma de la sociedad, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en el Congreso internacional “Familia-empresa: Superar la crisis con nuevas formas de solidaridad. Veinte años desde la *Centesimas Annus*” (15 octubre 2011).

La familia: patrimonio de la humanidad, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Familia (13 mayo 2006).

Capítulo IV

Los hijos son una bendición de Dios, extraído de: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, I (2005), Lev, Roma 2006.

Los derechos de la infancia, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la XIX Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la Familia (8 febrero 2010).

Acoger la vida, extraído de: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, I (2005), Lev, Roma 2006.

Un niño y su madre, extraído de: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, I (2005), Lev, Roma 2006.

Los niños enfermos, extraído de: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, I (2005), Lev, Roma 2006.

La dignidad de la persona, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la Asamblea de la Academia Pontificia para la Vida (13 febrero 2010).

La familia es la mayor ayuda que se puede dar a los niños, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la XIX Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la Familia (8 febrero 2010).

Capítulo V

El Bautismo, extraído de: “*Communio*”, n. 27 (1976).

La Confirmación, extraído de: “*Communio*”, n. 64 (1982).

La Primera Comunion, extraído de: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, cit.

Construid la casa sobre roca, extraído de: *Creer en Jesucristo sin verle. Sostenidos por la fe de la Iglesia, para ser testigos*, Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud - JMJ Madrid 2011 (16 de agosto 2011).

Capítulo VI

La Navidad, extraído de: *Immagini di speranza*, Edizioni San Paolo, 2005.

La Pascua, extraído de: *Il sabato della storia*, Jaca Book, 1998.

El Corpus Christi, extraído de: *In cammino verso Gesù Cristo*, Edizioni San Paolo, 2004.

El sentido del domingo, extraído de: *Cántate al Signore un cántico nuovo*, Jaca Book, 2005.

Cómo pasar el domingo, extraído de: *Collaboratori della verità*, cit.

Capítulo VII

Encontrar a Dios en las vacaciones, extraído de: *Collaboratori della verità*, cit.

La peregrinación, extraído de: *Collaboratori della verità*, cit.

La caridad, extraído de: *Deus caritas est*, cit.

La preocupación por los enfermos, extraído de: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, cit.

La familia y la transmisión de la fe, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI durante el viaje apostólico a Valencia con motivo del V Encuentro Mundial de las Familias (8 julio 2006).

Capítulo VIII

Familia, sociedad y paz; La humanidad es una gran familia; Familia, comunidad humana y ambiente; Familia, comunidad humana y economía; Familia, comunidad humana y ley moral, extraído de: Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la celebración de la XLI Jornada Mundial de la Paz (8 diciembre 2007).

La familia y la solidaridad entre generaciones, extraído de: Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los administradores

de la Región del Lacio, del ayuntamiento y provincia de Roma (14 enero 2011).

La colaboración de la familia humana, extraído de: *Deus caritas est*, cit.

La necesidad de eternidad, extraído de: *Collaboratori della verità*, cit.

Conclusión

Discurso del Santo Padre Benedicto XVI al presidente del Consejo Pontificio de la Familia en preparación del VII Encuentro Mundial de las Familias (23 agosto 2010).

Apéndice

La mia vita. Autobiografía, Edizioni San Paolo, 2005

ÍNDICE

EL AMOR SE APRENDE-----	4
PRESENTACIÓN-----	7
INTRODUCCIÓN: LA FAMILIA Y LAS ETAPAS DE LA VIDA-----	11
I. LLAMADOS AL AMOR-----	19
1. Hemos creído en el amor-----	19
2. La nueva creación-----	21
3. Espíritu y materia se compenentran -----	22
4. El cuerpo es el lugar donde el espíritu puede habitar -----	24
II. APRENDER EL AMOR-----	29
1. Un acto de general aceptación hacia el otro -----	29
2. El arte del amor -----	30
3. El camino hacia el amor -----	37
4. La misión de la familia cristiana-----	39
III. MATRIMONIO Y FAMILIA-----	50
1. El matrimonio-----	50
2. Experiencia del amor y tensión hacia Dios -----	56
3. La fidelidad-----	60
4. La familia: fundamento y alma de la sociedad -----	64
5. La familia: patrimonio de la humanidad -----	68

IV. LOS HIJOS -----	72
1. Los hijos son una bendición de Dios-----	72
2. Los derechos de la infancia-----	75
3. Acoger la vida -----	76
4. Un niño y su madre-----	78
5. Los niños enfermos -----	81
6. La dignidad de la persona humana -----	84
7. La familia es la mayor ayuda que se puede dar a los niños-----	85
V. HACERSE CRISTIANOS -----	87
1. El Bautismo -----	87
2. La Confirmación -----	91
3. La Primera Comunión -----	99
4. Construid la casa sobre roca -----	105
5. Creer en Jesucristo sin verle -----	107
6. Sostenidos por la fe de la Iglesia, para ser testigos-----	109
VI. LAS FIESTAS CRISTIANAS -----	111
1. La Navidad -----	111
2. La Pascua-----	118
3. El Corpus Christi-----	120
4. El sentido del domingo -----	125
5. Cómo pasar el domingo -----	129
VII. EL TESTIMONIO DE LA FAMILIA -----	131
1. Encontrar a Dios en las vacaciones -----	131
2. La peregrinación-----	135
3. La caridad -----	137
4. La dedicación a los enfermos-----	140
5. La familia y la transmisión de la fe-----	143

VIII. AMILIA HUMANA, COMUNIDAD DE PAZ -----	151
1. Familia, sociedad y paz-----	151
2. La humanidad es una gran familia-----	154
3. Familia, comunidad humana y ambiente -----	155
4. Familia, comunidad humana y economía-----	157
5. Familia, comunidad humana y ley moral -----	158
6. La familia y la solidaridad entre generaciones -----	160
7. La colaboración de la familia humana-----	164
8. La necesidad de eternidad -----	166

CONCLUSIÓN: LA FAMILIA, EL TRABAJO Y LA FIESTA EL ENCUENTRO MUNDIAL DE MILÁN -----	169
---------------------------------------------------------------------------------------	-----

APÉNDICE: LA FAMILIA RATZINGER-----	172
1. Tres niños felices -----	172
2. Nuestra casa -----	174
3. Una fe gozosa -----	176
4. Vida de familia-----	178
5. Separación del padre -----	179
6. Separación de la madre -----	180

ELENCO DE FUENTES-----	182
------------------------	-----

ÍNDICE -----	187
--------------	-----

Benedicto XVI, pensador de estirpe agustiniana, ofrece una concepción de la familia intensamente ligada a las etapas de la vida. Lugar de acogida en la infancia, sustento durante las fases del crecimiento y permanente escuela en la que se aprende el amor. Desde aquí parte cada uno para formar, a su vez, una nueva familia, dando así continuidad a la vida.

El desafío que propone la presente obra, es que el amor se puede aprender. Que se aprende y afianza a lo largo de la vida de cada individuo en el seno de una familia. Así, la sociedad que protege a la familia promueve la armonía social, salvaguarda su propio futuro y favorece la paz entre los hombres.

Una visión profunda de la familia, una obra dirigida tanto a los fieles católicos como a la sociedad en su conjunto.

TÍTULOS PUBLICADOS:

¡No tengáis miedo!

Los mensajes de las Jornadas Mundiales de la Juventud,

Juan Pablo II , Benedicto XVI

ROMANA EDITORIAL

¡Queridos Jóvenes!

Viaje apostólico a Madrid con ocasión de la celebración de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud,

Benedicto XVI.

ROMANA EDITORIAL

BENEDICTO XVI

JOSEPH RATZINGER

«La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor»»

«La familia, fundada en el matrimonio, constituye un “patrimonio de la humanidad”, una institución social fundamental; es la célula vital y el pilar de la sociedad y esto afecta tanto a creyentes como a no creyentes »»

BENEDICTO XVI

ISBN 978-84-939330-4-3



9 788493 933043 >